



¡Este

HIGHLANDER

~~No~~  *es*
para mí!

BECCA DEVEREUX

¡Este highlander no es para mí!

BECCA DEVEREUX

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux

© Por la portada: Alexia Jorques.

Contenido

1. [Me retiro](#)
2. [En la ruina](#)
3. [Quiero formar una familia, pero...](#)
4. [Una oportunidad](#)
5. [¿Quién es Duncan McGregor?](#)
6. [Implacable](#)
7. [Nadie me da largas](#)
8. [¡Ataca!](#)
9. [¿Quién es?](#)
10. [Interesante...](#)
11. [Te tengo calado](#)
12. [Vuelvo a casa](#)
13. [Modo persecución](#)
14. [¿Y ahora qué?](#)
15. [Un aliado inesperado](#)
16. [Haggis](#)
17. [Ronquidos](#)
18. [Lo que faltaba](#)
19. [Ups.](#)
20. [Abochornado](#)
21. [He fracasado](#)
22. [La sensación pelirroja](#)
23. [¿Qué mosca le ha picado?](#)
24. [Me he equivocado](#)
25. [Un sueño.](#)
26. [Buenos días](#)
27. [La sacerdotisa, el loco y los amantes.](#)
28. [¿Tan malo soy?](#)
29. [Empecemos de nuevo...](#)
30. [Mi pequeña fan](#)
31. [Se va a enterar](#)
32. [Paso de ella](#)
33. [¿Serviría de algo decir que lo siento?](#)
34. [Si tú eres Celine Dion, yo soy Ed Sheeran](#)
35. [Es algo físico.](#)
36. [Quiero que se quede](#)
37. [¿Por qué le he dicho que sí?](#)
38. [¿A ti qué te pasa?](#)
39. [¿Y si quiero más?](#)
40. [Encajamos](#)

- 41. [¿Qué es lo que siento?](#)
- 42. [Un desayuno con sorpresa](#)
- 43. [Podría funcionar](#)
- 44. [¿Podría funcionar?](#)
- 45. [¿Qué hace ella aquí?](#)
- 46. [¿Cómo lo has conseguido?](#)

[Dos meses después...](#)

47. [Tengo que recuperarla](#)

48. [¿Qué haces aquí?](#)

[Epílogo](#)

[Sobre mí](#)

[Y si te ha gustado este libro...](#)

1. Me retiro

Duncan

Soy el hombre más famoso de mi país. Las abuelas me adoran, las madres quieren que sea su yerno, y las mujeres... qué puedo decir, ¿tengo la culpa de haber nacido con este aspecto?

Dinero no me falta. A los dieciséis años me descubrió un cazatalentos y desde entonces me llovieron las ofertas. Empecé desfilando como modelo para las mejores pasarelas del mundo. Milán, Nueva York, París... luego vinieron los catálogos de calzoncillos masculinos, los anuncios de perfume y aquella serie de televisión que me catapultó a la fama. Invertí la mitad de mis ingresos en varias empresas locales que dan trabajo a miles de personas y entonces, además de lo anterior, me convertí en un respetable empresario.

Duncan McGregor es un emblema. Para mi país soy modelo, actor, empresario, filántropo y, qué cojones, estoy como un tren. El soltero más codiciado de Escocia. El escocés de Hollywood. Un orgullo para su país.

Y, cuando lo tienes todo...

—Duncan, ¿te has vuelto loco? —Scott ha empezado a gritar.

Al principio comenzó con un discurso muy elaborado. Luego, con súplicas. Ahora está empezando a cabrear. Supongo que no puedo culparlo. Voy a dejar tirada a mucha gente con mi decisión, pero lo tengo claro. He tardado seis meses en averiguar que lo que me sucedía tenía un nombre: aburrimiento. He conseguido todo lo que me proponía. Ya no puedo aspirar a más. Tengo mi futuro y el de mis herederos asegurado. ¿Para qué seguir? A mis treintaisiete años es hora de sentar la cabeza, formar una familia y disfrutar de mi fortuna.

—Me retiro.

Scott me observa tan pálido como una estatua. Fue él quien me descubrió hace veintidós años. Desde entonces ha sido mi representante. Los dos hemos ganado mucho dinero, ¿por qué sigue insistiendo?

—Creo que deberías tomarte unas vacaciones. ¿Qué tal Bali? Un mes de relax. Cuando vuelvas lo verás todo con perspectiva...

—Scott —mi voz, cargada de determinación, lo obliga a callarse—. Nada de lo que digas o hagas podrá hacerme cambiar de opinión. Será mejor que lo aceptes cuanto antes.

—¿Qué hay de los contratos? ¿De los proyectos? Las cláusulas de cancelación...

—Les pagaré una compensación. Sabes de sobra que el dinero no es ningún problema.

—¡Me harás quedar como el culo!

—Tienes bastante dinero como para retirarte y prestarle atención a esa familia a la que casi nunca ves. ¿Cuándo fue la última vez que llevaste a cenar a Sarah? ¿O que te fuiste de vacaciones con tus hijos?

—Me encanta mi trabajo —responde irritado—. Que tú quieras retirarte no significa que a mí me apetezca tirar mi carrera por la borda.

—En ese caso, será mejor que busques a otro. Seguro que puedes descubrir a un nuevo talento tal y como hiciste conmigo.

Scott tuerce el gesto.

—Solo hay un Duncan McGregor en el mundo, maldita sea.

Coge su maletín, chasquea la lengua y me dedica una mirada cargada de decepción antes de marcharse. Scott es el primero de una larga lista de personas que están cabreadas conmigo. Sinceramente, me trae sin cuidado. No hay nadie que pueda hacerme cambiar de opinión. Nadie.

2. En la ruina

Malena

Los números no salen. Llevamos más de dos horas buscando una solución. Max está cada vez más pesimista y yo soy incapaz de darme por vencida. La empresa que creamos hace cinco años está en la ruina. Somos los dueños de una pequeña empresa de publicidad que hace aguas por todos lados.

—Deberíamos despedir a alguien.

Me sobresalto en cuanto las palabras salen de su boca. Supongo que a los dos se nos ha pasado por la cabeza, pero aunque me llamen Maléfica, en el fondo soy incapaz de echar a nadie. Tenemos cinco empleados que dependen de nosotros. Tienen familia, hipoteca, gastos... ¿cómo vamos a hacerle eso a alguno de ellos? Me estremezco de solo pensarlo.

—Debe de haber otra manera... —insisto apesadumbrada—. Tenemos que seguir insistiendo con las facturas pendientes.

—Facturas que cobraremos vete tú a saber cuándo —responde de mal humor—. Ya hemos iniciado la vía judicial, no hay nada más que podamos hacer.

—Tengo ahorros. Podría hacerle un préstamo personal a la empresa.

—No.

La respuesta de Max es tajante y me deja hecha polvo. Sospecho que lleva un tiempo sopesando la idea de cerrar la empresa.

—No pienso permitir que te arruines por culpa de esta empresa que ya no es rentable.

Ahora está hablando mi socio y mejor amigo. Por un lado lo entiendo, pero por el otro sigo pensando que es una injusticia hacerle eso a nuestros trabajadores. ¿Dónde quedó nuestro espíritu luchador?

—Y yo no pienso echar a nadie a la calle porque te hayan ofrecido un puesto en la empresa de tu novia —le espeto furiosa.

—Malena, eso no es... —aprieta los puños y me contempla con un deje de frustración—. El puesto nos lo han ofrecido a los dos.

—Sí, pero tú eres el único que se plantea aceptarlo.

No lo niega. Genial, detesto tener razón. Sabía que se lo estaba pensando.

—¿Tan malo sería? Dejaríamos de preocuparnos por llegar a fin de mes y tendríamos un sueldo fijo. Es una gran oportunidad para los dos. Seguiríamos trabajando juntos en una de las mejores empresas de publicidad de España.

—¡Y tiraríamos todo nuestro esfuerzo por la borda! —exclamo furiosa.

Me levanto con tanto ímpetu que tiro la silla al suelo y lo señalo con un dedo.

—Si no estás dispuesto a seguir luchando, véndeme tu parte y vete a la competencia. Yo asumiré el riesgo.

—No puedes comprar mi parte. Estás arruinada —me recuerda con aspereza.

—Qué sabrás tú.

—Sé que utilizar la herencia de tu madre para revivir esta empresa es una locura. Seguro que ella hubiera querido que te gastaras su dinero en algo que no fuera un suicidio empresarial. ¡Piensa en ti!

—No vuelvas a hablar de mi madre —le advierto, y me tiembla la voz.

Paso por su lado hecha una furia y me dirijo hacia la salida. Máxima es mi vida. Mi sueño. Y no hay nadie en este mundo que pueda convencerme de tirar la toalla. Nadie.

3. Quiero formar una familia, pero...

Duncan

Tengo treinta y nueve años y siempre he querido tener hijos. Se me cae la baba con mis sobrinos, me encantan los bebés y sé que mis padres serían muy felices si los hiciera abuelos. ¿El único problema? No encuentro a la mujer ideal. He tenido seis o siete novias a lo largo de estos años que me han durado menos que un caramelo en la puerta de un colegio. Pero, al final, termino cansándome de ellas. Mujeres atractivas e interesantes con las que nunca termino de encajar. Porque, de repente, vuelvo la cabeza hacia la rubia de la terraza que está de muy buen ver. Y... ¿qué quieres que te diga, supongo que la monogamia y yo no funcionamos.

Mi hermana dice que no sé mantener la bragueta cerrada. Diré en mi defensa que... a ver... puede que tenga razón, pero tampoco tengo la culpa de ser un hombre débil. Te juro que yo pongo de mi parte, pero es complicado cuando eres atractivo de cojones, millonario y famoso. Ligar es como montar en bicicleta: nunca se olvida. Mi deporte favorito. Lo sé, soy un caso perdido.

El caso es que creí que Claudia, mi última novia, sería la definitiva. Tiene veinticinco años, unas piernas kilométricas y un bronceado que le dura todo el año. Claudia es modelo de Victoria's Secret, así que te puedes imaginar lo buena que está. Lo nuestro fue atracción a primera vista. A eso le unimos un sexo bestial y creí haber encontrado a la mujer de mi vida. ¿El problema? Me saca de mis casillas que sea una adicta a las redes sociales. Necesita exponerse constantemente y arrastrarme con ella. Y eso, cuando acabo de decidir que me retiro, es lo que menos me apetece. No es que tengamos demasiado en común... Claudia es una compradora compulsiva a la que le encanta salir de fiesta, y yo, a mis treinta y nueve años, empiezo a abogar por una vida más tranquila. Hace tres semanas que tuvimos una gran bronca. Ella quería que la acompañase a una fiesta, a mí no me daba la gana... discutimos y supongo que di la relación por zanjada. Entonces decidí llorar mis penas con Joanna, y, como tengo mala suerte, Claudia regresó en ese preciso instante para hacer las paces. ¿Resultado? Claudia me pilló con Joanna y entonces sí que se cabreó de verdad. Y bueno... ahora vuelvo a estar soltero.

—No me gustaba para ti —me dice mi hermana, al otro lado del teléfono—. No tenéis nada en común.

—Claudia es un bombón.

—Todas las mujeres con las que has salido lo son. A lo mejor es hora de que vayas buscando otras aptitudes. ¿No te has planteado que la razón por la que terminas aburriéndote es que siempre sales con la misma clase de mujer?

Qué tontería.

—¿Debería salir con una fea?

Sé que Bella está poniendo los ojos en blanco si necesito de verla.

—No tienes remedio.

—¿He dicho algo malo?

—Nunca encontrarás a una mujer que valga la pena porque en el fondo eres un machista.

—No soy machista. Adoro a las mujeres.

—¡Ese es el problema!

—No lo entiendo.

—¡Aaaaah! —Bella se exaspera, como cada vez que mantenemos esta conversación—. ¿Por qué no asumes de una vez que vas a quedarte solo? Supongo que no todos nacemos para estar en pareja...

—No voy a quedarme solo —al menos si puedo convencer a Claudia para que me dé otra oportunidad—. Quiero formar una familia.

Bella carraspea.

—Entonces aprende a pensar con la cabeza, y no con la... —es demasiado educada para acabar la frase—. ¿Vendrás a ayudarme con la boda?

—Sabes que sí. Estaré allí dentro de un par de días.

—Ni se te ocurra presentarte con otra amiguita, ¿me oyes? Nuestros padres no se merecen que les presentes a una nueva novia en sus bodas de oro. Son demasiado respetuosos para fingir que toleran a esas cabezas de chorlitos que nos presentas.

—¿Por quién me tomas? —me hago el indignado—. Pero Claudia no cuenta como una nueva, ¿no?

—Uf, eres un caso perdido. Si no fueras mi hermano...

Le digo que la quiero y le hago la pelota porque sé que eso le encanta. Cuando cuelgo, voy hacia la cocina para buscar una lata de cerveza. Bella tiene razón, no puedo llevar a una nueva novia a casa de mis padres. ¿Qué pensarían? Me asomo a la terraza y observo a mi vecina. Está haciendo yoga en su balcón. Me saluda con la mano y le devuelvo el saludo. Es una rubia con una delantera considerable. Intento reprimir el impulso de invitarla a una copa.

Tengo que ser un hombre decente.

Saco el teléfono y le escribo un mensaje a Claudia.

Yo: vamos, Clau, sé que me echas de menos. ¿Por qué no me das una segunda oportunidad? Hacemos una pareja estupenda. Lo de Joanna fue algo sin importancia. Te echaba tanto de menos que necesitaba sentir el cariño de otra mujer. Soy un idiota. Por favor, perdóname.

No sé si va a colar. Claudia me dijo cosas horribles cuando se marchó de casa. Y me las merecía todas. Pero estoy convencido de que lo nuestro puede funcionar. Ha sido la única mujer con la que he durado más de seis meses, eso debe de significar algo. Vale, me acosté con Joanna, pero eso fue porque acabábamos de dejarlo. Entonces no cuenta como infidelidad, ¿no?

Dios, necesito echar un polvo. Y... teniendo en cuenta que ahora estoy soltero, tampoco estaría haciendo nada malo, ¿no? Es una necesidad fisiológica, solo eso. No puedo poner en riesgo mi salud. Además, sería una tontería desperdiciar una oportunidad cuando no sé si Claudia me va a perdonar. Levanto la vista de la pantalla y la centro en mi atractiva vecinita. Ojos que no ven...

—Eres increíble. ¿Cómo consigues aguantar tanto tiempo en esa postura?

Un halago siempre funciona. Mi vecina se vuelve con las mejillas arrojadas.

—Eh... entrenando.

—Eres una chica dura —le doy un trago a la cerveza y le dedico una sonrisa radiante—. No puedo creer que todavía no nos hayamos presentado. ¿Katy?

—Sarah.

—Duncan —le ofrezco la mano por encima de la valla.

—Sé quién eres —responde impresionada, y comprendo que la tengo en el bote.

—Algún día podrías darme unas clases —digo con el tono adecuado para que se dé cuenta de lo que le estoy proponiendo.

Ella se muerde el labio.

—Eh... sí... claro, cuando quieras.

—¿Te apetece tomar algo? —voy directo al grano, y añado con tono seductor—. No puedo creer que seamos vecinos y todavía no te haya invitado a tomar una copa.

Sarah se sonroja de la cabeza a los pies.

—Me encantaría.

Intentó disimular mi sonrisa de satisfacción. ¿Lo ves? ¿Qué culpa tengo yo de que la vida me dé este tipo de oportunidades? No soy un mal tipo, lo juro. Solo un hombre débil al que le encantan las mujeres.

4. Una oportunidad

Malena

Lo último que me apetece es cogerle el teléfono a Tana. Es mi mejor amiga, la novia de Max y trabaja para la competencia. Su empresa nos ofreció un trato la semana pasada. Anthony & James es la mayor empresa de publicidad del país, y la que se está cargando a las pequeñas empresas de publicidad como la nuestra. Nos ofreció adquirir nuestra empresa por una cantidad irrisoria de dinero a cambio de que nosotros trabajásemos para ellos por una cantidad nada desdeñable. Lo admito, una parte de mí se sintió tentada de aceptar una oferta que me solucionaría la vida. La otra, por el contrario, se enfureció porque mi empresa es mi vida. Y, para que me vayas conociendo: no soy de las que tiran la toalla. Nunca.

—Por última vez, no pienso largarme a la competencia. Dile a tu jefe que no estoy dispuesta a venderle mi parte. Que le hayas sorbido el cerebro a tu novio no quiere decir...

—¿Qué sea capaz de convencerte? —me interrumpe de buen humor—. Lo sé. Eres la abogada de las causas perdidas. Ah, y mi mejor amiga. ¡Te conozco!

—¿Y entonces para qué me llamas? —pregunto con aspereza.

La quiero a rabiar, pero que trabaje para la competencia me saca de mis casillas. Sé que quiere lo mejor para mí, pero no soportaría trabajar para una gran multinacional. Ni despedir a mis empleados. Ni tirar por la borda el trabajo de muchos años. Sería una fracasada si aceptara semejante oferta.

—Para darte una oportunidad.

—¿Qué oportunidad? —pregunto con recelo.

—No me interrumpas hasta que acabe.

—¡Qué sí!

—Mi empresa estaba a punto de cerrar un contrato millonario con Duncan McGregor. Ese escocés tan famoso que es modelo, empresario, actor y *nosecuantas* cosas más. Pues resulta que en el último momento se ha echado para atrás. Han tratado de convencerlo de todas las maneras posibles, pero el tipo no da su brazo a torcer. Y es super importante que él sea la cara visible porque el cliente para el que trabajamos solo lo quiere a él. Por lo visto lleva cinco años consecutivos siendo nombrado la persona más influyente de su país.

—Sé quién es. Todo el mundo lo conoce. Pero, no te sigo...

—¡A eso voy! Mi empresa perderá muchísimo dinero si no consigue cerrar ese contrato. Lo hemos intentado todo y ya no sabemos qué hacer. Así que he convencido a mis jefes de que conozco a la persona adecuada que puede solucionar la situación: Tú.

—¿Qué?

—Te ofrecen un tanto por ciento de lo que se llevaría la empresa si consigues que Duncan firme el contrato. Y te aseguro que es una cantidad muy alta. Conseguirías salvar a Máxima de la ruina. Sé que es lo que quieres y yo te ofrezco la posibilidad de salir de esta sin tener que cerrar la empresa. Además, Anthony & James correría con todos los gastos de tu estancia en Escocia.

—¿Qué? Pero... no entiendo por qué yo... —estoy tan mareada que apenas me salen las palabras—. ¿Por qué no vas tú?

Si hay alguien cabezota y pesada esa es Tana.

—Oh, ya fui —responde hecha una furia—. Y no conseguí que ese cretino me prestase atención. Te aseguro que lo hemos intentado todo en vano. Estábamos a punto de renunciar al contrato cuando pensé en ti.

—¿Por qué yo?

—Porque he trabajado para ti. Eres testaruda, tenaz, incansable, cuando tienes un objetivo jamás te das por vencida... Y, por algo te apodé Maléfica. Venga, si hay alguien capaz de convencer a ese hombre para que firme el contrato, eres tú. Además. ¿tienes algo que perder? Si lo consigues podrás salvar a tu empresa de la ruina... soy de las que piensan que las personas estamos dispuestas a todo cuando no tenemos nada que perder.

—Me lo tengo que pensar —respondo, porque ahora mismo estoy hecha un lío.

—Tienes tres horas para responderme. Te acabo de enviar un email con los detalles.

Cuelgo y reviso mi correo electrónico. Abro los ojos de par en par al ver la cantidad de dinero que me ofrecen si consigo que Duncan McGregor firme el contrato.

—Ay... Dios... mío...

Si consigo que Duncan McGregor firme el puñetero contrato, salvaré a mi empresa de la ruina. ¡Incluso podría comprarle su parte a Max! Es... un sueño. Aunque, claro, primero tengo que conseguir que Duncan firme el contrato. Pero como que me llamo Malena Ramírez que ese hombre lo hará. Solo hay una condición: tengo un mes para conseguirlo.

Sonrío de medio lado. ¿Un mes? ¡Me sobran días! Ese escocés no me conoce...

5. ¿Quién es Duncan McGregor?

Malena

La primera regla para ganar una batalla es conocer a tu adversario. Sé que Duncan McGregor es un famoso escocés que te venden hasta en la sopa. Metro noventa, pelo castaño y sonrisa arrebatadora. Pero ¿quién es en realidad?

Lo primero que hago en cuanto me instalo en el hotel es escribir su nombre en el buscador. Su apellido tiene pinta de protagonista de novela romántica ambientada en las Highlands. Y él, con su aspecto, es la clase de hombre que tiene éxito con el sexo opuesto.

Tiene treinta y nueve años y una fortuna valorada en 49 millones de euros. Guau. Fue descubierto por un cazatalentos en una pizzería cuando tenía dieciséis años, aunque supongo que es la típica historia que se inventan los famosos para darle emoción a su carrera. Empezó como modelo de fotografía, y al poco tiempo dio el paso a las pasarelas más exclusivas. Uno de los rostros más conocidos de Escocia y un orgullo para su patria. También ha hecho sus pinitos en el cine. Salió en una serie de televisión americana que lo catapultó a la fama internacional. Un bodrio comercial y simplón que le granjeó el favor del público. Como si eso fuera poco, invirtió la mitad de su fortuna en crear un imperio empresarial. Ahora es uno de los empresarios más respetados de su país y da trabajo a miles de empleados. En la cúspide de su imperio se halla la segunda empresa maderera más importante del país, pero ahí no acaba la cosa: posee una cadena de hamburgueserías y otra de perfumerías. Casi nada.

¿Qué le ofreces a un tipo que lo tiene todo? Frunzo el ceño. Ya se me ocurrirá algo. Soy de las que piensa que todo el mundo tiene un precio. A algunos se los compra con dinero. Duncan McGregor no es de esos, pero ya averiguaré cuál es su debilidad.

Hago clic en un enlace que me llama la atención. Es de una revista digital y sensacionalista.

¡Enhorabuena, mujeres de Escocia! Duncan McGregor vuelve a estar soltero.

Duncan McGregor, el famoso modelo, actor y empresario escocés, ha roto con su última novia. Parecía que él y Claudia Russo eran la pareja perfecta. Amigos cercanos a la pareja nos confirman que Duncan le fue infiel al Ángel de Victoria's Secret con otra mujer. Por lo visto, al rompecorazones escocés, también famoso por sus innumerables conquistas, no le va lo de sentar la cabeza. McGregor ha reusado realizar declaraciones al respecto, pero la modelo sí dejó caer alguna que otra indirecta en su Twitter:

@Claudia_Russo: mejor sola que mal acompañada.

@Claudia_Russo: ¿por qué todos los hombres son iguales?

Eva White, la actriz norteamericana a la que McGregor dejó por la modelo, sí se atrevió a responder a las preguntas de los periodistas. “Duncan es incapaz de tener una relación formal. Es un egocéntrico al que solo le importa una cosa: él mismo”.

Sacudo la cabeza cuando termino de leer el artículo. ¿Por qué será que no me sorprende? Ni siquiera lo conozco, pero ya me hago a la idea del tipo de hombre con el que voy a tratar. Uno arrogante, mujeriego e insoportable. No voy a dejarme impresionar.

6. Implacable

Duncan

Me desperezo cuando suena mi teléfono. Sobre mi pecho, una cálida mujer con la piel suave ronca como un angelito. Mierda, esta es la peor parte de la faena: pedirle amablemente que se marche. En lugar de enfrentarme a ese momento, la aparto con delicadeza y me levanto de la cama. Cojo el teléfono móvil, salgo de la habitación y respondo a la llamada de Scott.

—¡Amigo! —lo saludo de buen humor, porque un buen polvo siempre me renueva el ánimo—. ¿Qué tal estás? ¿Sigues enfadado conmigo?

—Depende, ¿sigues insistiendo en retirarte?

—Admito que tu persistencia es una de tus mayores cualidades. Lamentablemente, vas a tener que redirigirla hacia un nuevo objetivo.

Lo oigo maldecir al otro lado de la línea. Luego suspira.

—Acaba de ponerse en contacto conmigo una mujer. Es de Anthony & James, por lo del contrato publicitario.

—Ya sabes lo que tienes que decirle.

—¡Sí! Pero, me ha dado la impresión de que no se iba a conformar como el resto. Me ha asegurado que no se marchará de aquí hasta que firmes el contrato.

Se me escapa una carcajada. Pobre ilusa.

—Que diga lo que quiera.

—Eso le he dicho, pero me ha pedido tu dirección. No se la he dado, evidentemente... pero, tengo la sospecha de que no va a dejarte en paz.

—Vamos, Scott, ¿por qué te alarmas? Solo es una mandada a la que han enviado a hacer el trabajo sucio.

—No sé... era... implacable.

—Implacable —me vuelvo a reír—. Ni siquiera puede acceder a la urbanización, y mañana me voy de viaje. No me va a ver el pelo.

—Solo quería avisarte.

—Estás un pelín paranoico, ¿no? Anda, tómate unas vacaciones y desconecta. Sé que te has comido algún que otro marrón por mi culpa, pero tampoco es el fin del mundo. Aprovecha para pasar tiempo con los tuyos.

—¿Algún que otro marrón? ¡Eso es quedarse corto! Duncan, ¿por qué no te lo piensas? Podríamos quedar para almorzar y...

—Vaya, se me ha escapado el gato. Lo siento, te tengo que dejar.

—¡No tienes gato!

Cuelgo antes de que siga dándome la braza. Uf, ni que el mundo fuera a acabarse porque yo me retire. Se me escapa la risa al recordar la palabra que ha utilizado Scott para definir a esa misteriosa mujer: implacable. Bah, qué tontería. Una más de una larga lista de personas que intentan hacerme cambiar de opinión.

7. Nadie me da largas

Malena

Después de hablar con el representante de Duncan McGregor me queda una cosa clara: no tiene ninguna intención de que me reúna con él. Me ha dado largas. Y, ¿sabes qué? A mí nadie me da largas.

Así que... si tengo que plantarme delante de la exclusiva mansión donde vive el señor McGregor e inventarme una excusa para colarme dentro, lo haré. Y aquí estoy, ataviada con mi conjunto deportivo y la mejor de mis sonrisas. Hay un guardia que mide casi dos metros en la caseta de entrada. Respiro profundamente y me acerco a él.

Estoy en la urbanización más cara de todo Edimburgo. La residencia de un montón de gente de bien. Empresarios, banqueros, políticos... viven en este lugar inaccesible. De por sí, dar con la residencia de Duncan McGregor me ha costado un sinfín de llamadas. Pero al final lo he conseguido gracias a Brenda Parker, una exnovia que tenía ganas de despotricar sobre McGregor. Además de chivarme su dirección, me ha contado que McGregor es un adicto al deporte y al sexo sin compromiso. *A Duncan le encanta todo lo que queme calorías*, dijo con ironía.

Supongo que no es la mejor tapadera, pero es todo lo que se me ha ocurrido. Ahora soy Gina Henderson, la nueva entrenadora personal del señor McGregor. Voy vestida con unas ridículas mallas ceñidas y un top deportivo que deja poco a la imaginación. Coleta alta, zapatillas y una esterilla como equipaje.

—Buenas tardes.

El guardia levanta la cabeza del monitor y me observa de la cabeza a los pies. Sé lo que acaba de ver: a una mujer mona y que se cuida que no representa ninguna amenaza.

—Hola, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy Gina Henderson, la entrenadora personal del señor McGregor.

Me observa con curiosidad durante un buen rato que se me hace eterno.

—No me consta que el Señor McGregor esté esperando ninguna visita.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sabe cómo son estos famosos... —hago una pausa dramática— ¿Qué le voy a contar a usted? Seguro que está acostumbrado a tratarlos. Llevan una vida caótica y ajetreada. Se olvidan de avisar a los trabajadores como usted de sus planes, pero luego no dudan en echarles la bronca si llego tarde porque usted quiere hacer bien su trabajo. No es la primera vez que me pasa, ¿sabe?

Le dedico un pestañeo inocente y él se rasca la barbilla con aire pensativo.

—De todos modos, debería avisar al Señor McGregor de su visita. No es que desconfíe de usted, pero...

Suspiro con hastío.

—Señor... —echo un vistazo a la placa que cuelga de su camisa—. Robert, ¿te importa que te tutee? No quiero ser yo quien hable mal del Señor McGregor, pero... es un pelín especial, ¿sabes? Y se cabreará si lo molestas por algo sin importancia. Es de esos famosos que valoran muchísimo su tiempo. Tienes pinta de ser un buen tipo, Robert. Lo último que quiero es que tengas problemas por mi culpa.

Le ofrezco una sonrisa cargada de inocencia que él se cree, porque me la devuelve y pulsa un

botón que me abre la puerta de la urbanización.

Respiro profundamente. Estoy delante de la entrada de la casa de Duncan McGregor. Hay un camino de piedra de unos 500 metros que separa su casa del resto de la urbanización. Es como si necesitara demostrarle a todo el mundo, incluidos sus vecinos, que es más importante que el resto.

Pulso el timbre y espero. No hay respuesta. Me muerdo el labio e insisto. No pienso irme hasta que lo vea en persona. Diez minutos después, me hago a la idea de que McGregor no va a abrirme la puerta aunque le queme el timbre. Se me escapa un suspiro de irritación. ¿Y ahora, qué?

Contemplo el muro de metro y medio. Solo es una medida disuasoria para evitar a los curiosos. La verdadera medida de seguridad era el guardia de la entrada. No es muy alto. ¿Puedo saltarlo? Puedo hacerlo y lo haré. Miro a mi alrededor para comprobar que no me está viendo nadie. Seguro que es más fácil si cojo carrerilla. Retrocedo dos metros, tomo aire y echo a correr como si fuese una atleta olímpica. Me impulso hacia arriba y estiro los brazos. Me doy tal guantazo que no lloro por vergüenza. Me agarro al muro como si me fuese la vida en ello y jadeo como un búfalo herido. Visto desde fuera parecía más fácil.

—¿Qué demonios hace?

Me quedo más tiesa que un palo. Miro hacia atrás. No hay nadie. ¿De dónde viene esa voz? Tardo tres segundos en darme cuenta de la cámara que apunta en mi dirección. Estoy tan avergonzada que no me atrevo a mirar hacia la cámara.

—¿Señor McGregor? —adivino con un hilo de voz.

Dios... qué manera más espantosa de comenzar con la negociación. Estoy colgada del muro de su casa como una vulgar ladrona.

—¿Quién eres?

—Malena Ramírez. Necesito hablar con usted.

Se me escurren las manos y estoy a punto de caerme.

—Tienes un minuto para descolgarte y salir de aquí o llamaré a la policía.

—Duncan McGregor —digo con voz firme, y le dedico una mirada cargada de determinación a la cámara—. He tomado un avión para verlo en persona, y le juro que no me iré de aquí hasta que me atienda.

Breve pausa. Para que me tome en serio, empujo la pierna derecha hacia arriba y me agarro al muro con todas mis fuerzas.

—¿Qué?... —la voz masculina está repleta de desconcierto—. Haga el favor de bajar de ahí.

—No.

—Tengo un perro y es peligroso.

Consigo encaramarme al muro y paso la otra pierna por encima. ¿Será verdad lo del perro?

—Exijo hablar con usted.

—¿Se ha vuelto loca?

Me giro enérgicamente hacia la cámara para advertirle que nadie me llama loca, pero en ese momento pierdo el equilibrio y el cuerpo se me va hacia delante. Grito aterrorizada antes de caer hacia el otro lado y aterrizar sobre una mullida alfombra de césped. Cinco segundos después escucho los ladridos amenazadores.

Mierda, lo del perro era verdad.

8. ¡Ataca!

Duncan

¿Quién diablos es esa mujer?

Estoy delante del monitor y no sé si es una broma pesada o realmente se acaba de colar una loca en mi casa. Observo la pantalla sin dar crédito. La loca acaba de caerse por encima del muro. Lo sabía, le dije al constructor que no era lo suficiente alto. La coleta pelirroja le tapa la cara y trata de ponerse en pie con dificultad. Menuda leche se ha dado.

—¡Bobby! —llamo al perro, que acude obediente. Lo rasco detrás de las orejas y abro la puerta. Es un bóxer color chocolate adiestrado para las fuerzas de seguridad. Una mole de treinta cinco kilos que tiene una mandíbula capaz de partir en dos una sandía. Mi feroz perro guardián—. ¡Al ataque! ¡Busca a la intrusa!

Bobby corre y emite unos ladridos amenazadores. Me cruzo de brazos y esbozo una sonrisa maliciosa. No quiero que la mate, tampoco soy tan cruel. Tal vez un mordisquito. Para que la próxima vez se lo piense mejor antes de allanar una propiedad ajena. La escucho gritar cuando Bobby se le acerca. Entonces, el perro le lame los tobillos y le mordisquea los cordones de la zapatilla para que juegue con él. No puedo dar crédito. ¿En serio, Bobby?

—¡Para! ¡Paisch!

Salgo al jardín con cara de pocos amigos. El adiestrador me aseguró que Bobby me protegería si mi vida corría peligro. Ahora, Bobby se ha puesto boca arriba para que la ladrona le rasque la barriga. Qué despropósito.

—¡Quítate de encima! —el perro acaba de tumbar sus treinta y cinco kilos encima de la pelirroja, que le da órdenes en vano—. ¡Qué asco! ¡No me chupes!

Ella se asusta cuando el perro ladra y se tapa la cara con las manos. Pero Bobby solo quiere jugar y no está dispuesto a soltar a su presa. La pelirroja suelta un gruñido de frustración. Bobby se recuesta sobre sus piernas y mueve el rabo.

—Bien, Bobby, inmovilízala. Así se hace —felicitó al perro, como si lo tuviera todo controlado.

La pelirroja me mira consternada. Un mechón de pelo le cubre parte del rostro. Tiene las mejillas encendidas a causa del esfuerzo y sigue intentando quitarse de encima al perro.

—¡Oye! —se queja hecha una furia. Su acento la delata. No es inglesa, pero lo habla con fluidez—. ¿No va a hacer nada?

—Tiene razón. Voy a llamar a la policía.

Me saco el móvil del bolsillo y comienzo a marcar el número. Ella reacciona con rapidez. Se quita una zapatilla y la lanza con fuerza. Bobby la persigue emocionado. La pelirroja se incorpora con gesto orgulloso y se limpia las babas del perro. Su mirada rabiosa no me pasa desapercibida.

—Me llamo Malena Ramírez. He intentado ponermelo en contacto con usted por todos los medios posibles y... aquí estoy —respira con dificultad y habla con la barbilla levantada—. Señor MacGregor, le agradecería que me concediese diez minutos de su tiempo. Vengo desde España con el único objetivo de reunirme con usted.

—¿Cómo ha burlado al guardia de seguridad? —pregunto con curiosidad.

Ella hace un gesto con la mano.

—Eso no es lo importante. Represento a Anthony & James y necesito hablar con usted. Ya sabe a qué he venido.

La observo con mayor curiosidad. Ah, así que esta es la mujer de la que me habló Scott. Se aparta el pelo de la cara y me deja ver sus facciones. Vaya, no está mal. Si no me hubiese dicho que es española, la habría confundido con una escocesa. Pelirroja, ojos azules, rostro ovalado. Alta y con curvas. Nada mal.

—Señorita... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Malena Ramírez —repite, y noto la irritación de su voz.

—Señorita Ramírez, si pretendía causarme una mala impresión, acaba de dar en el clavo. ¿De verdad cree que voy a reunirme con usted porque se comporte como una lunática?

—¡No me llame lunática! —exclama hecha una furia—. He contactado con su representante en vano. He llamado a su puerta... lo único que le estoy pidiendo son unos minutos de su tiempo.

—No.

Ella abre la boca, pero vuelve a cerrarla y contiene lo que fuese a decir. Parece pensar en algo que pueda convencerme. Pobrecilla, no sabe que no hay nada que pueda hacerme cambiar de opinión.

—Le voy a dar la oportunidad de recuperar su dignidad. Puede irse ahora, o esperar a que la eche la policía. ¿Qué prefiere?

—Señor McGregor —insiste, y se cruza de brazos—. No me voy a ir de aquí hasta que...

Se interrumpe cuando me llevo el teléfono a la oreja.

—¡Pare! ¿Qué hace?

—Si no atiende a razones...

Antes de que pueda reaccionar, se abalanza sobre mí y me arrebató el teléfono. Ni siquiera la he visto venir.

—Devuélvamele —le pido, y acabo de perder la poca paciencia que me quedaba.

—No.

La miro como si se tratara de una broma pesada. ¿A quién diantres han enviado para negociar conmigo? ¡Esta mujer ha perdido el juicio!

Doy un paso hacia ella en plan amenazador. Ella no se mueve del sitio. En lugar de mostrar un ápice de arrepentimiento, coge mi teléfono y lo mete dentro de su mochila. Me dedica una mirada triunfal y se cruza de brazos.

—No voy a ponerle una mano encima. Jamás tocaría a una mujer.

Ella se ríe.

—No podrías conmigo —¿ahora me tutea?

Pierdo los papeles. Me remango las mangas y camino hacia ella.

—Muy bien, tú lo has querido.

Cuando ve que voy en serio, deja de sonreír y se echa hacia atrás. Alargo el brazo para quitarle la mochila, pero ella es más rápida. Se la cambia de mano y suelta una maldición. Vale, se acabó. No voy a permitir que una vulgar ladrona me deje en evidencia en mi propia casa. La abrazo por la cintura y la pego contra mi cuerpo. Ella intenta resistirse, y cuando estoy a punto de alcanzar la mochila, la arroja hacia atrás.

—¡Serás!

Los dos echamos a correr a la vez y ella intenta derribarme con el hombro. Esquivo el golpe y le pongo la zancadilla. Aterrizo con las manos y suelta un gruñido de rabia cuando agarro su mochila. Meto la mano dentro, rebusco entre un montón de cosas que no me interesan y recupero

mi teléfono móvil. En ese instante, llaman a la puerta.

—Señor McGregor, ¿va todo bien? —es el guardia de seguridad.

Ella intenta escapar, pero soy más rápido y la agarro del brazo. Ja, ¿a dónde te creías que ibas?

—¡No! Alguien se ha colado dentro de mi casa.

Pulso el botón del mando que acciona la apertura de puertas y sostengo con firmeza a esa condenada mujer.

—Lo siento, Señor McGregor. Me dijo que era su entrenadora personal y...

—Tranquilo —le resto importancia, porque lo único que quiero es perderla de vista—. Por favor, sácala de aquí.

—¡Un segundo! ¡No puede...! Eh, ¡no me toque! ¡Ni se le ocurra ponerme las manos encima! —le da un manotazo al guardia cuando este la arrastra hacia la salida.

La despido con la mano en alto y una sonrisa de suficiencia. ¡Por fin me he librado de ella! Me señala con un dedo.

—¡Volveremos a vernos! —me advierte.

Me echo a reír sin poder evitarlo. Menuda mujer. En ese instante, Katy, ¿o se llamaba Megan?, aparece detrás de mí y observa el espectáculo con confusión. Lleva puesta mi camisa. La loca la observa durante un segundo y luego clava los ojos en mí con desprecio. Sí, querida, en el fondo todas me encontráis irresistible.

—Conque estaba ocupado... —murmura, y se zafa del agarre del guardia. Me dedica una última mirada orgullosa antes de añadir—: le doy mi palabra de que esto no se acaba aquí.

Katy/ Megan me acaricia el brazo.

—¿Quién es?

—Una fan enloquecida —me vuelvo hacia mi vecinita con mi expresión más dulce—. ¿Desayunamos?

Y sí, puedes pensar mal.

9. ¿Quién es?

Malena

Estoy que trino. No me puedo creer que por culpa de ese impresentable haya tenido que pasar dos horas y medias en una mugrienta celda de una cárcel escocesa. A ver... ya sé que me he colado en su casa. Pero ¡él no me ha dejado más remedio! Soy una profesional, estaba obligado a atenderme. Me ha hecho quedar como el culo con los jefazos de Anthony & James. Me he librado por los pelos porque Tana ha hablado con los abogados de la empresa para que me librase con una simple multa que ha abonado la empresa. Como era demasiado bonito para ser verdad, también me han comunicado que, si vuelvo a cagarla, estoy fuera.

Aprieto la mandíbula. Nunca pensé que tendría que solicitar mi derecho a una llamada en una cárcel escocesa. Qué vergüenza. Dios, voy a matar a Duncan McGregor. ¿Cómo se puede ser tan impresentable? Acaba de dejarlo con su novia, y ya se está revolcando con otra mujer. Ya sé que no hay que crearse opiniones precipitadas de la gente a la que no conoces, pero lo que dice la prensa de él es verdad: es un mujeriego. Y después de nuestro encuentro, añado: sinvergüenza, arrogante y descortés.

Esto no se va a quedar así. Me quito el único zapato que llevo puesto y me dejo caer en la cama. Estoy agotada. Después de leer su expediente, me hice a la idea de que no sería un tipo fácil de tratar. Pero ahora soy consciente de que me enfrento a la clase de hombre que no puedo ver ni en pintura: un egocéntrico encantado de conocerse adicto a las mujeres.

Para relajarme y quitarme el mal sabor de boca, pido que me suban a la habitación la cena y me doy un baño relajante con espuma. Estoy a punto de meterme dentro cuando suena un teléfono móvil. Y digo uno, porque no reconozco el tono. Meto la mano dentro de la mochila y lo observo desconcertada. No es el mío.

—¿Qué...?

Joder, es el teléfono de Duncan. Debió de equivocarse al cogerlo de la mochila. Reconozco el número de la pantalla. Es el mío. Frunzo el ceño. ¿Cómo diantres ha conseguido desbloquear mi teléfono?

Respiro profundamente y cuento hasta tres. Luego me lo pienso mejor y cuelgo el teléfono. No sé si es una estrategia demasiado arriesgada, pero estoy convencida de que quiere recuperar su teléfono. Seguro que es uno de esos famosos con demasiados secretos que no quiere que salgan a la luz. Genial, en ese caso, ahora le toca esperar. Que se desespere y sea consciente de que ahora soy yo la que tiene el poder. No pienso ponerle las cosas fáciles. Es lo mínimo que se merece.

Antes de meterme en la bañera, pongo el teléfono a cargar para que no se apague. Una hora después y cuatro llamadas perdidas tuyas, sonrío satisfecha y, ahora sí, descuelgo el teléfono.

—¿Se puede saber por qué no me cogías el teléfono? —está furioso.

Sonrío de oreja a oreja.

—Supongo que quieres recuperar tu teléfono... —respondo con tono despreocupado.

—¿Y tú no!? —me grita.

—En primer lugar, si vuelves a levantarme la voz, te cuelgo. Y en segundo lugar...

—¡No me hagas perder el tiempo y devuélveme mi teléfono!

Como soy una mujer de palabra, le cuelgo. Me imagino su cara de póker y me entra la risa.

Puede que él sea Duncan McGregor, pero yo soy Malena Ramírez, una mujer de armas tomar. No han pasado ni cinco minutos cuando vuelve a llamarme.

—¿Estás más tranquilo? —le pregunto con tono irónico.

Escucho su respiración agitada al otro lado.

—Sí —responde de mala gana.

—Estupendo. ¿Por dónde iba? Ah, sí... en segundo lugar, supongo que estás deseando recuperar tu teléfono...

—Igual que tú. ¿Por qué no te dejas de tonterías y quedamos de una vez para el intercambio?

—Porque yo no soy una famosa con un montón de conversaciones de WhatsApp, contactos, emails y demás información confidencial que estoy convencida de que no quieres que salga a la luz.

—¿Me estás chantajeando? —ahora está atónito.

—Te estoy diciendo que, o sigues las reglas de mi juego, o esto va directo a la prensa.

—No serías capaz... —le tiembla la voz de impotencia—. Además, yo podría hacer lo mismo con tu teléfono.

Se me escapa una carcajada.

—No creo que mi vida le interese demasiado a la prensa... y tampoco guardo nada de valor ahí dentro. Adelante.

Se queda callado. Vuelvo a sonreír. Sabe que lo tengo cogido por las pelotas. La venganza es un plato que se sirve frío.

—Dime lo que quieres.

—Nos veremos en mi habitación de hotel dentro de una hora y escucharás lo que tengo que decirte. Y luego, si no logro convencerte, eres libre de marcharte. Me alojo en el Hilton, habitación 206.

—¿Solo eso?

—Sí.

—¿Por qué en tu hotel?

—Porque no me fío de ti y no voy a ir a ningún sitio desde el que puedas escaquearte.

—Como quieras.

Suena despreocupado, que es justo como quiero que esté. Vendrá hasta aquí y pensará que ha ganado la batalla, pero se equivoca. Soy yo quien tiene la sartén por el mango.

—Bonitas fotos en bikini.

—¿Has mirado mis fotos? —le ladro.

Estoy tan sonrojada que agradezco no tenerlo delante para que no pueda verme.

—Adiós, pelirroja.

Me ha colgado. Estoy tan cabreada que tengo ganas de estampar el móvil contra la pared. No puedo creer que sea tan sinvergüenza. ¡Ha mirado mis fotos! Algunas en las que enseño más de lo que me gustaría que él viera, y que solo guardo para mí misma. Es un impresentable, pero dejará de reírse dentro de una hora. Él no lo sabe, pero ahora está en mis manos.

10. Interesante...

Duncan

Qué mujer tan exasperante e insufrible. Qué...

—Guau —se me escapa.

No está mal, nada mal... Lo sé, no debería hacerlo, pero me puede la curiosidad y estoy cotilleando su galería. El resto del contenido de su teléfono es aburrido hasta decir basta. Supongo que tendrá la información importante subida a la nube, porque tiene borradas casi todas las conversaciones de WhatsApp y los emails. Sin embargo, su galería de fotos sí que es reveladora. Fotos en bikini que me informan de que le encanta hacer surf. Un cuerpo repleto de curvas con una delantera considerable. Pero la sorpresa gorda viene con un par de selfies frente al espejo ataviada con un conjunto de lencería de color rojo. Se me seca la boca y noto el bulto de la entrepierna. Debajo de esa ropa de deporte se encuentra todo un bombón pelirrojo.

Suspiro y me guardo el móvil en el bolsillo. No debería hurgar en su teléfono, pero es lo mínimo que se merece después de haberme amenazado con revelar el contenido del mío a la prensa. Estoy convencido de que se ha marcado un farol, pero por si acaso, mejor andarse con pies de plomo con semejante arpía. Supongo que cree que echándome un pulso puede convencerme de firmar el contrato. Se equivoca. Voy a recuperar mi teléfono y después la mandaré a paseo. Quizá quiera echar un polvo, lo que no estaría mal. Será lo único que se llevará de mí.

Estoy haciendo tiempo en el vestíbulo del hotel porque me niego a ser puntual. Una actitud infantil e impropia de mí con la que pago a una loca que primero se cuele en mi casa y luego me roba el teléfono. Mientras tanto, utilizo mi teléfono de empresa para charlar con Claudia, que sigue mosqueada conmigo. Qué difícil me lo está poniendo.

Claudia: *déjame en paz. Lo he pasado fatal por tu culpa.*

Yo: *si quisieras que te dejara en paz no responderías a mis mensajes. Vamos, nena, ¿no te apetece verme?*

Cruzo los dedos. Su mensaje se hace esperar tres minutos porque se está haciendo la dura.

Claudia: *Duncan... no lo pongas más difícil. Debería bloquearte. Mis amigas dicen que no me convienes.*

Yo: *tus amigas tienen razón, pero me echas de menos porque los dos lo pasamos en grande cuando estamos juntos. ¿Para qué estropear algo que funciona?*

Claudia: *¡¡¡me pusiste los cuernos!!!*

Pongo los ojos en blanco. Qué rencorosa. Eso fue hace un siglo. Vale, vale, hace tres semanas. Pero técnicamente habíamos roto. Siempre le fui fiel durante los seis meses de relación. Quizá miré a otras mujeres, no voy a negarlo, pero nadie me puede culpar por mirar una tarta y no comérmela.

Duncan: *habíamos roto, me sentía... solo.*

Claudia: *¡¡¡hacia tres horas que habíamos roto!!! Tres horas y ya te estabas acostando con otra mujer. Ni siquiera sé por qué hablo contigo. Eres un caso perdido.*

Duncan: *¿serviría de algo decir que lo siento?*

Duncan: *estaba enfadado, y cuando uno se enfada hace cosas de las que luego se arrepiente...*

Claudia: *de lo único que tú te arrepientes es de que yo te haya pillado.*

Puede ser, pero ese no es el tema. Claudia me bloquea antes de que pueda responderle. Genial. Ahora tendré que pedirle a mi secretaria que le envíe un ramo de flores con una nota de disculpa. A Mary se le dan genial las notas de disculpa. Es una santa, debería subirle el sueldo.

En fin, creo que ya me he hecho suficiente de rogar, así que me levanto y subo en ascensor hasta la segunda planta.

Habitación 206.

Me apoyo sobre el quicio de la puerta con actitud despreocupada y llamo a la puerta. Que vea que no le tengo miedo.

11. Te tengo calado

Malena

¡Por fin!

Justo cuando creí que no vendría y me había quitado la ropa para dormir, me encanta dormir desnuda, por cierto, Duncan llama a la puerta. Me pongo el albornoz blanco y abro la puerta con expresión irritada. Detesto que me hagan esperar y sospecho que lo ha hecho a propósito.

Duncan McGregor sabe el efecto que produce en las mujeres y me dedica una mirada resplandeciente que no funciona conmigo. He conocido a suficientes tipos como él para que uno con más millones y fama no me impresione. Son todos iguales.

Metro ochenta y largo, cabello castaño y ojos oscuros. Sonrisa pícara y hoyuelo en la barbilla del tipo galán de cine. Está cruzado de brazos y se apoya contra el quicio. Cazadora negra de cuero, vaqueros que le sientan como un guante y camiseta de algodón blanca. Un embaucador de primera cerca de la cuarentena. Nada del otro mundo.

—Llegas tarde.

—¿Lo de recibirme medio desnuda va con segundas? —su tono provocador va seguido de una mirada cálida a mis piernas.

Le dedico una mirada inexpresiva que le corta el rollo.

—¿Lo de presentarte media hora después es para acrecentar la pésima opinión que tengo sobre ti?

Entra sin que lo invite y da un corto paseo por la habitación con el que intenta intimidarme. Al final, se sienta en la cama sin perder la sonrisa.

—¿Debajo llevas puesto el conjunto de lencería rojo?

La pregunta me deja fuera de juego por unos segundos. Me cruzo de brazos y pongo mala cara, aunque por dentro estoy muerta de vergüenza. No me puedo creer que haya visto esas fotos. Menudo sinvergüenza.

—¿Nadie te ha dicho que hurgar en el teléfono de otra persona está mal?

Se encoge de hombros.

—Supongo que igual de mal que colarse sin invitación en la casa de otra persona. Además, tú habrías hecho lo mismo si hubieras logrado desbloquear el mío.

Aprieto los dientes. Eso no es cierto. Sus secretos no me interesan en absoluto.

—¿Cómo lo has desbloqueado?

—Tu patrón de desbloqueo es una M de Malena. Muy original —se jacta.

Uf, tiene razón, debería haberlo cambiado. Demasiado previsible, pero tengo tantas cosas en la cabeza que opté por algo que no se me olvidara.

Extiendo el brazo para que me devuelva mi teléfono, pero él sigue con las manos metidas en los bolsillos.

—Mi teléfono.

—Cuando tú me des el mío.

—Ese no era el trato.

—Tienes razón. El trato era que venía hasta aquí, escuchaba lo que sea que tengas que decirme y luego me iba. No tengo todo el tiempo del mundo.

—Para no tener todo el tiempo del mundo has llegado tarde... —le recrimino, y le ofrezco una carpeta con el contrato—. Te enfrentas a una multa de un millón de libras por no cumplir el precontrato.

—Lo sé —responde muy tranquilo—. Si eso es todo lo que tenías que decirme, será mejor...

Le pongo la mano en el pecho cuando hace ademán de levantarse. Duncan observa mi mano y frunce el ceño. La apoyo con delicadeza sobre su pecho y lo obligo a sentarse. Tomo asiento a su lado y lo miro a los ojos.

—Explícame por qué no quieres firmar el contrato. Has faltado a tu palabra, tengo derecho a conocer los motivos.

Justo cuando creo que va a mandarme al infierno, se dibuja una sonrisa amplia en sus labios.

—Eres la primera persona que me lo pregunta.

Duncan me mira a los ojos y, durante un instante, veo algo profundo en ellos que casi me conmueve. Tiene una forma de mirar directa y demasiado cercana que me pone incómoda.

—Te escucho.

—El precontrato lo firmé hace un año. Desde entonces mis prioridades han cambiado. No me apetece continuar con un negocio que me tendrá de un lado para otro durante otro año más. ¿Satisfecha?

Se retira.

La respuesta me deja algo sorprendida, pero no tardo en sobreponerme.

—No. La empresa no tiene la culpa de que de repente hayan cambiado tus prioridades. Sé un profesional, cumple con tus obligaciones y después haz lo que te plazca.

Duncan me mira entre divertido y ofuscado, deteniéndose primero en mis labios y luego en mis ojos.

—Lo que me place en este momento es...

—De ese contrato dependen las nóminas y trabajos de cientos de personas. No se trata solo de ti, ¿sabes? La multa era algo simbólico. No sirve para sufragar todos los gastos con los que ya ha corrido la empresa. Confiaban en ti.

—No es mi problema.

—¡Qué no es tu problema! —estallo sin poder evitarlo—. ¿Sabes lo que dice eso de ti? Tu imagen va a quedar por los suelos.

—Me da igual.

Por la forma en la que lo dice, sé que está siendo sincero. Pero no entiendo por qué. Para las personas como él, la fama y la opinión pública son casi tan importantes como el dinero.

—Algo habrá con lo que pueda convencerte.

—No lo sé, dímelo tú —se pone de pie. Creo que acaba de perder la paciencia—. Asume de una vez que me has hecho venir aquí para nada y dame mi teléfono. Aquí tienes el tuyo.

Lo lanza de mala manera sobre la cama. Inspiro profundamente. Muy bien, a tiempos desesperados, medidas desesperadas.

—Pues de aquí no te vas —le digo, y sé que estoy siendo de todo menos racional. No es propio de mí, pero es lo que hay. Necesito que firme el maldito contrato.

Duncan se ríe sin dar crédito cuando cierro la puerta y meto la llave dentro del escote del albornoz. Enarco las cejas en plan chula y él me mira asombrado. Por muy osado que sea, los dos sabemos que no va a meter la mano ahí dentro.

—Estás para que te encierren en un psiquiátrico —se frota el rostro como si estuviera dentro de una pesadilla de la que quisiera despertar—. ¿Este es tu plan?

—Tienes que firmar aquí, aquí y aquí —le digo, y le tiendo el contrato.

En vez de cogerlo, Duncan observa los restos del sushi y la botella medio vacía de vino. Me mira de reojo y una sonrisa maliciosa asoma a sus labios.

—No hay mal que por bien no venga.

—¿Qué haces? —pregunto con tono áspero, cuando bebe a morro de la botella.

—Hacer tiempo hasta que te des cuenta de que puedes ir a la cárcel por secuestrar a alguien.

Abre el minibar, coge una bolsita de frutos secos y se tira sobre la cama. Aprieto los labios. Ni se plantea lo del contrato, ¿qué hago con él?

—Dame eso —me acerco a él y agarro la botella con fuerza. Duncan la sostiene con firmeza—. No estás aquí para beber, y no voy a permitir...

Duncan tira de la botella y me aproxima a él. Mi rostro está a escasos centímetros del suyo. Aprieto los dientes y lo miro con rabia.

—¿No vas a permitir qué? —me provoca con voz grave.

Los dos luchamos por apoderarnos de la botella. Lo odio porque mantiene esa chispa divertida en los ojos. No me toma en serio. Y si hay algo en esta vida que me moleste es que me infravaloren.

—Que me intimides, me provoques o me tomes el pelo.

—Uy, qué dura.

Le doy un tirón a la botella y él la suelta. Me caigo bocarriba sobre el colchón y el vino me salpica la cara y el pecho. Duncan se parte de risa. Estoy tan furiosa que le doy una patada.

—¡Oye!

Me agarra el tobillo para que me detenga.

—Lo has hecho a propósito.

Duncan es más fuerte y corpulento que yo, así que no le cuesta ningún esfuerzo inmovilizarme para acto seguido tumbarse a mi lado. Todo mi cuerpo se tensa. Estoy medio desnuda y tengo a un highlander grosero de metro ochenta tumbada a mi lado.

—¿Qué haces?

—No te hagas ilusiones, fierecilla —estudia mis facciones con una curiosidad maleducada y añade con suavidad—. ¿Dónde tienes mi teléfono?

—Firma el contrato y te lo digo.

—No.

Me mantengo impasible.

—He logrado hacerle una copia al contenido.

La fachada de Duncan se desmorona.

—No te creo.

—Te noto preocupado. ¿Ya no te ríes?

—No has logrado acceder al teléfono. De ser así, me dirías lo que hay dentro.

—He hecho una copia y lo he subido a mi nube. Ni siquiera lo he mirado. No me interesa tu vida. Pero si me pones las cosas difíciles, atente a las consecuencias.

Duncan aproxima su rostro al mío y pone mala cara.

—¿A qué te refieres?

—Lo filtraré todo a la prensa si no firmas el contrato.

De repente, Duncan se coloca encima de mí y me inmoviliza con las piernas. Estoy tan sorprendida que respiro con dificultad y no opongo resistencia cuando él me agarra las muñecas.

—Estoy empezando a hartarme de tus jueguitos —me dice, y ahora sí que está cabreado—.

Dame la llave.

—Atrévete a cogerla.

—Lo que tú digas.

Cuando mete la mano dentro y me roza un pecho, le doy un empujón y un tortazo que consigue esquivar. Duncan echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Luego se aparta de mí. Me tiende una mano para que me incorpore, pero lo único que consigue de mi parte es una mirada asesina. Es un hombre despreciable.

—¿Cómo te atreves?

—He hecho lo que me has dicho. Soy un hombre obediente —se lleva la mano al pecho y se aparta de mí. Tengo ganas de matarlo. Para colmo, tiene la llave en la mano—. Mi teléfono.

Me siento en la cama y suspiro.

—Está en el cajón de la mesita de noche.

—Gracias —me guiña un ojo y abre el cajón. La expresión de triunfo de su cara se disipa en cuanto ve que, en efecto, el teléfono está desbloqueado. Pobrecillo, creía que era un farol—. No lo harás.

—¿Tú crees? De lo contrario no te dejaría marchar.

—¿Por qué estás tan desesperada de que firme ese contrato?

—No es asunto tuyo —me levanto, le quito la llave y abro la puerta—. Tienes veinticuatro horas para pensártelo.

Duncan pasa por mi lado y, de repente, se queda parado. Me mira a los ojos y me estudia durante un buen rato.

—No eres de esa clase de personas —dice muy seguro, y luego se va.

Cierro de un portazo y pego la espalda contra la puerta. ¿Qué no? ¡Ya veremos!

12. Vuelvo a casa

Duncan

Por norma general duermo como un tronco. Pero esa condenada pelirroja me ha robado mi sueño reparador. No me apetece que el contenido de mi teléfono aparezca en internet y que la prensa vuelva a acosarme hasta que descubran otro escándalo. Empiezo a disfrutar de las mieles de mi retiro. Ahora puedo comerme una pizza sin contar los carbohidratos, mandar los abdominales a paseo y olvidarme de mi perfil de Instagram porque hoy en día tu valía se traduce en la cantidad de followers que tengas. Me limitaré a centrarme en mi papel como empresario y asistiré a las reuniones del consejo de accionistas cuando la situación lo requiera. Una vida tranquila y exenta de viajes de un lado a otro del globo terráqueo. Sin jet lag y aburridas fiestas a las que me obligan a asistir para dejarme ver. Tiraré a la basura la báscula y saldré a correr por el simple placer de hacer ejercicio, y no porque ser Duncan McGregor te exige tener los mejores abdominales de toda Escocia. A la mierda el cumplir con las expectativas de los demás. Quiero aburrirme en casa, tener dos o tres hijos y consentirlos todo lo que pueda, salir a dar paseos por la playa con el chucho y dejar de sonreír cuando me piden un autógrafo.

Esa maldita pelirroja no va a arruinar mis planes. Tengo la sensación de que no sería capaz de cumplir su amenaza, pero tal vez debería ofrecerle dinero para que lo deje estar. Parece desesperada, quizá lo necesite. Una parte de mí se resiste a pagar a semejante arpía. El dinero me sobra, es cierto, pero tampoco me apetece regalárselo a la primera persona que intenta complicarme la vida.

Termino de hacer la maleta y llamo a Bobby, que está demasiado ocupado destrozando una de mis zapatillas como para hacerme caso. Suspiro. No es un perro muy listo. Lo compré porque el adiestrador me prometió que sería un excelente perro guardián. La realidad es que Bobby lo único que muerde son mis zapatos.

—Eh, chico, ¡vamos a la calle!

Bobby sale disparado, siempre funciona. Pero en cuanto abro el coche, me dedica una mirada asustada e intenta huir. Soy un hombre de ochenta kilos luchando contra un boxer de treinta y cinco kilos que se niega a subir al maldito coche. ¿Por qué? Vete tú a saber. Bobby le tiene pánico a mi lujoso deportivo. Podría dormir plácidamente sobre un asiento con calefacción, pero él prefiero gimotear y hacerse la víctima. La última vez intentó saltar del coche en marcha.

Me cuesta media vida meterlo dentro del coche, y la otra media colocarle el arnés que va atado al cinturón de seguridad. Cuando lo consigo, estoy jadeando a causa del esfuerzo y me suda la frente. Bobby agacha las orejas y me dedica una mirada resentida. Uf, ya no estoy para estos trotes. Treinta y nueve primaveras con demasiadas juergas a mis espaldas. ¿Ves como necesito retirarme? Como siga viviendo a base de lechuga, batidos de proteínas y yoga matutino la palmaré antes de cumplir los cuarenta.

—No seas así —le digo al perro, cuando pongo el coche en marcha—. Vamos a ver a los abuelos. Podrás perseguir a los animales de la granja y correr al aire libre. Cualquier otro perro estaría encantado.

Bobby emite un gruñido de protesta. A este chucho no hay quien lo entienda.

—Edimburgo es una gran ciudad, pero a los dos nos vendrá bien un poco de aire puro —intento

animarlo—. ¿Y si te sale una novia?

Bobby me mira de reojo y hasta me parece que se le iluminan los ojos. Está un pelín salido, en eso sí que se parece a mí. Sonrío con orgullo y detengo un segundo el coche para escribir un mensaje de texto.

Yo: buenos días, preciosa. Las bodas de oro de mis padres son dentro de dos semanas y me encantaría contar contigo. Siempre me pedías que te incluyera en mis planes familiares. ¿Ves como estoy cambiando? Y todo es gracias a mí. Tú me haces mejor persona.

La última frase la he sacado de una película de Jack Nicholson. Soy la leche. Ahora solo tengo que ser paciente y esperar la respuesta de Claudia. Llegará, estoy convencido. Está loca por mí.

13. Modo persecución

Malena

Piso el acelerador cuando el coche de Duncan sale de la urbanización. Todo el mundo tiene un precio. Puede que el de Duncan McGregor no sea el dinero, pero estoy convencida de poder comprarlo de otra forma. Para averiguar cuál es solo tengo que conocerlo mejor. Y para conocerlo mejor voy a espiar cada uno de sus movimientos.

Doy un volantazo cuando estoy a punto de salirme del carril. Malditos ingleses, ¿por qué tienen que conducir por la izquierda? Joder, casi la palmo. Iré con más cuidado de ahora en adelante, pero conducir en Edimburgo deberían considerarlo como deporte de riesgo. Aprieto los dientes cuando el coche de Duncan acelera. Ha estado a punto de saltarse un semáforo en rojo. Cómo no. El señor McGregor se cree por encima de la ley.

Me suena el teléfono y activo el sistema de voz inalámbrico. El semáforo se pone en verde en ese instante y pierdo de vista el coche de Duncan. Maldigo para mis adentros y acelero. Lo tengo dos coches por delante y trato de adelantar para seguirlo de cerca. Un coche me pita y estoy a punto de salirme de carril.

—¡Joder!

—¡Hoooooola! —exclama Tana—, yo también me alegro de escuchar tu voz.

—¿Qué quieres? No es un buen momento.

Debería tener más cuidado si no quiero que Duncan me descubra. Levanto el pie del acelerador y abro bien los ojos. No voy a perderlo.

—¿Qué tal estás? ¿Lo que escucho son pitidos de coche? ¿Estás conduciendo?

—Sí, y te agradecería que no me molestes si no es para algo importante.

—Guau, ¡chica atrevida! Yo sería incapaz de conducir por la izquierda.

—Ve al grano.

—¿Qué tal te va por tierras escocesas?

—Eh... bien.

—¿Bien de regular o bien de como el culo? No es por meterte presión, pero soy yo quien te llama en lugar de mis jefes porque les he dicho que confío ciegamente en ti.

—Solo llevo aquí dos días —le recuerdo.

—Lo sé. ¿Cuál es tu veredicto sobre el señor McGregor?

—Es un idiota.

Tana se parte de risa.

—¡Lo es! —admite, y por alguna extraña razón le hace mucha gracia—. Pero también está como un queso. ¿Has visto sus abdominales? Y tiene un pelazo...

—No sé para qué te cojo el teléfono.

—Porque me adoras. Y porque tengo que demostrarles a mis jefes que he hablado contigo para supuestamente meterte presión.

—Genial, ya lo has hecho.

—La conversación no ha durado la suficiente... Así que dime, ¿cómo vas a convencer a McGregor de que firme el contrato? Después de conocerlo, llegué a la conclusión de que le importaba un bledo perder un millón de libras. Supongo que cuando eres rico es una nimiedad.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —ahora su tono es preocupado.

—Estoy en ello —le aclaro, y piso el acelerador cuando estoy a punto de perder a Duncan—. Le estoy haciendo un seguimiento. Tengo que conocerlo mejor, averiguar sus puntos débiles...

—¿Lo estás persiguiendo a lo James Bond? —pregunta emocionada.

—Te tengo que dejar.

—¡Suerteeee! Ah, y no tengas un accidente. Conduce con precaución.

Cuelgo el teléfono y me centro por completo en la conducción. Duncan se está alejando de la ciudad, ¿a dónde demonios va? Aprieto el volante y fijo la mirada en su impresionante deportivo. De repente, su coche se desvía hacia un camino polvoriento y no me queda otra que seguirlo. Es demasiado evidente, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Es un camino estrecho y de un único sentido por el que a duras penas cabe un coche. Entonces, Duncan da un frenazo y piso el freno antes de chocarme con su coche. ¿De qué va? Cuando sale del vehículo hecho una furia, comprendo que me ha descubierto.

Mierda.

¿Y ahora qué hago?

Permanezco dentro del coche hecha un basilisco. Duncan se planta al lado de mi puerta y golpea la ventanilla con gesto serio. Suspiro. No me queda otra escapatoria que hacerle frente. Bajo la ventanilla y respondo con tono afectado.

—Me estás cortando el paso.

—¿De qué vas?

—No sé a qué te refieres —respondo con tono calmado y falsa inocencia.

Duncan me mira sin dar crédito.

—Me estás siguiendo.

—¿Yo? —me hago la sorprendida—. Estoy dando un paseo. Creí que este era un país libre. ¿Te importaría seguir circulando para dejarme paso?

—¿Y que continúes tu patética persecución?

Estoy a punto de asentir, pero me controlo.

—Te repito que no sé de qué me hablas.

—¿A dónde ibas?

—A donde me lleve este camino.

—¡Ja! ¡Me estás siguiendo! Admítelo de una vez.

Mi expresión no se mueve. Duncan se pasa las manos por el pelo y suelta una maldición.

—Como quieras. Si sigues en ese plan, no moveré el coche del sitio.

Se aleja de mi coche visiblemente fastidiado y se apoya en el maletero del suyo. Me encojo de hombros y subo el volumen de la radio. Tarde o temprano tendrá que arrancar.

Una hora y media después, en el interior del coche hace un calor horrible. Abro la puerta y me hago la digna. No me puedo creer que sea tan duro. Todavía sigue ahí, mirando de vez en cuando en mi dirección con expresión resentida. Me cruzo de brazos y camino hacia él con actitud decidida.

—¿No te parece que ya has hecho suficiente el ridículo?

Duncan me mira como si quisiera estrangularme. Sonrío orgullosa.

—Alquilas un coche para seguirme y estás a punto de tener varios accidentes porque conduces

de pena, ¿y el que hace el ridículo soy yo? ¿En qué mundo vives, pelirroja?

—En primer lugar, no te estoy siguiendo. En segundo lugar, no conduzco de pena, me estoy acostumbrado a conducir por el lado izquierdo, que es diferente. Y en último lugar, no vuelvas a llamarme pelirroja.

—Lo que tú digas —pone mala cara y añade—: pelirroja.

Resoplo y me aparto un mechón de la cara.

—Aparta tu coche —le exijo.

—No me da la gana.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día?

—Eso depende de si tú admites que me estabas siguiendo y luego coges el próximo desvío que te lleve a la ciudad.

—No voy a hacer tal cosa porque puedo ir con mi coche a donde me dé la gana.

—Estás loca.

—Deberías echarle un vistazo a tu perro.

—Buen intento.

—Lo digo en serio. ¿Lo has dejado encerrado en el coche con este calor? Eres un monstruo.

—Tiene el aire acondicionado y la radio encendida, ¿por quién me tomas?

Duncan abre la puerta del copiloto y observa con espanto que el perro ha vomitado en el salpicadero.

—Eh, chico, ¿qué te pasa? —pregunta preocupado.

—Deberías llevarlo a un veterinario.

—Por supuesto que es lo que haré. Así podrás seguirme, ¿qué te parece? —replica furioso.

No me da tiempo a decirle que no voy a seguirlo en esas circunstancias porque se mete dentro del coche y arranca el motor. A ver, no sé por quién me toma. Tampoco soy un monstruo. Dejaré lo del seguimiento para otro día. Vuelvo a mi coche y lo arranco, pero no hace nada. Lo intento tres veces antes de soltar una maldición. Y entonces hago lo único que se me ocurre: pulsar el claxon una y otra vez con la esperanza de que Duncan lo oiga y vuelva a recogerme. Lo último que quiero es quedarme tirada en un carril polvoriento y solitario de Edimburgo.

14. ¿Y ahora qué?

Duncan

¿Y ahora qué? Es lo primero que pienso cuando escucho el pitido del coche de la loca. Lo primero que pienso es en ignorar su llamada y llevar cuanto antes a Bobby al veterinario. Pero a pesar de la antipatía que me provoca, sé que no puedo dejarla tirada en semejante sitio. Está a punto de oscurecer y no es de aquí. ¿Y si le pasa algo? Estiro el brazo para acariciar a Bobby.

—Te pondrás bien. Aguanta, amigo.

Doy marcha atrás y la observo por el espejo retrovisor. Viene corriendo hacia mí y se echa a un lado, supongo que porque cree que voy a atropellarla. A ver, es un grano en el culo, pero no soy capaz de tanto.

Me mira a través de la ventanilla con gesto desolado.

—¿Qué quieres? —le espeto.

—Mi coche no arranca.

—Llama a la grúa.

—No tengo cobertura.

Compruebo mi teléfono para ver que no me está mintiendo.

—Sube —le ordeno de mala gana.

La pelirroja suspira aliviada y se monta en el asiento de atrás. Supongo que esperar un *gracias* de su parte es demasiado. Cuando veo que se inclina para inspeccionar al perro, me tenso como un muro de hormigón.

—Apártate de él.

—Solo quería acariciarlo.

—Bobby no quiere tus caricias.

—Puedes dejarme en la primera carretera que encuentres y tomaré un taxi. No quiero ser ninguna molestia.

—Eres una molestia desde que te conocí. Voy directo al veterinario. Apáñatelas allí.

Ella asiente sin decir nada. Estoy preocupado por Bobby y furioso con ella, así que soy incapaz de ser amable. Aprieto el volante con fuerza.

—Supongo que allí podrás encontrar un taxi—añado con parquedad.

—Vale.

Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Bobby está empezando a temblar. Puede que no sea el perro más listo y obediente, pero me he acostumbrado a él. De hecho, lo quiero más de lo que estoy dispuesto a admitir en público. ¿A quién le daré salchichas por hacer la croqueta?

—Aguanta, campeón.

—Quizá podría sentarme delante para acariciarlo... —sugiere ella con suavidad.

—No.

—Si me vas indicando, puedo conducir para que tú estés pendiente de Bobby.

—No quiero que nos estrellemos.

—Como quieras.

Se queda callada y mira por la ventanilla. Sé que solo pretende ayudar, pero estoy demasiado furioso con ella como para agradecer el gesto. Al cabo de diez minutos, Bobby comienza a gemir

y me lo pienso mejor. No soporto a esta mujer, pero haría lo que fuera por Bobby.

—Siéntate con él —le pido, y añado de mala gana—: por favor.

Detengo el coche y ella abre la puerta. Con una delicadeza que me sorprende, se hace un hueco en el asiento delantero y acaricia la cabeza de Bobby. El perro suspira y apoya la cabeza sobre su muslo. Ella lo tranquiliza con palabras amables y caricias durante un trayecto que se me hace eterno.

Estamos en un pueblo a las afueras de la ciudad y aquí no hay nada en kilómetros a la redonda. Veo el cielo abierto cuando llego al primer veterinario que encuentro y ni siquiera me molesto en aparcar bien. Cargo a Bobby en brazos y salgo corriendo sin despedirme de la pelirroja.

Una hora y media después, Bobby y yo salimos del veterinario. Por suerte no ha sido nada grave. Sufre de mareos al viajar en coche y el veterinario le ha recetado un fármaco para evitar los vómitos. También me ha aconsejado que Bobby debería descansar antes de proseguir el viaje, así que haremos noche en el pueblo. Para mi sorpresa, la pelirroja está justo en el lugar donde la dejé.

—¿Qué tal estás? —se refiere al perro.

Para mi consternación, el perro salta de mis brazos y camina hacia ella moviendo el rabo. La pelirroja lo acaricia detrás de las orejas y a Bobby parece habersele olvidado la visita al veterinario.

—Qué perrito tan bueno.

—¿Por qué sigues aquí? —le pregunto con recelo. Estoy convencido de que su inesperada preocupación por el perro oculta otros intereses. No me puedo fiar de ella.

—No hay taxis ni transporte hacia Edimburgo a esta hora. Tendré que esperar a mañana. Quería saber qué tal estaba Bobby.

—Está genial —respondo con sequedad. Le pongo la correa y tiro de él cuando se resiste a alejarse de la pelirroja—. Adiós.

Ella se pone de pie y me sigue.

—Espera.

—Si vas a volver a amenazarme con hacer público el contenido de mi teléfono, te advierto que no estoy de humor para...

—¿Una cerveza? —sugiere, y tiene la osadía de forzar una sonrisa.

Enarco una ceja. No sé de qué va. Es evidente que no siente simpatía por mí. De hecho, me hago a la idea de la clase de hombre que cree que soy. Supongo que lo de mostrarse amable es otra táctica para acercarse a mí.

—¿Qué intentas?

Pone las manos en alto.

—Nada, lo prometo. Ha sido un día complicado y ninguno de los dos tiene nada que hacer, a no ser que pretendas montar al perro de nuevo en el coche...

—Nunca le digo que no a una cerveza y a una mujer atractiva.

Ella pone los ojos en blanco. Me inclino hacia ella y añado con una sonrisa asesina:

—Pero contigo haré una excepción.

La pelirroja pone cara de fastidio. Lo sabía. Solo era una treta para intentar que firmase el contrato. Sospecho que sería capaz de emborracharme para obligarme a hacer cualquier cosa. Su maldad no tiene límites.

—Pensé que los escoceses erais más simpáticos. Supongo que en todos los sitios hay una oveja negra.

—Soy muy simpático, pero contigo no me sale. Será que sacas lo peor de mí.

—O será que te tengo calado y no me puedes embaucar como a los demás.

Agarra su maletín, se da la vuelta y camina con un estudiado movimiento de melena. Soy incapaz de no admirar su trasero. La detesto, pero no soy ciego. Ahí se marcha una mujer que siempre debe tener la última palabra. Suspiro aliviado. Creo que es la primera vez que me alegro de no acostarme con una mujer hermosa. A esta pelirroja, cuanto más lejos, mejor.

15. Un aliado inesperado

Malena

Le doy un largo trago a la cerveza. Me encuentro en un pub de mala muerte rodeada de hombre rudos y me importa un bledo emborracharme. Lo único que me apetece es beber para olvidar mis problemas. Cuando decidí aceptar este trabajo lo hice con la esperanza de solucionar los aprietos económicos de mi empresa. Supuse que Duncan McGregor sería uno de esos famosos con un ego descomunal y alguna exigencia ridícula. La realidad es que Duncan es peor. Un hueso duro de roer al que no sé cómo convencer.

Admito que haber vislumbrado su lado sensible me ha dejado estupefacta. Quiere a su perro, eso no lo convierte del todo en un zoquete. Pero sigue siendo un mujeriego arrogante e insoportable que se cree mejor que nadie. Tiempo al tiempo, conseguiré que firme el contrato. Y luego regresaré a España y le daré a mi empresa el impulso que necesita.

Voy a alcanzar la jarra de cerveza cuando rozo una mano velluda. Doy un respingo y observo con una mezcla de sorpresa y repulsión al hombre de piel lechosa y barriga prominente que me dedica una mirada lasciva.

—¿Por qué una preciosidad como tú está tan sola?

—Porque me da la gana.

Sé que mi inglés es perfecto y me ha entendido, pero el barrigón decide ignorar mi respuesta y se sienta en la silla de al lado. Suelto un suspiro de hastío. Genial, ahora me toca lidiar con un baboso.

—Deja que te invite a una copa.

—Pagaré las copas con mi propio dinero.

Le dedico una mirada asesina cuando me roza el hombro. Él se ríe, pero sigue sin mantener las distancias. Estoy empezando a ponerme nerviosa. Mala señal.

—Podría hacerte compañía y los dos pasaríamos un rato muy agradable... —sugiere, con una voz que me da nauseas.

—Lo cierto es que me estás haciendo pasar un mal rato. ¿Por qué no tienes algo de dignidad y te largas antes de que te dé una patada en las pelotas?

El hombre deja de reírse y su cara rechoncha se tiñe de un intenso color rojo, desde las mejillas hasta la bola de billar que tiene por cabeza. Pega un puñetazo en la mesa y se levanta hecho una furia. Ni me inmuto. No es el primer cerdo baboso con el que tengo que lidiar.

—¿Te crees que puedes venir aquí, exhibirte delante de todos y faltarme el respeto? —me grita y escupe al hablar.

Pongo cara de asco y agarro la jarra de cerveza. Tengo muy claro que puedo partírsela en la cabeza si intenta ponerme la mano encima.

—El respeto te lo faltas tú solo cuando importunas a una mujer que no ha pedido tu compañía. Hazte un favor y vete a casa. Apesta a alcohol.

El borracho me apoya la mano en el muslo y ahí no me lo pienso. Cojo el tenedor con la intención de explicarle por las malas que a las mujeres se las respeta. Justo cuando estoy a punto de hincárselo donde pille, alguien se interpone entre nosotros y el borracho se ve obligado a retroceder. Estoy tan sorprendida que abro los ojos de par en par.

¿Qué demonios hace él aquí?

—La señorita no quiere que la molestes —le espeta Duncan.

—Me ha faltado el respeto —gruñe el borracho.

Me pongo de pie e intento acercarme a él, pero Duncan me lo impide.

—Lárgate antes de que te abra la cabeza con lo primero que encuentre —le advierto hecha una furia.

El borracho comienza a gritar y me señala con un dedo, pero Duncan es un hombre alto y corpulento y ni siquiera lo mueve del sitio. Le dedica una mirada severa y niega con la cabeza.

—¿De verdad quieres hacer esto? —le pregunta muy serio.

El borracho se lo piensa mejor después de echarle un vistazo a Duncan. Sabe que ni siquiera en un estado de sobriedad es rival para él. Se da media vuelta y sale del pub mascullando un centenar de palabrotas.

—Lo tenía controlado —le digo muy enfadada—. No necesito que nadie me proteja.

—¿En serio? —lo pone en duda y me observa con incredulidad. Me quita el tenedor y lo tira sobre la mesa—. ¿Qué pensabas hacer con eso?

—No es asunto tuyo.

Cojo mi bolso y me dirijo hacia la barra. Duncan me corta el paso y me agarra del codo con suavidad.

—Este no es un sitio muy recomendable para tomar una cerveza. En el hotel hay una cafetería que tiene mejor aspecto.

—¿Me has seguido hasta aquí? —pregunto atónita.

—No. Venía a comprar tabaco y te he visto en una situación demasiado comprometida para no interferir.

—Pff... —me entra la risa porque él no sabe nada de mí—. Podría haber tumbado a ese imbécil con dos dedos.

—Permíteme que lo dude. Te sacaba tres cabezas.

—¿Quieres que te dé las gracias? —alzo la cabeza y lo fulmino con la mirada—. Te has metido donde no te llamaban porque creías tener la situación controlada por el simple hecho de ser un hombre. No necesitaba tu ayuda y me has hecho quedar como una damisela en apuros. Aunque no te lo creas, las mujeres podemos defendernos solitas.

La sonrisa de Duncan se amplía y sacude la cabeza.

—Estás borracha.

—Estoy perfectamente.

Me aparto de él cuando intenta agarrarme del brazo para que no pierda el equilibrio. No estoy borracha. Iba por la segunda pinta de medio litro cuando ese hombre me interrumpió. Puedo aguantar más.

Duncan me sigue hasta la salida. Su risa grave me saca de mis casillas.

—¿A dónde vas?

—No es asunto tuyo.

Me agarra con suavidad del codo y señala el sentido contrario.

—El hotel está por allí.

—¡Ya lo sabía! —miento enfadada—. Quería dar un paseo.

—Ni siquiera te tienes en pie.

—¡Aparta!

Le doy un empujón cuando intenta pasarme un brazo por los hombros. Lo que faltaba, que

intentara hacerse el caballero conmigo. Enderezo la espalda y respiro profundamente antes de proseguir mi camino. Soy consciente de que Duncan camina a mi lado sin quitarme la vista de encima.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Es curioso que tú me lo preguntes cuando hasta hace unas horas no parabas de perseguirme...

—Por motivos profesionales —le aclaro—. No disfruto en absoluto de tu compañía.

—Ni yo de la tuya.

—Pues lárgate.

—Me niego a dejarte sola en semejante estado.

—¡Qué noble por tu parte! —ironizo con desprecio—. Eres todo un partidazo. ¿Por qué no me habré dado cuenta antes?

—No me conoces —responde con tono apagado.

—Ni quiero.

—Vas mal si quieres que firme ese contrato.

—Regalarte los oídos no va conmigo, aunque sospecho que tampoco funcionaría.

Respiro aliviada cuando veo la entrada del hotel. Para mi fastidio, Duncan me abre la puerta como si me estuviera haciendo un favor y coloca su mano en la parte baja de mi espalda. Odio que me trate como a una mujer desvalida, ¿de verdad le funciona eso con alguien?

Me dirijo hacia la recepción y me exaspero cuando él se sienta en una de las butacas del vestíbulo sin quitarme la vista de encima. Qué sopor. ¿Se cree que es mi padre?

—Una habitación individual, por favor.

—Lamento comunicarle que estamos completos —me informa el recepcionista.

Apoyo las manos en el mostrador y dejo escapar el aire. Lo que faltaba.

—Seguro que hay algo que puedas hacer.

Saco mi cartera y el recepcionista me hace un gesto para que la devuelva al bolso.

—Señorita, el hotel está completo. Me encantaría ayudarla, pero un señor reservó la última habitación hace una hora.

Aprieto los dientes. Cómo no, ha sido él.

—¿Hay algún otro hotel por la zona?

—El pueblo más cercano está a media hora en coche.

—Pídemme un taxi.

—El servicio de taxi no funciona por la noche.

Aprieto los puños. ¿De verdad no me va a salir nada bien hoy?

—Se puede alojar en mi habitación. ¿Cabe la posibilidad de añadir una cama supletoria? —interviene Duncan.

—No habría ningún problema, Señor McGregor.

—Me buscaré la vida —respondo irritada. Lo último que quiero es que él me salve el culo por segunda vez.

—Deja de hacerte la dura y acepta la ayuda que te ofrezco antes de que me arrepienta. ¿A dónde vas a ir a estas horas?

Estoy a punto de gritarle algo terrible, pero me lo pienso mejor y cierro la boca. Tiene razón. Además, puedo aprovechar el tiempo que pasemos juntos para intentar convencerlo. No hay mal que por bien no venga.

16. Haggis

Duncan

He de reconocer que la pelirroja tiene su gracia. Cuando salí para comprar tabaco y la encontré discutiendo acaloradamente con aquel neandertal supe que no podía dejarla desamparada. Ella dirá lo que quiera, pero no tenía nada que hacer contra ese animal. Que no me dé las gracias no me sorprende, pero que utilizara un tenedor a modo de arma me deja claro que a esta mujer le falta un tornillo.

La veo hacer eses en dirección a la cafetería del hotel y me puede la curiosidad. Debería evitar a una mujer que no hace más que causarme problemas, pero estoy aburrido y ella podría ser una distracción. Ahora puedo mirarle el trasero sin que se dé cuenta. Va embutida en unos vaqueros que realzan sus curvas, y la cascada de pelo rojo le acaricia la mitad de la espalda. Lástima que no tengamos nada en común, porque puedo imaginar el tacto de su piel y el montón de cosas sucias que haría con su cuerpo. Estoy convencido de que podríamos pasar un buen rato, pero es evidente que ni yo soy su tipo ni ella es el mío. Demasiado estirada.

Ojea la carta del restaurante y frunce el ceño. La gastronomía escocesa no tiene nada que ver con el *fish and chips* británico y es normal que ella no sepa qué elegir.

—¿Me permites que te haga una recomendación?

—No.

Su respuesta no me sorprende. Qué mujer tan belicosa. Apuesto a que nació discutiendo y desde entonces no sabe hacer otra cosa.

Cuando la camarera se acerca, la pelirroja relee la carta ante el gesto de exasperación de la empleada. Al final, pide en un perfecto inglés:

—Una jarra de cerveza y unos haggis.

—¿Estás segura? —le digo, a sabiendas de que no tiene ni idea de lo que son los haggis.

—No necesito tu aprobación para pedir mi comida, gracias.

Contengo mis ganas de estrangularla. Ni siquiera sé por qué intento ser amable con ella. Se va a llevar una sorpresita cuando pruebe su comida. Verás qué risa.

—Para mí otra cerveza y el pastel de carne.

Solo hay una mesa libre pegada a la pared y la pelirroja se dirige a ella con un suspiro de hastío, como si compartir la cena conmigo fuera lo peor que puede pasarle en la vida. Me entran ganas de decirle que debería sentirse halagada, porque entre las mujeres soy un caramelito, pero contengo mi lengua y pregunto con ironía:

—¿Puedo sentarme o vas a apuñalarme con el tenedor?

Ella echa un frío vistazo a su alrededor.

—No hay cubiertos a la vista, siéntate tranquilo.

Me haría gracia si una parte de mí no creyese que lo dice en serio. Tengo que andarme con cuidado con esta arpía.

—¿Y Bobby? —parece preocupada de verdad cuando lo nombra.

—Descansando en la habitación. Hemos dado un corto paseo y se ha quedado frito.

—Me alegro de que esté mejor —me observa con detenimiento y se le cambia la expresión—.

¿No roncarás?

Ojalá lo hiciera.

—No —respondo algo molesto—. ¿Tienes que ser tan antipática?

Ella se encoge de hombros.

—Contigo me sale natural. Te recuerdo que por tu culpa pasé unas horas en un calabozo.

Me reiría de no percibir la acritud de su voz. Lo dice en serio.

—Porque te colaste en mi casa en plan fan psicópata.

—Solo quería hablar contigo. Lo intenté por todos los medios y no me diste ninguna oportunidad —y añade con retintín—: en plan famoso arrogante.

—No soy arrogante, pero valoro mucho mi tiempo.

Ella suelta una carcajada cargada de escepticismo. Debería importarme un bledo lo que esta mujer piense de mí, pero soy incapaz de dejarlo estar.

—Al menos podrías hacerme la pelota para intentar que firme ese contrato. Eres una pésima profesional.

A ella se le enciende la expresión. Ja, le he dado donde más le duele.

—¿Tú me vas a hablar de lo que es ser profesional? ¡Cómo te sobra el dinero te da igual faltar a tu palabra! Lo que me faltaba, que me dieras lecciones.

—¿Lo ves? Tu antecesora al menos lo intentaba con más elegancia.

—Será que por más que busco no veo ninguna cualidad atractiva que halagar. Se me da fatal mentir.

Aprieto los dientes. Acaba de insultarme sin despeinarse.

—Vamos a compartir habitación. Si me dejas, te enseño un par de cualidades que te dejarían muy satisfecha.

Me dedica una mirada helada.

—¿Tu arrogancia te funciona con alguien?

—Sí.

Ella tuerce el gesto. Va a decir algo, pero la camarera llega con la comida y a ella se le ilumina la expresión. La observo sin pestañear y contengo una sonrisa.

—Qué hambre —se relame, y se lleva a la boca un buen bocado.

Se le cambia la expresión y deja de masticar. Comienzo a partir mi pastel de carne y le digo con tono malicioso:

—El haggis es un plato que se elabora a base de asaduras de oveja mezclada con harina, hierbas y especias. Todo dentro de una bolsa hecha del estómago del animal y que se hierve durante varias horas. Apetitoso, eh.

La pelirroja sale disparada hacia el cuarto de baño y suelta una carcajada. Diez minutos después, regresa con la cara pálida y le da un largo trago a la cerveza. Se sienta con la espalda muy recta y el orgullo herido.

—¿No te lo terminas?

—Qué te den.

—Te habría recomendado el pastel de carne, pero no necesitabas mi aprobación.

Se limpia la comisura del labio con un gesto digno y casi me compadezco de ella. El haggis es un plato escocés no apto para los estómagos extranjeros.

—¿Quieres? —le ofrezco parte de mi comida a sabiendas de que la cocina acaba de cerrar.

Ella sacude la cabeza tal y como me esperaba.

—No tengo hambre.

—No deberías beber con el estómago vacío —me lo pienso mejor y le digo—: no te lo tomes

como un consejo. No me apetece discutir.

Ella mira de reojo mi plato, pero es demasiado orgullosa para aceptarlo.

—Insisto —le digo, y empujo el plato hacia el centro de la mesa—. Me sabe mal comer solo. ¿Me vas a hacer el feo?

Ella agarra el tenedor y coge una porción de verduras con timidez. Al cabo de unos segundos, está dando buena cuenta del pastel de carne. Es una mujer con un apetito voraz y eso me agrada. Claudia me controlaba las calorías y me echaba la bronca cuando pedía postre. Era estresante salir a comer con ella.

—¿Quieres postre? —le pregunto, cuando veo que rebaña el plato.

—Esta vez me dejaré aconsejar por ti.

Cuando regreso con el postre, la pelirroja le dedica una mirada de desconfianza. La verdad es que visualmente no es nada atractivo.

—Sé lo que parece, pero tienes que probarlo.

—¿Qué es?

—Mars frito.

—¿En serio? —abre los ojos de par en par y coge la barrita con una mezcla de extrañeza y fascinación.

La primera y única vez que le pedí a Claudia que probase semejante manjar, me echó una bronca descomunal sobre la insalubre dieta escocesa y la alta posibilidad de que mi colesterol me matase.

—Es una bomba calórica que se inventó en los noventa. Una delicatessen rebozada en masa y que se fríe en aceite hirviendo. ¿Horrorizada?

—De algo hay que morir.

Me sorprende cuando se lleva la barrita a la boca y entrecierra los ojos.

—Uhm...

—Bienvenida a la gastronomía escocesa.

—Si todos los platos son como este, volveré rodando y merecerá la pena.

Me abstengo de decirle que no me importaría verla con un par de kilos de más. Tiene unas curvas generosas y estoy convencido de que se le distribuirían muy bien. Sonríe sin poder evitarlo cuando se chupa los dedos. Su rostro es el vivo reflejo de la felicidad.

Me llega un mensaje al teléfono y observo la pantalla. Es Claudia. Debería responderle. La pelirroja dedica una mirada curiosa a la pantalla.

—Deberías responderle —me lee la mente.

—Puede esperar.

—Creí que habías roto con Claudia —dice con falso tono inocente.

Dios mío, esta mujer no descansa nunca.

—¿Me has buscado en internet?

—Por supuesto. Soy una profesional que tiene que conocerte —me dice sin despeinarse.

—Sé que no me vas a creer, pero la prensa solo dice chorradas sobre mí.

—¿Entonces no es cierto que le fuiste infiel con otra mujer?

Su pregunta impertinente me deja callado. Ella se levanta y puedo leer el desagrado de su expresión. Tiene una pésima opinión de mí que acabo de confirmarle.

—Deberías responder a tu ex. Seguro que con tu labia todavía estás a tiempo de reconquistarla —hay tanta desaprobación en su tono que ni siquiera se molesta en disimularla—. Nos vemos en la habitación.

Me siento como un colegial al que su profesora acaba de regañar por haberlo pillado copiando en un examen. Lo que más me enfurece es el hecho de darle importancia. No es más que una completa desconocida que me perseguiría hasta el fin del mundo con tal de que firmara un contrato. Sin embargo, su desprecio me molesta de una forma personal que no acierto a comprender.

17. Ronquidos

Malena

No sé qué pensar después de la cena con Duncan. Reconozco que es de esos hombres que sabe ser encantador sin esforzarse, y precisamente por eso debo tener mucho cuidado con él. Sabe meterse a la gente en el bolsillo a base de ser un caradura con desparpajo, pero a mí no puede engañarme. Lo tengo calado.

Sé que ha sido amable conmigo, no voy a negarlo. Supongo que a una parte de él le sale natural, y la otra la utiliza para que baje las reservas con él y tire la toalla con lo del contrato. Sonrío con suficiencia: no me conoce.

A pesar de todo, reconozco que cuando se muestra cercano no es del todo un caso perdido. Es solo un hombre con el que se puede bromear y tener una conversación normal. Y, para ser honesta, esa parte de Duncan tampoco me desagrada. Ojalá la sacara a relucir más de vez en cuando, porque sospecho que entonces podríamos llegar a un acuerdo.

Me llaman por teléfono en ese momento. Estoy a punto de no cogérselo a Tana, pero necesito una amiga con la que desahogarme y ella, por muy loca que esté, es mi mejor amiga.

—¡Hoolaaaaaaa!

—Me alegro de escuchar tu voz.

—¿En serio? Debe de pasarte algo grave, porque detestas hablar por teléfono. ¿Qué sucede?

—Estoy compartiendo una habitación de hotel en un pueblo perdido de Escocia con Duncan McGregor.

El chillido de Tana me taladra el tímpano y me alejo el teléfono de la oreja.

—¿Qué? ¡Oh, dios mío! ¿Qué? ¿Cómo de grande la tiene? ¿Quééééééééééé?

—No es lo que estás pensando —me apresuro a sacarla de su error—. Lo estaba siguiendo en coche, se estropeó el motor y entonces su perro se puso enfermo... es largo de contar, pero en resumidas cuentas se nos hizo tarde y fuimos a parar a un pueblo con un solo hotel. Solo quedaba una habitación libre y la estamos compartiendo.

—Suenas a excusa barata para acostaros —dice ella con desconfianza, y añade con entusiasmo—. ¡Y no puedo culparte! Está tremendo, ¿verdad?

—No me atrae —le soy sincera.

—¡Venga ya! ¿Quién no lo encontraría atractivo?

—Yo, por ejemplo. Y podría darte una larga lista de motivos: es mujeriego, mentiroso, egocéntrico...

—Nimiedades —se ríe—. Así que vas a seducirlo para que firme el contrato... guau, ¡eres de otro nivel!

—No voy a hacer tal cosa —me horrorizo de solo pensarlo—. En todo caso, intentaré ser su amiga. Tal vez si me gano su confianza...

—Sí, sí, su confianza...

Oigo la puerta de la habitación. Debe ser él.

—Te tengo que dejar.

—¡Espera! No me dejes así.

Cuelgo el teléfono en el instante que Duncan aparece en la habitación. O la habitación es muy

pequeña, o Duncan es enorme, porque parece exageradamente grande en un espacio tan reducido. Se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y de su pecho asoma un vello castaño oscuro. No cabe duda de que es un hombre atractivo.

—¿Te importa que vea la tele? —pregunta, y ya ha cogido el mando a distancia.

—Como quieras.

Bobby está roncando a mis pies. Me levanto de la cama con cuidado de no despertarlo y voy hacia el baño. Dejé todo mi equipaje en el otro hotel, así que lo único que llevo en el bolso es la cartera y una camisa porque soy una mujer precavida. Después de ducharme, me pongo la camisa, que apenas me cubre los muslos. Me da tanta vergüenza que camino muy deprisa hacia la cama y me tapo con la colcha. Duncan está viendo una película y me mira de reojo.

—No voy a violarte —se indigna.

—No es por ti. Esto... solo llevo una camisa. Es lo único que he traído —le explico avergonzada.

Duncan se levanta de la cama, abre su maleta y rebusca en su interior. Coge una camiseta y me la lanza.

—Te servirá para dormir.

—Gracias.

Se hace el sorprendido y se lleva una mano al pecho.

—¿Acabas de darme las gracias o lo he soñado?

—¡Gracias! —repito en voz alta, y desaparezco hacia el baño.

Me coloco la camiseta de Duncan, que me tapa hasta las rodillas en plan camisón. Mido un metro setenta, pero el cuerpo de Duncan debe ser impresionante. Para colmo, la camiseta huele genial. No puedo evitar hundir la nariz en la tela. Uf, me encantan los hombres que huelen bien. Ahora me siento un tanto desubicada oliendo a él, pero no me queda otro remedio. Cuando regreso a la habitación, Duncan se ha quitado la camisa y solo lleva unos vaqueros. Me esfuerzo en mirar hacia otra parte. Creo que lo está haciendo aposta.

—Te la puedo firmar.

—Ja, ja.

Abrazo la almohada y miro la televisión. Me parece el colmo que no vaya a ponerse la parte de arriba. Su interior me desagrada, pero no estoy ciega y Duncan me está regalando la vista. Tiene unos abdominales más duros que la piedra y un pecho moreno calcado al de los anuncios de perfumes. Finjo estar pendiente de la película porque jamás admitiría en voz alta que tiene un físico impresionante.

—¿Te molesta que me haya quitado la camisa? —lo pregunta de manera inocente, pero su pregunta es una clara provocación.

—No.

—Lo digo porque no paras de mirarme.

—Estoy viendo la película. Y está muy interesante, así que no me molestes.

Su risa grave manifiesta que no me cree. Abrazo la almohada con fuerza. Bobby apoya la cabeza en mis piernas y saca la lengua. Es todo un amor, no como su dueño.

—Mirar no es pecado.

Suelto un suspiro y lo miro a los ojos. Su mirada oscura brilla de diversión. Le sostengo la mirada sin esfuerzo, enarco las cejas y le doy un completo repaso. De la cabeza a los pies. Me detengo en sus pectorales, desciendo por el camino de vello oscuro que se pierde bajo la presilla de los pantalones y recorro sus cuádriceps. Devuelvo la mirada a la pantalla y digo con voz fría.

—Lo mismo que he visto por la tele. No me impresiona.

—A mí no me cuesta admitir la belleza cuando la veo —dice él con total naturalidad—. Tú tienes unas piernas increíbles y jamás lo negaría.

—Vale.

—Una cintura estrecha y tentadora.

—Para —me enervo.

—Una boca carnosa y rosada que...

Apago la luz y me doy la vuelta para darle la espalda. Duncan se ríe, pero no me hace ni puñetera gracia. Es un canalla y no pienso entrar en sus juegucitos sucios.

—Buenas noches, pelirroja.

Le tiro un cojín y espero haberle dado en la cabeza.

—Déjame en paz. Eres un golfo.

—¿Por decirte la verdad?

—Por intentar avergonzarme con tus tonterías. Hasta alguien como tú debería saber que todo tiene un límite.

—Tus límites son aburridos.

—Y no me llames pelirroja. Me llamo Malena.

—Qué duermas bien, pelirroja.

Aprieto la mandíbula y cierro los ojos. No tiene remedio, ¿por qué insisto? De repente, un sonoro ronquido inunda la habitación. Estoy a punto de asfixiar a Duncan con la almohada hasta que me doy cuenta de que es Bobby el que ronca. ¡Menuda noche me espera!

—Se me olvidó decirte que Bobby ronca como un tronco cuando se queda profundamente dormido y que nadie es capaz de despertarlo cuando encuentra un buen sitio. ¡Qué descanses!

Si el asesinato no fuera un delito, Duncan McGregor estaría intentando saltar por la ventana. ¿He dicho ya que es un tipo odioso?

18. Lo que faltaba

Duncan

Me despierto como nuevo. Estoy acostumbrado a los ronquidos de Bobby, así que siempre echo en la maleta un par de tapones para los oídos cuando nos vamos de viaje. Apuesto a que la pelirroja está que se cae de sueño. Sonrío de oreja a oreja y me doy la vuelta en la cama esperando encontrarla con ojeras y cara de querer asesinarme, pero la cama está vacía. No hay rastro de ella ni de Bobby.

Me levanto de un salto y llamo a voces al perro, pero después de recorrer la habitación me doy cuenta de que no están. El corazón me late desbocado y me visto a toda prisa. Salgo disparado de la habitación y bajo las escaleras de dos en dos.

—¡Bobby! —lo llamo desesperado.

¿Lo habrá secuestrado? Esa mujer no está bien de la cabeza. Recorro la recepción con la mirada y echo a correr hacia la puerta. Afuera está lloviendo a mares y el vendaval me obliga a cerrar la puerta. ¿Dónde se habrán metido?

—Señor McGregor.

—¡Ahora no! —le digo al recepcionista, y me dirijo hecho una furia hacia la cafetería. Si le ha hecho algo a mi perro, me las pagará.

Mis pies frenan de inmediato cuando los veo. Se me desencaja la expresión. La pelirroja está dándole de desayunar a Bobby, que está sentado en la silla de enfrente y se relame tras catar el bacon. Ella aplaude complacida cuando Bobby le da la patita. No me lo puedo creer. A mí jamás me ha dado la patita. ¿Qué clase de traición es esta?

—Buenos días —gruño malhumorado.

—Buenos días —me saluda ella de buen humor.

No lo puedo creer. ¿Es humana? No tiene ojeras y luce resplandeciente. Bobby ni siquiera se percata de mi existencia. Está demasiado ocupado devorando el desayuno y moviendo el rabo mientras mira con devoción a la pelirroja. Es humillante ver que tu fiel amigo te cambia por tu peor enemiga.

—Podrías haberme avisado. Cuando me he despertado me he llevado un buen susto al ver que no estabais.

Ella me mira extrañada.

—Dormías como si te hubieran pegado un tiro —se burla de mí—. Bobby me ha despertado a lametazos y arañaba la puerta. El pobre necesitaba salir a hacer sus cosas. Hemos dado un largo paseo hasta que se ha puesto a llover a mares.

Bobby ladra para que ella le preste atención, y la pelirroja lo premia con una loncha de bacon.

—¿Quién es el perrito más bueno del mundo?

Cuando se dirige a Bobby y le habla con voz maternal, me comen los celos.

—No eres su dueña.

Ella me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Lo sé. ¿Se supone que debería haberlo dejado encerrado?

—Sí.

Sé que no estoy siendo razonable, pero ella me saca de mis casillas. La pelirroja me observa

como si estuviera bromeando, hasta que comprende que estoy hablando en serio y frunce el ceño.

—¿Crees que sería capaz de hacerle algo malo a Bobby? —pregunta indignada.

—Serías capaz de cualquier cosa para que te firmase ese contrato. Tu mente perversa no conoce límites. Seguro que estarías dispuesta a secuestrar a mi perro para conseguir tu meta.

La pelirroja se levanta de un salto.

—¿Disculpa? —alza la voz y sus mejillas se tiñen de rojo—. Pídeme perdón ahora mismo por esa falta de respeto.

—No pienso disculparme por decir lo que pienso.

La pelirroja alza la barbilla, recoge su bolso y me aparta con el hombro. Se inclina hacia Bobby para acariciarlo detrás de las orejas y le habla con suavidad.

—Eres un perro encantador. No tienes la culpa de tener un dueño tan maleducado y despreciable. Adiós, Bobby.

El perro comienza a ladrar como un desquiciado cuando la pelirroja se marcha después de insultarme. Pongo los ojos en blanco.

—¡Por favor! ¿De veras tienes tan mal gusto?

Bobby agacha las orejas y me observa con resentimiento hasta que termino de desayunar. Le he explicado que no puedo darle bacon porque sus gases terminarían matándome, pero él no me entiende. La pelirroja lo ha puesto en mi contra, pero no hay nada que unas chuches para perros no puedan arreglar. O eso espero.

Me dirijo hacia la recepción para pagar y reemprender mi viaje. Estoy convencido de que no volveré a ver a la pelirroja. ¿Sabes qué? ¡Me alegro! A mi edad no tengo paciencia para una mujer histérica que se empeña en hacerme la vida imposible. No, gracias. Estoy deseando llegar a casa de mis padres, consentir a mis sobrinos y, si todo sale bien, reconciliarme con Claudia.

—Me gustaría hacer el registro de salida —le digo al recepcionista.

—Señor McGregor, he intentado avisarlo antes. Las autoridades acaban de informarnos de que, debido al temporal, todas las carreteras están cortadas hasta nuevo aviso. Se avecina un tornado y es recomendable que todos los huéspedes permanezcan dentro del hotel.

—¿Qué?

—La mayoría de las carreteras se han inundado y no sabemos cuándo...

—Sí, sí, ya lo he oído —respondo hecho un basilisco—. Me gustaría cambiarme de habitación.

Una sonrisa de circunstancia asoma en el rostro del recepcionista.

—Me temo que no es posible. Seguimos estando completos a causa del temporal. Pero cuando todo pase puedo ofrecerle una habitación de mejor categoría.

—Cuando todo pase me habré marchado —respondo irritado. Pero como soy consciente de que no es su culpa, añado—: gracias de todos modos.

Respiro profundamente antes de subir hasta la habitación. Joder, voy a volver a ver a la pelirroja. Probablemente me esté esperando con un cuchillo de plástico o algún invento semejante.

—Tú primero, a ti no te odia —le digo al perro, cuando empujo la puerta de la habitación.

La encuentro tecleando en su portátil con actitud concentrada, pero empiezo a conocerla lo suficiente para saber que es un farol. No sé qué decir. Me siento en el borde de la cama y cruzo las manos. Cinco minutos después, soy incapaz de soportar semejante tensión.

—Oye...

—Dirijámonos la palabra lo menos posible —me dice con voz afilada—. Ya has manifestado

lo que pensabas y te aseguro que mi opinión de ti tampoco es mejor que la que tú tienes de mí. No tenemos nada en común y lo mejor será ignorarnos.

—No sabemos lo que va a durar el temporal —le advierto, porque creo que no es consciente de la situación—. En esta época del año las inundaciones son frecuentes y las carreteras pueden permanecer cortadas incluso semanas.

—La situación mejora por momentos —ironiza ella—. ¿Qué parte de no dirigirme la palabra no has entendido?

—No tengo el menor problema en ignorarte, pero te recuerdo que estamos conviviendo en menos de veinte metros y que lo que sugieres es ridículo.

—Soy peligrosa, ridícula... ¿algo más?

Me dejo caer en la cama y me froto la cara. Hablar con esta mujer es discutir. Tiene razón. Lo mejor será que nos ignoremos hasta que podamos salir de aquí.

19. Ups.

Malena

No soporto respirar el mismo aire que él durante más tiempo. Es un hombre despreciable. ¿Cómo se atreve a sugerir que sería capaz de secuestrar a Bobby para que me firmara el contrato? ¡Todo tiene un límite! Uf, se cree el ladrón que todos son de su condición.

Salgo de la habitación echando chispas. Necesito que me dé el aire, pero como afuera parece que se está acabando el mundo, le pido al recepcionista que me enumere las instalaciones con las que cuenta el hotel. No está todo perdido, porque hay un gimnasio y un spa. Me decanto por el spa porque lo que necesito en este momento es relajarme. Lo cierto es que el personal del hotel se comporta genial conmigo, porque después de explicarles mi escasez de equipaje, me facilitan algo de ropa y un traje de baño que, para mi desgracia, me queda algo justo.

Mi plan consiste en meterme en la piscina climatizada y no salir del agua hasta que se me arruguen las yemas de los dedos. Luego almorzaré algo ligero, leeré un libro en el iPad y pediré que me suban la cena a la habitación. Con un poco de suerte, quizá esté pidiendo demasiado, Duncan mantendrá la boca cerrada y me olvidaré de su existencia. El contrato ya lo doy por perdido, ¿cómo voy a convencer a semejante zoquete? ¡Es una misión imposible!

Dejo la toalla y las zapatillas en la taquilla y me dirijo hacia el borde de la piscina. En mi ángulo de visión se cuelan unas pantorrillas torneadas que capturan mi atención. Me vuelvo hacia el propietario de semejante anatomía. Suspiro decepcionada. Es Duncan.

—¿Me das permiso para meterme en la piscina? —pregunta con tono victimista.

Lo ignoro. Después de lo que me dijo no merece ni un segundo de mi atención. Se mete debajo de la ducha y me ofrece una perspectiva nada desdeñable de su trasero. Intento mantenerme impassible, pero hay que reconocer que su slip deja poco a la imaginación. Duncan McGregor es un hombre impresionante. Duncan McGregor en bañador es harina de otro costal. Es el tipo con el que tienes fantasías por las noches. El highlander apuesto, sexy y musculoso que te encuentras es una novela. Es, *madredelamorhermoso*, un sueño erótico.

Las gotas de agua recorren su piel morena y se me seca la boca. Intento apartar la vista, pero recuerdo que él me dijo que mirar no era pecado. Sus brazos son enormes y su espalda musculosa. No hay ni un gramo de grasa en un cuerpo trabajado al milímetro. Giro la cabeza con disimulo cuando él se vuelve hacia mí.

—Toda tuya.

Me roza a propósito cuando pasa por mi lado. Disfruta poniendo nerviosas a las mujeres. La emoción del momento se disipa. Es solo fachada. Una lástima que el envoltorio sea lo único interesante que puede ofrecer al mundo. Si lo hubiera conocido cuando era una adolescente me habría deslumbrado con un par de frases hechas y su físico. A mis treinta y dos años, Duncan McGregor es la clase de hombre que aborrezco.

Meto un pie en la piscina para comprobar la temperatura del agua. Deliciosa. Soy consciente de que Duncan no me quita el ojo de encima y me cruzo de brazos.

—¿Qué?

—Eh... —su expresión de incomodidad es evidente—. Se te ve un pezón.

Me doy la vuelta y me recoloco el maldito bikini. Acabo de enseñarle una teta, ¿se puede caer

más bajo? Fingiendo no estar muerta de vergüenza, me meto en la piscina como si no hubiera pasado nada.

—Gracias —musito.

Duncan asiente y nada hacia el otro extremo de la piscina para alejarse de mí. Frunzo el ceño. ¿Y ahora qué le pasa?

—No voy a ahogarte.

—Mantengo la distancia, ¿no es lo que querías?

Lo miro sorprendida. No hay quien lo entienda. Me dirijo hacia los chorros de la piscina para que me masajeen la espalda. Qué gozada. Duncan sigue en el mismo sitio y no parece estar disfrutando de la piscina.

—Puedes acercarte, no muerdo. Una cosa es que no nos dirijamos la palabra, y otra que no puedas disfrutar de la piscina.

—Estoy bien aquí —responde ofuscado.

Lo miro extrañada, pero lo dejo estar. No sé cuánto tiempo paso en el agua, pero cuando abro los ojos, veo a Duncan agarrado al bordillo y con la cara colorada. Nado hacia él porque sospecho que le sucede algo. Quizá le haya dado un calambre y sea demasiado orgulloso para pedir ayuda.

—¿Estás bien?

—Sí —su voz suena estrangulada.

—Creo que deberías salir del agua. Tienes la cara completamente roja —le digo preocupada.

—Soy mayorcito.

—Pero...

Duncan se aparta de mí cuando intento tocarlo y nada hacia el otro extremo de la piscina. Definitivamente este hombre ha perdido el juicio. Salgo de la piscina y sacudo la cabeza. No debería meterme donde no me llaman, pero tengo entendido que los golpes de calor dentro de las piscinas climatizadas son más frecuentes de lo que pensamos. No quiero sentirme culpable, por lo que camino por el bordillo para acercarme a él. Duncan me mira alarmado y se aleja nadando hacia el centro de la piscina.

—¡Déjame!

—Duncan, hablo en serio, deberías salir del agua. Te estás acalorando.

Me cruzo de brazos y lo observo como si fuera su madre. Se está comportando como un crío.

—Estoy perfectamente.

Resoplo. ¿A quién pretende engañar? Parece una gamba cociéndose en agua hirviendo.

—Estás delirando. Voy a tirarme a la piscina para sacarte.

—Como lo hagas, te ahogo —me advierte agobiado.

Enarco una ceja.

—No serías capaz.

—Tírate y lo comprobarás.

—Soy muy buena nadadora.

Duncan comienza a salpicarme y retrocedo hecha una furia. A ver, este hombre ha perdido la cabeza. Tengo que sacarlo del agua antes de que se le derritan las pocas neuronas que le quedan.

—Duncan...

—Pelirroja, como te metas en el agua...

Salto de cabeza y nado hacia él. Duncan comienza a dar brazadas desesperadas en dirección contraria. Es una situación surrealista. Consigo agarrarlo del tobillo para arrastrarlo hacia las

escaleras.

—¡Para! —me ordena, y me agarra de la muñeca—. ¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? —jadeo a causa del esfuerzo—. Sal del agua antes de que te ahogues, pelirroja.

—No pienso salir de la piscina.

Duncan me salpica la cara para que me marche y eso termina de sacarme de mis casillas. Se va a enterar. Practiqué natación hasta los dieciocho años y puedo con él. Intento agarrarlo del cuello para sacarlo a rastras a la vez que el me coge del brazo para llevarme hasta el bordillo. Forcejeamos como un par de animales furiosos. Y entre brazadas y atragantadas de agua, le rozo el bulto del bañador y se me escapa un grito sorprendido. Es una jodida erección. Duncan se aparta de mí y me deja flotando en la piscina. Su mirada rehúye la mía cuando nada hacia el bordillo, sale de la piscina y se tapa como puede el bulto revelador de su bañador. Me muerdo el labio. Mierda, por eso no quería salir del agua.

20. Abochornado

Duncan

Estoy tan avergonzado que he salido corriendo de la piscina con la toalla anudada a la cintura. He tenido una jodida erección. Ella lo ha visto. Creo que es la primera vez que hago el ridículo de manera estrepitosa delante de una mujer. Ni siquiera me atrevo a mirarla a la cara e inventarme una excusa barata. No puedo. Me niego.

Me estaba asfixiando dentro de la puñetera piscina, pero habría perdido la conciencia antes de salir del agua y revelarles a mi amiguito. Para ser justo, no tengo la culpa de lo sucedido. No controlo a mi polla. Literalmente. Y mi polla decidió que era el momento idóneo para izar la bandera. Dios, jamás me había arrepentido de tener una erección.

¿Qué le digo a la pelirroja?

Mejor no digas nada.

Es la mejor opción. Fingir que no ha pasado e ignorarla hasta que el temporal se esfume. Pero... seguro que hará preguntas. O peor aún, me lo echará en cara. Y en ese caso, ¿qué puedo decirle al respecto? Me parece que una justificación del tipo: *te vi el pezón y se me puso dura*, no le va a hacer ni puñetera gracia. Porque esa es la verdad. Mierda, ¿cómo se puede caer tan bajo? He visto a tantas mujeres hermosas desnudas que una más no debería afectarme. He posado desnudo y abrazado a mujeres desnudas por trabajo y jamás de los jamases he tenido un accidente semejante. Me mentalizaba de que era trabajo y la excitación se esfuma. Me he acostado con modelos y actrices que están consideradas las mujeres más bellas del planeta. Y, maldita sea, un condenado pezón me la pone dura. Un pezón rosado, pequeño y puntiagudo que no puedo quitarme de la cabeza.

Joder, ¿qué diablos me pasa?

Ese bikini color rojo debería estar prohibido bajo pena de cárcel. Un trozo de tela que deja poco a la imaginación, le cubre lo justo y hace juego con ese cabello color fuego que empieza a volverme loco. ¿En qué estaba pensando esa arpía para colocarse semejante tortura? ¿Lo habrá hecho queriendo? Me rasco la barbilla mientras sopeso esa opción. Una mujer como ella debe ser consciente de que es muy atractiva y produce un efecto devastador en el sexo contrario. ¿Sería capaz de seducirme para que firmase el contrato?

No.

Es incisiva y persistente y tengo la impresión de que utilizaría cualquier arma para comprarme menos su cuerpo. Por un instante maldigo su integridad. Ahora más que nunca me encantaría acostarme con ella. Le acariciaría todas las curvas, le lamería la piel, me perdería en su olor y succionaría ese condenado pezón hasta que el placer se le escapara por la boca y gimiera mi nombre hasta quedarse ronca.

—Joder... —gruño, y me voy directo a la ducha.

Me bajo el bañador y descubro a mi amiguito. Duro y necesitado de cariño. Se me escapa un suspiro y abro el grifo de la ducha. No tengo nada en contra de la masturbación, pero prefiero compartir mi placer con otra persona. Sentir el cuerpo cálido de una mujer y dejarme llevar. Pero... si no hago algo con este problema, y es un gran problema que no puede pasar desapercibido, creo que la polla me va a estallar.

Meto la cabeza debajo de la ducha y pego la espalda contra los azulejos. Joder, pelirroja, maldita seas, mira lo que has conseguido. Recreo la visión de su cuerpo y me excito todavía más. Me agarro la polla con una mano y comienzo a masturbarme lentamente. Aprieto los dientes y recuerdo sus piernas. Largas, pálidas, esbeltas. Imagino que acaricio su cintura estrecha y subo las manos hacia sus pechos. Se acoplan a la perfección bajo mis manos y ella gime. Le arranco la parte superior del bikini y lamo sus pezones como un condenado animal. La pelirroja se pone de rodillas y me dedica una sonrisa melosa. Entierro mis manos en su pelo y la miro expectante. Sus ojazos azules me recorren las pantorrillas hasta posarse en la punta de mi polla. Se me escapa la vida por la boca cuando se la mete en la boca y me regala una mamada que me deja exhausto. Mi fantasía termina abruptamente cuando me corro soltando un gruñido.

—Joder, estoy mal de la cabeza.

Y, si fantasear con otra persona fuera un pecado, ya estaría en la cárcel.

Me niego a sentirme culpable por tocarme un poco. Era eso o echarme un cubo de agua helada para bajar la erección. Y, sinceramente, le tengo demasiado aprecio a mi amiguito como para hacerle semejante barbaridad. Además, ahora me siento mejor. Me he quitado un peso de encima y puedo pensar con claridad.

La pelirroja es una mujer atractiva, sí, ¿y qué? No estoy acostumbrado a los desplantes femeninos y ella no para de regalármelos. Es evidente que mi subconsciente me ha jugado una mala pasada. Nada que no se pueda arreglar con sexo de verdad en cuanto tenga la oportunidad. ¡Será por mujeres!

Salgo del baño muy relajado y me tumbo en la cama con una sonrisa amplia. El último mensaje de Claudia dejaba entrever que cabe la posibilidad de que ella me perdone. Todavía está resentida, pero supongo que puedo ablandar su corazón con un collar de diamantes. A Claudia le encantan los diamantes. Y luego culminaríamos nuestra reconciliación con un buen polvo. Nos entendemos muy bien en la cama.

Por si acaso, debería alejarme lo antes posible de la pelirroja. No quiero cometer ninguna estupidez por culpa de un calentón. Como, por ejemplo, firmar el contrato si ella vuelve a ponerse ese maldito bikini. Mantendremos las distancias y reanudaré mi viaje en cuanto el tiempo me lo permita. Miro por la ventana y pongo mala cara. Una lluvia intensa golpea los cristales y un viento furioso azota las ramas de los árboles. Hay varios troncos partidos bloqueando la carretera. Mala señal. El tiempo en Escocia es impredecible, y uno nunca sabe cuánto tiempo deberá pasar encerrado en casa. O en un hotel con una pelirroja la mar de atractiva e insoportable.

—Hola.

Me sobresalto como si me hubiera pillado haciendo algo malo, y por un instante creo haber imaginado su voz. Pero la pelirroja está en la puerta de la habitación. Lo sé porque la puedo ver reflejada en la ventana.

Haz algo y date prisa antes de que crea que eres un hombre horrible.

—Hola —respondo, y finjo estar mirando el móvil.

—Creo que deberíamos hablar de lo que ha sucedido antes.

Mierda. Quiere hablar.

Hago un gran esfuerzo para levantar la cabeza y mirarla a los ojos. Respiro aliviado. Lleva puesto un albornoz.

—¿De qué quieres hablar? —me hago el sueco.

Ella pestañea confundida y se muerde el labio. Alguien debería decirle que es un gesto demasiado sexy. Mis pulsaciones se aceleran y temo que toda la sangre de mi cuerpo se colapse en el mismo lugar.

—Ya sabes... —hace una señal hacia abajo y pone cara de circunstancia—. Quiero que sepas que no deberías sentirte avergonzado por lo que ha pasado. Es completamente normal cuando se está relajado. Yo no le daré importancia ni volveré a sacar el tema. Solo quería que lo supieras, ¿vale?

Joder, menos mal. No sabe que me he excitado por su culpa y tiene la elegancia de restarle importancia.

—Estaba fenomenal hasta que tú intentaste sacarme del agua —le digo, porque a pesar de todo siento la necesidad de hacerme el duro.

—Porque creía que te estaba dando algo —se defiende.

—Será mejor que no te metas en mis asuntos. Nos irá bien ignorarnos y mantener las distancias tal y como tú sugeriste.

Sé que estoy siendo un capullo, pero me asusta que el episodio se repita y necesito alejarla de mí. Aunque el precio que deba pagar por ello sea el de su desprecio. Sin embargo, la pelirroja asiente con una mezcla de confusión y tristeza que me hace sentir el hombre más miserable del mundo.

—Como quieras —dice. Coge algo de ropa, evita mi mirada y se mete dentro del baño.

Mierda. Me he pasado tres pueblos.

21. He fracasado

Malena

Sé que no debería darle importancia a la reacción de Duncan. No es más que la respuesta de un hombre avergonzado que intenta reafirmarse levantando una barrera. Ni siquiera me molesta el hecho de que haya respondido de una forma tan despectiva a mi intento educado de hacerlo sentir mejor. Me siento desolada por otro motivo. Ahora sé que lo he perdido y no hay nada que pueda hacer para acercarme a él. ¿Cómo consigo reiniciar las negociaciones para que firme el contrato si no vamos a dirigirnos la palabra?

Puede que él tenga razón. No soy tan profesional como me creo. De haberlo sido, le habría regalado los oídos para tenerlo contento. Pero me dejé llevar por mis sentimientos y el rechazo que me provoca porque Duncan McGregor es la clase de hombre que no soporto. Y al hacerlo dejé de ser la profesional de la que me enorgullezco porque en el fondo soy demasiado orgullosa para dar mi brazo a torcer.

Me siento sobre el inodoro y suelto un suspiro. Tengo ganas de gritar o de romper algo. He fracasado. Tenía la oportunidad perfecta de solucionar los problemas de mi empresa y la he tirado a la basura por no ser capaz de actuar con profesionalidad. ¿Tanto me costaba fingir que me caía simpático y hacerle la pelota? De haberlo hecho, seguro que ahora no me estaría lamentando por haber fracasado.

Debería llamar a Tana y pedirle disculpas por no haberlo conseguido. Sé que el único motivo por el que me confío esta tarea es porque estoy desesperada. Pero me cuesta tanto marcar su número y decepcionarla que decido dejarlo para mañana. Supongo que no pasa nada por esperar veinticuatro horas antes de darle la mala noticia.

Ahora es cuando me encantaría romper a llorar. De hecho lo necesito. Sería una manera perfecta para desahogarme y dejar de fingir, aunque solo sea por cinco minutos, que no soy tan dura. Ni tan perfecta. Y que tampoco pasa nada.

Supongo que la muerte de mi madre me secó las lágrimas, porque desde entonces solo he llorado en un par de momentos puntuales. Lo de convertirme en Maléfica, como todos me llaman en la oficina, no fue aposta. El paso de los años, la soledad y las situaciones que viví me convirtieron en la clase de persona que soy. La que dice adorar su independencia y se niega a atarse a otra persona. Es agotador escuchar a tus amigos alabar lo dura que eres cuando en el fondo sabes que no es verdad. No soy dura, lo que pasa es que no me ha quedado otro remedio. Mi madre me dejó cuando era demasiado joven para perder a una madre, y el resto de mi familia, diseminada por el mundo, tampoco fue de gran apoyo. Con un padre que falleció cuando yo tenía tres años, y con una madre que lo fue todo para mí, de repente me sentí muy sola y perdida. Y me costó un esfuerzo sobrehumano pagar el alquiler, la carrera universitaria que le prometí a mi madre que acabaría mientras me pluriempleaba en empleos basura y asistía a la universidad por las noches. Pero no soy dura. Ni fuerte. Ni luchadora. Son las cartas que me tocaron, ¿qué otra cosa iba a hacer? Y ahora todo mi esfuerzo, resumido en la empresa por la que llevo años luchando, se va a ir al garete porque no he sido capaz de que un idiota multimillonario escocés firme un jodido papel. Pues, ¿sabes qué? Quiero una copa.

Me visto con la ropa que he podido adquirir en el hotel y hago lo que puedo para presentar un aspecto aceptable. Llevo unos vaqueros gastados, un grueso jersey de lana y mis zapatillas converse. Necesito una copa y un polvo porque lo único que me levanta el ánimo cuando lo tengo por los suelos es una cerveza y un orgasmo. Utilizo el neceser que siempre llevo en el bolso, me echo dos capas de rímel y me pinto los labios de rojo. Me suelto el pelo, sabedora de que es mi mayor atractivo, y me miro en el espejo por última vez. El resultado no me desagrada del todo. No tengo ni idea de lo que encontraré en el hotel, pero estoy convencida de que con un poco de suerte esta noche no dormiré sola.

Duncan no está en la habitación cuando salgo del baño. Mejor. Puede que esta sea mi última noche en Escocia y pienso aprovecharla al máximo. Lo último que necesito es pensar en él.

Me dirijo hacia el ascensor y recibo un mensaje de Max. Casi me había olvidado de él. Max es mi mejor amigo y el novio de Tana. Coincidimos en el curso del máster y congeniamos después de una breve charla. Los dos somos ambiciosos y teníamos el mismo proyecto: montar nuestra propia empresa. No me puedo quejar, porque Max y nuestra empresa me regalaron los mejores seis años de mi vida. Supongo que todo lo bueno llega a su fin...

Max: *¿qué tal por tierras escocesas?*

A él no lo puedo engañar. Sigo algo furiosa porque haya decidido abandonarme, pero supongo que eso lo convierte en el listo de los dos. La capitana que se hunde con el barco soy yo porque adoro las causas perdidas.

Yo: *fatal. Duncan McGregor me odia. He fracasado.*

Max: *si no te conociera como te conozco, pensaría que has perdido el juicio. La palabra "fracaso" no forma parte de tu vocabulario.*

Yo: *tendré que comprarme un diccionario nuevo.*

Max: *no conozco toda la historia, pero estoy seguro de que te estás precipitando. Si hay alguien capaz de convencer a ese tal Duncan, esa eres tú.*

Yo: *gracias, Max. Sé que lo haces con la mejor intención, pero no hace falta que me regales los oídos. Sé admitir una derrota.*

Max: *no me puedo creer que te estés dando por vencida.*

Yo: *pues créetelo. No hay nada que pueda hacer por convencer a Duncan McGregor. Le caigo fatal y no puedo negar que he hecho todo lo que estuviera en mis manos para ganarme su antipatía.*

Max: *cambia de estrategia.*

Yo: *demasiado tarde.*

Max: *nunca es demasiado tarde. De haberlo sido, Tana y yo no estaríamos juntos. No eres la clase de persona que tira la toalla. Recuérdame por qué estoy orgulloso de ser tu amigo.*

Yo: *Max... lo último que necesito es que me eches la bronca.*

Max: *te daría un abrazo, pero me pilla demasiado lejos. Sé que no es lo que quieres oír, pero temo que cuando vuelvas a España te arrepientas de no haber hecho todo lo posible para conseguir ese contrato. Esa no eres tú.*

Yo: *tengo que dejarte.*

Max: *los amigos de verdad no te dicen lo que quieres oír. Me lo dijiste tú ?? Piensa en lo que te he dicho y no tomes ninguna decisión precipitada.*

Apago el móvil porque lo que menos necesito es que mi mejor amigo me sermonee. Quizá esta sea mi última noche en Escocia y pienso disfrutarla al máximo. No voy a preocuparme por Duncan

y un contrato que ya está perdido.

22. La sensación pelirroja

Duncan

Ser Duncan McGregor es increíble. Ser Duncan McGregor las veinticuatro horas del día en un espacio público es agotador. Llevo veinte minutos firmando autógrafos y haciéndome fotos a pesar de que lo único que quiero es acabarme la cerveza y ver el partido de fútbol. Pero soy demasiado educado para pedirles que me dejen en paz, así que sigo forzando la sonrisa y respondo con amabilidad a sus preguntas.

—Señor McGregor, ¿puede firmar otro autógrafo para mi madre? Es una gran fan suya. No se lo va a creer cuando se lo cuente.

—Por supuesto, ¿cómo se llama tu madre?

—Elizabeth.

Le firmo la servilleta y se la tiendo con una sonrisa. A ver si me dejan tranquilo de una puñetera vez. Estoy rodeada por Wendy y sus amigas. Las oí cotorreando en la mesa del fondo mientras señalaban en mi dirección. Ninguna de ellas se atrevía a acercarse a mí mientras cuchicheaban en voz baja, o eso creían ellas, porque pude oír toda la conversación: <<He visto en la tele que vuelve a estar soltero. ¿Qué estará haciendo aquí? Tía, ¿tú qué crees? Anoche lo vi llegar con una mujer pelirroja y muy guapa. ¿Quién será? Ni idea, pero seguro que están liados. A lo mejor es solo una amiga. ¿Tú lo has visto salir con alguna fea? Dentro de poco lo veremos en la tele con otra modelo. Las intercambia como si fueran cromos>>.

A veces desearía estar sordo para no oír según qué cosas. Después de la charla instructiva, Wendy, que parece ser la más lanzada y viperina de sus amigas, se levantó para pedirme una foto. <<Si no es mucha molestia, Señor McGregor>>. Y la foto se convirtió en tropecientos selfies, y de los selfies a los autógrafos para toda su familia y amigos. Y aquí llevo media hora intentando beberme una cerveza mientras intento quitármelas de encima.

—Me encanta la serie de Netflix en la que salí. ¡Qué injusticia que mataran a su personaje en el primer capítulo!

—Solo era un cameo.

—¿Lo vamos a volver a ver en otra película o serie?

—Pues...

—Wendy, ¡déjalo ya! Seguro que el Señor McGregor quiere quedarse solo. Ya le hemos robado demasiado tiempo... —dice la más sensata de sus amigas.

Sí, ¡por favor!

Por el rabillo del ojo se cuele un destello pelirrojo y se me escapa el aire. No miento si digo que el puñado de hombres que hay en la cafetería se la quedan mirando con deseo. La pelirroja no es una mujer que pase desapercibida.

—Sí, será mejor que lo dejemos, acaba de llegar su novia y no queremos que se ponga celosa —comenta Wendy con malicia.

Wendy, querida, eres más mala que la madrastra de Cenicienta.

—No es mi novia —le explico, porque lo último que necesito es que la prensa me adjudique otra conquista.

—Lo que usted diga —responde Wendy, y me guiña un ojo.

El grupo de chicas se marcha y respiro aliviado. ¡Por fin! Me acabo la cerveza de un trago y busco a la pelirroja con la mirada. ¿Dónde se ha metido? La encuentro apoyada en la barra en actitud despreocupada. Lleva el cabello suelto y despeinado, unos vaqueros desgastados y un jersey deshilachado. La repaso con la mirada como un lobo hambriento y me parece injusto que vestida de manera informal y con ropa prestada sea la mujer más hermosa de todo el hotel. Por lo visto, no soy el único que lo piensa, porque un hombre se le acerca y la invita a una copa.

Comienza el festival de las hienas.

Sonrío para mis adentros. Buena suerte, insensato. Ella te despachará en cuestión de segundos.

Me apoyo en el respaldo de la silla y disfruto del espectáculo. Seguro que la pelirroja lo manda a freír espárragos con su habitual amabilidad. Esto no me lo pierdo.

Un segundo. Se está riendo. Pero ¿qué demonios...? Me inclino hacia delante y me quedo con cara de idiota. No puede ser. La pelirroja se está riendo por algo que él le ha contado. Para colmo, acepta la cerveza a la que él la invita y charla con él con camaradería. Me froto los ojos por si estoy soñando, pero es la pura realidad. Una realidad que no me gusta en absoluto. Porque, seamos sinceros, ¿quién acepta coquetear con un tipo anodino cuando tiene al mismísimo Duncan McGregor en persona? Mi ego, acostumbrado a triunfar entre las mujeres, se queda completamente hecho polvo. Me han bajado del pedestal en el que llevo veintidós años subido. Esto no se me va a olvidar en la vida.

Me siento como uno más de esos cretinos que observan la escena con envidia. Todos saben que han perdido la oportunidad de ligar con ella porque otro con más suerte se les ha adelantado. La pelirroja está absorta conversando con ese imbécil y no entiendo por qué. Sacudo la cabeza sin dar crédito.

No me importa.

Me sorprende que tenga tan mal gusto y prefiera la compañía de un don nadie que mide... ¿cuánto? ¿Un metro sesenta y cinco? Me controlo porque lo que de verdad me apetece en este momento es plantarme delante de ella, zarandearla por los hombros y decirle: *nena, ¿quién elige bacon teniendo un solomillo?* Gracias a Dios, me controlo y clavo la vista en el partido de fútbol. No es asunto mío con quien se enrede. No me importa. Ni por asomo. Puedo tener a cualquier mujer. Escocia está llena de pelirrojas. Una pelirroja española y con malas pulgas no va a fastidiarme la noche.

Recibo un mensaje de Claudia y sonrío para mis adentros. ¿Quién quiere a una pelirroja teniendo a una modelo de Victoria's Secret?

Claudia: *acabo de leer en la prensa que te han visto en un coche con una atractiva mujer pelirroja. ¿Me lo explicas?*

Joder, qué rápido corren las noticias. Ni siquiera sé de qué me sorprende. Esta es una de las tantas razones por las que estoy deseando retirarme. La fama te arrebató la posibilidad de tener una vida normal.

Yo: *es mentira.*

Claudia: *no me mientas, por favor.*

Me encantaría aclararle que es verdad, pero a ver cómo le explico que es cierto si bien no tengo nada con ella y todo es un gran malentendido. Me mataría antes de terminar la frase.

Yo: *los periodistas se inventan cualquier cosa sobre mí. ¿Te acuerdas de aquella vez que dijeron que estaba de vacaciones en Bora Bora, cuando en realidad estábamos en París? Por*

cierto, oh, la, la, nena.... qué tiempos aquellos.

Claudia: *eres lo peor, Duncan. No sé ni por qué te hablo.*

Estoy a punto de responderle cuando la risa de la pelirroja me distrae. Un momento, ¿se está riendo? Otra carcajada. Se está riendo. Por lo visto tiene sentido del humor. Me levanto de la silla y me acerco a la barra para pedir otra cerveza. Me mantengo a una distancia prudencial desde la que puedo espiar su conversación sin levantar sospechas. Me llega otro WhatsApp de Claudia. Mi exnovia con la que me estoy reconciliando puede esperar.

—Tu inglés es perfecto. Casi podrías pasar por una escocesa de verdad. ¿Dónde lo aprendiste? —le dice él.

Pongo los ojos en blanco. Un halago barato para tenerla contenta. Su inglés es perfecto, pero el acento la delata.

—Hice el tercer curso de la universidad en Londres —le explica ella—. Te agradezco lo que dices, pero mi inglés no es, ni de lejos, perfecto. Tengo un acento muy fuerte que me delata. Es algo contra lo que no puedo luchar.

Sonrío. Una mujer lista que no se deja engañar.

—¿Tienes pensado pasar mucho tiempo en Escocia?

—Oh, no lo creo. Me marcharé en cuanto amaine el tiempo.

—Una pena —responde él, y se acerca más a ella—. Supongo que tendremos que exprimir el tiempo al máximo.

Qué manera tan descarada de tirarle ficha. No dejo que la camarera ponga la cerveza en la barra y se la quito. Le doy un largo trago.

—A mí el temporal me ha pillado de paso. Iba hacia Fort Augustus, soy de allí. ¿Lo conoces?

—Es la primera vez que estoy en Escocia. El trabajo me ha impedido visitar la ciudad.

—¡Razón de más para quedarte! Fort Augustus es una de las puertas de entrada más famosas del Lago Ness. ¿No querrás irte de aquí sin conocer a Nesie?

—Pff... —se me escapa.

La pelirroja se vuelve sorprendida en mi dirección. Cuando me ve, su mirada se enfría y redirige la atención hacia su acompañante. Algo se apodera de mí cuando cojo mi cerveza y me planto a su lado.

—Fort Augustus no es ni por asomo el mejor sitio de Escocia. Está masificado por los turistas.

—¿Y tú quién eres? —masculla el tipo.

Le dedico una sonrisa chulesca.

—Lo sabes de sobra.

—Sí —responde irritado—. Lo que quiero decir es: ¿quién te ha dado vela en este entierro?

—Nadie. Pero me veo en la obligación de intervenir si le mientes en un burdo intento de ligar con ella.

—¡Duncan! —exclama la pelirroja horrorizada.

—La isla de Skye, Inverness, Ben Nevis, Glen Coe, el bosque del ermitaño... —le enumero, para que se haga una idea de las maravillas que puede encontrar en mi país.

—Gracias, McGregor. Seguro que se ha hecho una idea —responde mosqueado el otro.

—De nada —estoy a punto de marcharme con mi cerveza hacia otra parte, pero de repente me vuelvo hacia el tipo—. Tu acento no es escocés.

—¿Qué?

—Apuesto a que eres un urbanito londinense que se compró una segunda residencia en Fort

August para pasar los fines de semana cuando se aburre, y luego va diciendo por ahí que es escocés cuando se encuentra con alguna turista extranjera.

—Eso no es asunto tuyo.

Sonrío con suficiencia. He dado en el clavo. Chasqueo la lengua y me vuelvo hacia la pelirroja, que me mira sorprendida.

—No creo que sea el tipo indicado para que te enseñe Escocia.

—Deja que eso lo decida ella —responde malhumorado el otro.

—Tiene buen criterio. Seguro que te manda a paseo.

—Duncan —la pelirroja me observa sin dar crédito—. ¿Por qué no te largas?

Sé cuándo sobro. Pero me cuesta levantar los pies del suelo. Malena sacude la cabeza y murmura algo que, sin entenderlo, estoy seguro de que debe de ser alguna palabrota en su idioma.

23. ¿Qué mosca le ha picado?

Malena

No tengo ni idea de qué le ha pasado a Duncan para comportarse como un verdadero maleducado con Edward. Me ha dejado a cuadros. ¡No hay quien lo entienda! ¿Qué mosca le ha picado? Estoy tan sorprendida por lo que acaba de ocurrir que me cuesta un gran esfuerzo prestarle atención a Edward.

Es encantador. Encantadoramente aburrido. No está mal. Un pelín bajito. Del montón. Simpático y amable. Me regala los oídos, lo que no me hace ni pizca de gracia. Aunque no lo hace con maldad, así que se lo perdono.

—Como te iba diciendo, el análisis de sistema es un área de la ingeniería informática que se encarga del desarrollo y... —bla bla bla bla bla. Me cuesta fingir que lo que me cuenta me interesa de verdad—. Una profesión muy bien remunerada, por cierto. Pero háblame de ti. ¿A qué te dedicas y qué estás haciendo aquí?

Eso es lo último de lo que tengo ganas de hablar.

—¿No crees que hablar del trabajo es muy aburrido?

—Si quieres, podemos pasar a otro tema —me guiña un ojo.

Se me escapa la risa y Edward se pone colorado. Dios, solo quiero echar un polvo. ¿Tan difícil es encontrar a un tipo decente que no la cague al abrir la boca?

—Voy al servicio.

—¿Volverás?

Edward me coge la mano con desesperación.

—No tengo a donde ir —bromeo.

Respiro aliviada en cuanto lo pierdo de vista. A mis treinta y dos años de experiencia, he llegado a la conclusión de que los tipos que te ofrecen una conversación aburrida son pésimos en la cama. No quiero arriesgarme ni me apetece llevarme un chasco. Tampoco estoy tan desesperada.

Duncan está charlando animadamente con un grupo de jubiladas mientras les firma autógrafos como si repartiera estampitas. Responde con humor a sus preguntas impertinentes sin perder la sonrisa. Si no lo conociera, podría confundirlo con un tipo encantador. Pero lo que acaba de suceder hace unos minutos deja en evidencia que es un completo cretino.

—¿Esa muchachita tan hermosa es tu novia? —una de las jubiladas le grita tan alto que finjo no haberla oído.

La puerta del servicio está detrás de su mesa, así que me veo en la obligación de acercarme. Estoy a punto de colarme por detrás de una de ellas cuando la jubilada con voz de pito me agarra del brazo.

—¿A dónde te crees que vas, pillina? Una no puede salir con el hombre más codiciado del país y pasar desapercibida.

—No es mi novio —le explico, visiblemente incómoda.

—Ya te lo he dicho, Mary Louise —interviene Duncan—. Mary Louise y sus amigas estaban haciendo una ruta hacia las Highland cuando el temporal las ha sorprendido. Son de Londres, como tu amigo.

Ignoro el retintín de su tono.

Mary Louise se niega a soltarme y me observa con sus enormes gafas de culo de botella. Acerca su rostro al mío y entrecierra los ojos.

—Tengo un don para acertar con las parejas.

—Si me disculpa... —digo, intentando escapar como sea.

En lugar de soltarme, Mary Louise sigue mirándome a los ojos como si pudiera leer en mi interior. No me aparto por educación, pero está empezando a molestarme.

—La tuya está muy cerca, puedo notarlo. No te irás de Escocia hasta vivir un amor profundo y que te marcará de por vida.

—A lo mejor lo tuyo con el pequeño Hobbit tiene futuro —dice Duncan.

Aprieto los labios. Es lo peor. Solo un canalla podría burlarse de la estatura de otro hombre.

—¡Bobadas! No es para ti —me asegura Mary Louise, y hace un gesto con la cabeza en dirección a Duncan—. El hombre de tu vida está más cerca de lo que crees.

—Si usted lo dice...

Mary Louise me suelta y salgo disparada hacia el baño. Apenas he dado tres pasos cuando Duncan se interpone en mi camino. Le dedico una mirada exasperada.

—¿Qué tal con pulgarcito?

—No tiene gracia —lo censuro—. ¿Por qué no sigues atendiendo a tus fans y me dejas en paz?

—Porque no puedo creer que tengas tan mal gusto.

—Lo que resulta de mal gusto es ver como te pones en evidencia. Pareces un crío. ¿Qué diablos te pasa?

—No me pasa nada —responde hecho una furia—. Me he visto en la obligación de abrirte los ojos. Edward el londinense no es de fiar. Te diría lo que fuera para llevarte a la cama.

—Crees que soy una estúpida.

—¿Qué? —da un respingo—. No he dicho eso, es solo que...

—Tienes que meterte donde no te llaman porque detestas que otro hombre pueda quedar por encima de ti. Lo de antes no tiene justificación, pero supongo que esperar una disculpa por tu parte era pedir demasiado. Eres un inmaduro emocional que roza los cuarenta años y sigue portándose como un crío.

Duncan se queda tan impactado que no abre la boca, y yo me he quedado tan a gusto que ya no tengo nada más que decir.

Cuando salgo del baño, Duncan está sentado delante de una mesa con una jarra de cerveza vacía y otra por la mitad. No me arrepiento ni un ápice de lo que le he dicho. Es lo que pienso y se lo merece. Edward me saluda con la mano y me dedica una amplia sonrisa. Uf, todavía sigue allí. A ver cómo me escaqueo sin herir sus sentimientos. Estoy a punto de llegar a la barra cuando observo a través del ventanal una figura de cuatro patas que captura mi atención. Me vuelvo hacia la ventana y dejo a Edward con la palabra en la boca. No estoy del todo segura, pero juraría que era Bobby. Me acerco a la ventana y miro alrededor. Supongo que lo he imaginado, porque no hay rastro del perro, que debe estar en la habitación. Estoy a punto de darme la vuelta cuando me percató de que uno de los macetones de la entrada está volcado y con la arena desparramada. Mala señal. Estoy a punto de darme por vencida cuando el rabo de un perro aparece por detrás de un matorral. ¡Es Bobby!

Me dirijo hacia Duncan con el corazón desbocado. Él ni siquiera levanta la cabeza de su jarra

de cerveza.

—Duncan.

—Ya has dicho todo lo que tenías que decir —dice con frialdad.

—No es eso.

—No tengo el menor interés en escuchar cómo me insultas.

—Bobby está fuera.

—¿Qué? —ahora sí que me mira—. No puede ser. Está en la habitación.

—Eso pensaba yo, pero acabo de verlo por la ventana.

—No puede ser. Sería otro perro.

—¡Era él! —le digo, y le cojo la mano para llevarlo hasta la ventana—. Estaba escondido detrás de ese arbusto. Mira la maceta, ¡ha sido él!

Duncan me suelta la mano. Está pálido.

—Tú fuiste la última en salir de la habitación.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cerraste bien la puerta?

—Claro que cerré la puerta. ¿Me estás echando la culpa? —pregunto atónita.

—Cuando yo me fui, Bobby estaba tumbado en la cama, y ahora me dices que lo has visto fuera —está nervioso y cabreado.

—No ha sido culpa mía —me defiendo irritada.

—Pues si lo que dices es cierto, Bobby se ha escapado de la habitación. ¿Me puedes explicar cómo lo ha hecho?

—¡No lo sé!

—No debería haberme ofrecido a compartir la habitación contigo. Desde que te conozco solo me has causado problemas. Si a Bobby le pasa algo, será culpa tuya.

—¡Eh! —le grito, cuando sale disparado de la cafetería.

Lo sigo hacia la puerta de entrada del hotel y lo agarro del brazo antes de que cometa una locura.

—¿A dónde te crees que vas?

—A buscar a Bobby. Suéltame.

Me mira de tal forma que lo obedezco sin rechistar.

—Podría sucederte algo.

—Como si te importara.

—Ten cuidado —musito preocupada—. Voy a mirar por todas las ventanas del hotel por si lo veo. Estate pendiente del móvil.

Sé por su expresión que está a punto de decirme algo, pero se lo piensa mejor y se limita a asentir. Me culpa por lo sucedido, pero sabe que toda ayuda es poca.

—Creo que no deberías salir ahí fuera...

—Todo esto es culpa tuya, así que no me digas lo que tengo que hacer mientras intento arreglar el problema que has causado. Bobby y yo estaríamos mejor lo más lejos posible de ti, ¡maldita sea!

Abre la puerta y sale corriendo. El viento huracanado la cierra de un portazo. Me quedo tan deshecha por lo que ha dicho que durante unos segundos soy incapaz de reaccionar. Ahora que lo pienso, no recuerdo haber cerrado la puerta de la habitación. Bobby estaba dentro la última vez que lo vi. ¿Y si tiene razón y ha sido mi culpa? Intento hacer memoria, pero una nunca presta atención a la clase de gestos que haces por costumbre. Me siento tan culpable que echo a correr

por todo el hotel y voy buscando a través de todas las ventanas. No hay rastro de Bobby por ninguna parte. A lo lejos, observo a Duncan agarrado a una farola mientras intenta mantener el equilibrio. El viento lo tira de espaldas y él consigue agarrarse al retrovisor del coche. Mierda, tengo que encontrar a Bobby antes de que Duncan tenga un accidente.

Subo a la segunda planta y me asomo al balcón comunitario. Tengo que agarrarme a la barandilla porque estoy a punto de salir volando. Oigo a Duncan gritar el nombre del perro con desesperación y se me parte el alma. Soy un desastre. No he sido capaz de conseguir que me firmase el contrato, y ahora Bobby ha desaparecido por mi culpa. Salgo del balcón y voy corriendo hacia el extremo contrario para asomarme por la otra ventana. Y entonces lo veo. Un bulto color chocolate que está temblando junto a una parada de autobús. Estoy tan emocionada que saco el móvil del bolsillo con tanto ímpetu que se me cae por la ventana. Joder, soy un puto desastre. ¿Ahora cómo aviso a Duncan?

Bajo corriendo hacia la planta principal y me asomo a la puerta de entrada. No lo veo. Hago otra carrera hacia la puerta trasera y me asomo por la ventana. Nada. Al que sí veo es a Bobby, lloriqueando asustado debajo de la parada del autobús. Se me encoge el corazón al verlo tan desamparado. Hay quince metros. Puedo hacerlo.

Abro la puerta y antes de que dé un paso el viento la cierra con fuerza. Si me hubiera pillado en medio, me habría partido el brazo. Desde la ventana puedo ver que Bobby sale disparado de la parada del autobús cuando la rama de un árbol golpea la marquesina y el cristal estalla en pedazos. Ahora Bobby está debajo de un coche. Ya no lo oigo. ¿Le habrá pasado algo?

Respiro profundamente y me froto las manos. Puedo hacerlo. Escucho la voz de mamá dándome ánimos. <<Puedes hacerlo. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo. Mi niña es una chica dura. Mi niña es valiente. Mi niña conseguirá todo lo que se proponga>>

Abro la puerta con fuerza, echo a correr con todas mis ganas y consigo recorrer cinco metros hasta que un golpe de viento me arrastra contra un árbol. Chillo de frustración y dolor cuando me clavo un trozo astillado de la corteza del tronco en el hombro izquierdo.

—¡Bobby! —grito desesperada.

Cierro los ojos y me abrazo al árbol. El viento me azota la cara y me lloran los ojos. Los pies me resbalan y tengo que hacer un gran esfuerzo para mantenerme en pie. Soy una cobarde. Quiero arrastrarme hacia la seguridad del hotel, meterme en la cama y taparme con las sábanas.

La voz de mi madre se cuele en mi cabeza como un mantra sanador.

<< ¿Sabes, tesoro? La vida se divide en dos clases de personas: los que tienen miedo y se acurrucan en un rincón, y los que tienen miedo y se obligan a vencerlo>>.

Salgo disparada hacia el coche y me tropiezo cuatro veces antes de recorrer un par de metros. Me caigo al suelo, me agarro a la hierba y me arrastro con las manos y los pies. Consigo ponerme en pie y agarrarme a una señal de Stop antes de que el viento me tire de espaldas.

—¡Bobby!

Un aullido muy bajito me saca las pocas fuerzas que me quedan para avanzar. Me impulso para llegar hasta el coche y me agarro al parachoques. Consigo agacharme y estirar el brazo para que Bobby me huela. El perro me lame la palma de la mano y sale aterrorizado de debajo del coche. Lo agarro del collar mientras me sostengo en el parachoques.

—Tenemos que llegar a el hotel lo más rápido posible. No voy a soltarte, pero tienes que seguirme —le digo, porque sé que es un perro inteligente que hará lo que le digo.

Bobby, con el rabo entre las piernas, me mira asustado. Tomo una última respiración y agarro con fuerza el collar del perro. Llegaré hasta la parada de stop, luego hasta el árbol y por último al

hotel. Solo tengo que imitar lo que he hecho antes.

—¡Vamos! —le ordeno, y echo a correr hasta la parada de stop.

Son los dos metros más largos de mi vida. Ahora es más difícil porque tengo que arrastrar el peso de Bobby, que no se muestra demasiado colaborativo. El hombro me arde y tengo ganas de vomitar por culpa del esfuerzo, pero sé que no podemos parar. El viento cada vez es más fuerte.

—¡Vamos!

Consigo dar cuatro pasos antes de tropezarme y caer sobre la hierba. Abrazo a Bobby para que no salga despedido y me arrastro tirando de él hasta que consigo llegar hasta el árbol. Intento ponerme de pie, pero mis fuerzas flaquean. Me arrastraré hasta el hotel si es necesario. Suelto un gruñido de rabia y estiro el brazo justo cuando alguien me coge de la cintura. Me cuesta comprender lo que sucede cuando un hombre fornido me carga en brazos y tira de Bobby. No sé de qué está hecho este hombre, porque consigue echar a correr tirando del perro y cargándose como si no pesara nada. Cuando llegamos al hotel, respiro aliviada y tengo ganas de echarme a llorar. Apoyo la cabeza contra el pecho del hombre y me abrazo a su cuello. Él me deja en el suelo y sostiene mi cara con firmeza. Es Duncan. Estoy tan sorprendida y furiosa que intento apartarme de él. Me lo impide y me examina con brusquedad.

—¿Estás bien? —su voz está impregnada de una emoción violenta. Sus ojos oscuros me recorren el rostro—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —le grito, e intento apartarme de él.

Estoy tan agotada que soy incapaz de moverme. Duncan me sujeta cuando me fallan las piernas.

—¿En qué estabas pensando? —le tiembla la voz.

—¿Y Bobby?

El perro me lame los nudillos y respiro aliviada. Duncan me observa como si fuese un completo misterio. Yo, por el contrario, lo observo con un odio que nace de lo más profundo de mi ser.

—¡Aléjate de mí!

—Pelirroja...

—¡Aléjate de mí! —chillo, completamente fuera de mí, y le golpeo el pecho con los puños porque, de tener fuerzas, lo que me gustaría es matarlo.

24. Me he equivocado

Duncan

La pelirroja está exhausta y malherida, pero eso no la impide golpearme con una furia que me merezco. Casi me muero cuando la vi tirada en el suelo con Bobby, intentando llegar hasta el hotel mientras el viento los arrastraba a ambos. Ahora solo quiero abrazarla, protegerla y curarle las heridas. Prometerle que toda saldrá bien porque voy a cuidar de ella. Pero ella me aparta con rabia y me golpea el pecho. No me defiendo. Sé que ha salido a buscar a Bobby porque la hice sentir culpable. Joder, soy un capullo. Se quedó corta cuando me definió como un inmaduro. ¿Quién diablos le habla así a una mujer?

La estrecho entre mis brazos a pesar de ser consciente de que no merezco tal privilegio. Hundo la cabeza en su pelo y me pierdo un olor delicioso que me vuelve loco y me convierte en un animal primitivo. En un maldito cachorro que necesita sentir su piel y haría cualquier cosa por estar a su lado. La aprieto contra mi cuerpo y noto los temblores del suyo. Sigue conmocionada y eso no me ayuda a volver a la normalidad. Necesito que esté bien porque verla así me afecta de una forma que no logro comprender. Ni siquiera me importa que me odie, me golpee o me grite si no creyese que con ello se puede hacer más daño. Está hecha polvo. Lo sé.

—Para, por favor.

—¡Me estará quieta cuando te alejes de mí!

Me cuesta despegarme de ella. Lo hago lentamente, sin quitarle las manos de los hombros porque temo que no sea capaz de sostenerse.

—Estás helada.

Le aparto el pelo enmarañado de la cara y descubro un par de ojos azules llenos de rabia.

—Apártate... de... mí —me ordena con voz orgullosa.

No me muevo. La preocupación me lo impide.

—¿Estás herida?

—No.

—Déjame que te vea.

Ignoro su mirada iracunda cuando repaso sus facciones. Se me llevan los demonios cuando veo el rasguño de su pómulos. Estiro un brazo para tocarla y ella aparta la cabeza.

—No me toques.

—Solo quiero... —dejo caer el brazo porque sé que haga lo que haga o diga lo que diga, no puedo luchar contra su desprecio.

—¿Me puedo ir ya?

—No.

La pelirroja me mira exasperada e intenta empujarme en vano. Los dos sabemos que en estas circunstancias no tiene nada que hacer contra mí.

—Tu hombro —le digo horrorizado, cuando me doy cuenta de que le está sangrando.

Ella se tapa la herida con una mano.

—No es nada.

—Estás sangrando.

—No me voy a morir.

Ignoro su comentario porque estoy convencido de que diría lo mismo aunque su vida corriese peligro. Es la mujer más dura que he conocido en mi vida. Ni siquiera ha echado una lágrima. No sé si admirarla o zarandearla para que admita que necesita ayuda.

—No te muevas —le pido.

Si no lo hace es porque está agotada. Voy hacia el mostrador de recepción y regreso con una caja de pañuelos. Cojo unos cuantos y presiono la herida de su hombro. Lo hago con delicadeza a pesar de que sé que no es la clase de persona que necesita que la traten como si fuera a romperse. Debe estar hecha de acero, porque no lo entiendo.

—Necesitas que te vea un médico.

—Necesito darme una ducha, buscar una nueva habitación e irme a la cama.

—Lo que te dije antes...

—No digas nada —me espeta de manera abrupta—. No quiero oírlo.

Se apoya en la pared y respira con dificultad. Le paso un brazo por la cintura y ella me mira como si le diese asco. Ignoro su mirada y la ayudo a caminar. Por dentro se me llevan los demonios, pero supongo que puedo aprender a convivir con el rechazo de una mujer. Es nuevo para mí, pero me tocará acostumbrarme. No me queda otra.

—He perdido mi móvil. Dios, estoy deseando largarme de aquí.

—¿Y el contrato?

—A la mierda el contrato. Este país solo me ha traído problemas y tú...

Estoy convencido de que va a decir que me odia, pero deja la frase sin acabar. Se niega a entrar en la cafetería cuando la llevo hasta la puerta.

—No quiero ser el espectáculo de un montón de ojos curiosos. La biblioteca seguro que está vacía.

Conseguimos llegar a la biblioteca y la ayudo a sentarse sobre una butaca. Está deshecha y, sin embargo, sigue siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida. ¿Es eso lo que me atrae de ella? Observo sus facciones. Los labios carnosos, los pómulos marcados, los ojos que me miran como si fuese la peor persona que ha conocido en su vida.

—Voy a por el botiquín —le digo—. No te muevas de aquí.

Ella me fulmina con la mirada. Joder, no se puede mover. ¿Por qué la cago cada vez que abro la boca?

—Yo... esto... ahora vuelvo.

Sí, será mejor que le dé su espacio y hable lo menos posible. Quizá con un poco de suerte deje de cagarla.

Consigo encontrar a un médico jubilado que está de vacaciones con su mujer. El hombre se ofrece sin ningún tipo de inconveniente a inspeccionar a la pelirroja, que suelta un bufido nada más verlo. Cinco minutos después y con mis nervios pendiendo de un hilo, me acerco a ver qué tal está la pelirroja, pero su mirada rabiosa me informa de que será mejor que la deje en paz. El médico la está curando y no puedo hacer nada por ella.

—Bobby... —sermoneo al perro, que me observa compungido—. No te metas en más líos.

Estoy sorprendido cuando llego a la habitación. La puerta está cerrada. No lo entiendo. Bobby se escapó porque la pelirroja se dejó la puerta abierta, ¿no? De lo contrario... Abro la puerta y echo un vistazo para averiguar lo que ha sucedido. Lo comprendo después de inspeccionar el baño y me siento todavía más culpable de lo que ya estoy. No ha sido culpa de la pelirroja. Si antes le

debía una disculpa, ahora le debo una disculpa enorme. Me estoy luciendo.

Una oleada de mensajes me llega al teléfono y abro la aplicación de mensajes sin curiosidad. Quizá mi hermana o mis padres se están preguntando dónde diantres estoy. Los tengo que avisar para decirles que me retraso. La boda es dentro de dos semanas, espero llegar a tiempo.

Es Claudia.

Claudia: *¿qué te parece?*

Me ha enviado dos fotos. Dos fotos en lencería. Las observo con desgana y tiro el móvil encima de la cama porque lo último que me apetece en este momento es hablar con ella. Necesito hacer algo, lo que sea, por la pelirroja. Algo que me impida sentirme como el hombre más miserable que hay en la tierra. Algo que consiga que deje de mirarme con ese desprecio que me he ganado a pulso. Pero ¿qué? Le dije cosas horribles y ahora no sé cómo arreglarlo. Y lo hice no solo porque estuviera preocupado por Bobby, sino porque estaba furioso con ella después de llamarme inmaduro emocional. Un calificativo que, visto lo visto, me he ganado a pulso. Una venganza en toda regla porque soy un capullo en toda regla. Joder, me estoy luciendo.

Haz algo para arreglarlo. Lo que sea

Me froto la cara y cierro los ojos. Cuando los abro, observo mi teléfono móvil encima de la cama y se me ilumina la expresión. A lo mejor no está todo perdido. Es una locura, pero daría lo que fuera porque dejase de mirarme así. Y... tengo que hacer algo para compensárselo. Al fin y al cabo, ella se ha jugado la vida para salvar a Bobby.

—¿Tú qué piensas?

Bobby ladra en señal de respuesta. Es todo lo que necesito para levantarme de un salto y salir de la habitación.

25. Un sueño.

Malena

—Ya está —me dice el médico.

Respiro aliviada porque he pasado un mal rato. Todavía me arden el hombro y la herida de la mejilla, pero Leopold me ha dicho que no necesito puntos.

—No hagas esfuerzos ni cojas peso durante unos días. Tómate un analgésico cada ocho horas para el dolor —Leopold me ofrece una tableta de pastillas—. Deberías descansar. No hay nada que un buen caldo y ocho horas de sueño no puedan reparar.

—Muchas gracias, doctor.

—No hay de qué. Tu novio estaba muy preocupado por ti. Le pediré un autógrafo para mi mujer, ¿crees que le importará?

—Estoy segura de que no —respondo agotada, y no me esfuerzo en explicarle que no somos pareja—. Y pídale una foto. No se corte.

Me recuesto en el sofá cuando Leopold me deja sola. Estoy tan cansada que los ojos se me cierran solos. Estoy a punto de sucumbir al sueño cuando percibo la presencia de alguien. Pongo mala cara al reconocer a Duncan. El que faltaba. ¿Por qué no desaparece de una vez?

—Me voy a la habitación. No hagas ruido cuando te vayas a acostar —intento ponerme en pie y siento como si un centenar de agujas me atravesaran la piel.

—No deberías hacer ningún esfuerzo, el médico ha dicho...

—Lo que el médico me haya dicho no es asunto tuyo. No soy ninguna inválida.

—Lo que eres es una testaruda.

Lo miro con rabia. Pero estoy tan falta de fuerzas que no puedo negar su ayuda cuando me pasa un brazo por la cintura para que me sienta de nuevo en el sofá. Detesto la sensación de ser tan vulnerable. Detesto que sea él quien me ayude. Vaya, huele de maravilla. Y está más duro que una piedra. Le rozo la barbilla con los labios sin querer y me aparto sobresaltada, pero no por la cercanía, sino porque acabo de darme cuenta de que le está sangrando la frente.

—¿Qué te ha pasado? —me alarmo.

—Ah, ¿esto? No es nada —se borra la sangre de un manotazo.

Lo miro con una mezcla de irritación y preocupación. Sé que fingir que es un macho alfa forma parte de su encanto y no me hace ni pizca de gracia. Sobre todo cuando yo estoy hecha papilla.

—No hace falta que te hagas el duro.

—Habló la mujer de hierro...

Lo dice sin mala intención, pero me sienta fatal.

—La mujer de hierro te agradecería que la dejaras sola.

—No lo he dicho para insultarte. En realidad, lo que has hecho es digno de admirar. Y un poco Kamikaze. Pero ante todo muy valiente.

Me encojo de hombros.

—Fue culpa mía que Bobby se escapase. Tenía que arreglarlo.

A Duncan se le cambia la expresión.

—Oye, respecto a eso...

—No quiero ni hablar del tema —lo corto de mala manera. Sus palabras todavía me escuecen

—. Me pienso buscar otra habitación para no causarte más problemas. Sé que en el hotel están completos, pero he pensado que puedo preguntarle a Edward si no le importa que trasladen mi cama a su habitación.

El rostro de Duncan se contrae en una mezcla de estupor. Luego me mira como si no me hubiera escuchado bien. Hasta que su expresión se tensa en algo peligroso que no sé interpretar.

—¿Te vas a ir a la habitación de un hombre que no conoces de nada?

—A ti tampoco te conozco —le aclaro.

—¡No es lo mismo! —exclama hecho una furia. Se arrodilla para quedar a mi altura y se inclina hacia mí. Me echo hacia atrás porque tenerlo cerca me molesta—. Es diferente y lo sabes.

—Ya... —murmuro con ironía—. ¿Porque eres tú?

—Sí. ¡No! —respira de manera agitada y me observa desesperado—. ¡No lo conoces de nada! ¿Y si te hace algo?

—Me sé defender sola, ya te lo dije. Sé que hacerte a la idea de que las mujeres se pueden defender sin necesidad de que un hombre saque la cara por ellas no entra dentro de tu imaginación. No obstante, esa posibilidad existe aunque tú no la contemples.

—Me puedes dar todas las lecciones de feminismo que te dé la gana y seguiré pensando lo mismo.

—Me da igual. No tengo que darte explicaciones.

Duncan parece tan atónito que estoy a punto de reírme, pero no tengo fuerzas ni para eso. Entonces hace algo que me deja completamente desconcertada. Acerca su rostro al mío, sostiene mis hombros con firmeza y me mira a los ojos sin vacilar. En los suyos veo algo tan intenso y devastador que apartaría la mirada, pero no me apetece quedar como una pusilánime.

—Tu cama no se mueve de la habitación. Si tengo que atarte a ella para que no te muevas de allí, lo haré.

Su respiración agitada y cálida me acaricia la punta de la nariz. Lo miro absolutamente sorprendida. Este hombre ha perdido el poco juicio que le quedaba.

—¿Me estás amenazando? —me tiembla la voz.

—Te estoy salvando de ti misma.

—Creo que el golpe en la cabeza te ha afectado al cerebro. Llevo treinta y dos años haciendo lo que me da la gana y tú no vas a cambiarlo. Agradece que estoy convaleciente, porque de lo contrario te pondría en tu sitio.

—No lo dudo —responde con una sonrisa de lado, como si le hiciera gracia la idea—. Pero la cama no se mueve del sitio.

—Ya veremos.

Al ver que no me suelta, añado de malhumor:

—Me estás agarrando justo donde tengo la herida.

—Perdón —murmura avergonzado, y se aparta de golpe—. ¿Te duele?

Se me escapa un suspiro. Estoy cansada de fingir.

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí, creo que me voy a morir.

Duncan pone los ojos en blanco. Aprovecho ese momento para sostenerle la barbilla. Lo pillo tan desprevenido que se queda congelado cuando le examino la frente. No es una herida muy profunda, pero debería limpiársela.

—Acércame el botiquín que hay sobre la mesa.

—No hace falta que...

—¡Qué me des el botiquín!

Hace lo que le ordeno sin rechistar. Si no lo conociera, casi diría que me tiene miedo, porque se comporta como un niño obediente. Impregno el algodón en agua oxigenada y lo apoyo sobre su frente. Nunca lo he tenido tan cerca, y ahora puedo admirar sus facciones de una manera que otras mujeres envidiarían. La mandíbula puntiaguda, la nariz alargada, los ojos oscuros y seductores. Duncan McGregor es un hombre tan atractivo que mirarlo debería ser un pecado. Él me sostiene la mirada y se da cuenta de que lo estoy analizando, pero no dice nada. Seguro que está acostumbrado a que los demás lo miren.

—Todavía no me has dicho cómo te has hecho la herida.

Me coge la mano y siento un escalofrío. Justo cuando estoy a punto de decirle que me suelte, él coloca algo en mi palma.

—Buscaba esto.

Sé que es mi móvil sin necesidad de bajar la cabeza.

—No deberías haberte molestado.

—Tenía que hacerlo.

Mi pulso se acelera y no sé por qué. Es obvio que lo ha hecho para demostrar su virilidad. Típico de él. No debería darle importancia y no voy a dársela.

—No tenías que hacer nada por mí —le digo con frialdad.

Duncan asiente con seriedad. Una parte de mí sabe que lo estoy tratando fatal porque me duele que me dijese que solo le he causado problemas y que él y Bobby estarían mejor lo más lejos posible de mí. La otra sabe que Duncan es un tipo prepotente y odioso que se merece todo lo que le diga.

—Deberías comer algo.

—No tengo hambre.

—El médico ha dicho... —se corrige antes de que pueda lanzarle una de las mías—. Estoy hambriento y creo que tú también lo estás. Ahora vuelvo.

Apoyo la espalda en el asiento y cierro los ojos. Ni siquiera sé qué pensar. Admito que hay una parte de él que me desconcierta de manera inevitable. Es un capullo egocéntrico la mayor parte del tiempo. Lo demostró hace unas horas al dejar en evidencia a Edward. Pero luego me ofrece una cama en su habitación o me devuelve mi teléfono y, justo entonces, me asaltan las dudas. ¿Es tan malo como parece o debajo de toda esa fachada hay algo que valga la pena?

Duncan regresa con dos tazones de humeante sopa. A pesar de haber dicho que no tengo hambre, me llevo la cuchara a la boca y devoro el contenido sin que él me lo eche en cara. Me entra un sueño terrible cuando termino de cenar, pero intento mantener los ojos abiertos.

—Hay algo que tengo que decirte.

Lo miro de manera interrogante.

—Bobby no se escapó por tu culpa. Destrozó la rejilla de ventilación del baño y escapó por allí. Tenías razón, habías cerrado la puerta.

Sus palabras me quitan un gran peso de encima. Me he estado culpando todo este tiempo y me he martirizado pensando que podría haberle sucedido algo.

—Siento mucho lo que te dije. Perdí los nervios porque estaba preocupado por Bobby. Sé que no tengo justificación, pero lo único que puedo ofrecerte es una disculpa sincera.

—Déjalo. No la quiero.

—Lo entiendo.

—No lo entiendes —le digo, enfadada y decepcionada—. No lo entiendes en absoluto. Crees que tienes que pedirme perdón porque la culpa no ha sido mía. ¿Y si me hubiera dejado la puerta abierta? ¿Me habrías pedido perdón?

Duncan se queda tan sorprendido que no sabe que decir. Sacudo la cabeza y aparto la mirada. Estoy más dolida de lo que soy capaz de admitir.

—Me hiciste sentir como la persona más miserable del mundo. Podría haberme dejado la puerta abierta. Ese no es el tema. Esto no va de quién tiene o no la culpa. Todos cometemos errores.

—Estoy intentado subsanar el mío.

—Demasiado tarde —le digo con resquemor. Me acurruco en el sofá y lo ignoro de manera deliberada—. No quiero seguir hablando contigo.

Me pesan tanto los párpados que me quedo dormida en el acto. Cuando los abro, estoy en el ascensor y Duncan me lleva en brazos. En cualquier otro momento protestaría, pero estoy tan cansada que me hago la dormida y me acurruco en su pecho. Si no fuese un completo idiota, disfrutaría de este momento. Tiene unos brazos fuertes que me abrazan de tal manera que sé que jamás me dejaría caer. Apoyo mi mejilla sobre su pecho y escucho los latidos fuertes de su corazón. Ese olor... a gel de baño, perfume, ropa limpia. Huele tan bien que arrugo la nariz porque me parece del todo indecente disfrutar en sus brazos. A lo mejor estoy soñando.

Las puertas del ascensor se abren y Duncan camina hacia la habitación. Soy una mujer de metro setenta que no está en los huesos, pero él me carga sin ningún esfuerzo. Me gusta la seguridad que transmite y desearía que fuera otro hombre para dejarme llevar. Abre la puerta de la habitación, aparta las sábanas y me deposita en la cama. Me tapa hasta el cuello y me doy la vuelta. Es un sueño.

—Buenas noches, pelirroja —me susurra al oído.

Su respiración me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja. *Un sueño. Es un sueño.* Duncan McGregor no es, ni de lejos, ni tan amable ni tan desinteresado. No es real. Lo estoy soñando.

26. Buenos días

Duncan

Me despierto con un intenso dolor de cabeza que empeora en cuanto me levanto de la cama. La pelirroja tenía razón: no debería haberme molestado. Qué cojones, pues claro que sí. Era lo mínimo que podía hacer por ella después de que salvase a Bobby. Así que arriesgué mi vida para encontrar su teléfono y me estampé la cabeza contra la reja de una ventana antes de volver al hotel. A decir verdad, no esperaba que ella saltase a mis brazos para agradecerme. Incluso habría pensado que había perdido la cabeza de haberse comportado así. Pero, joder, está hecha de hielo. O al menos está hecha de algo impenetrable, porque es imposible derribar sus defensas.

Edward la hace reír.

¿Por qué no lo dejo estar? La pelirroja está en lo cierto. Mi ego es tan descomunal que soy incapaz de tomarme con deportividad que una mujer me dé calabazas. Ya está, joder, no es el fin del mundo. ¡Será por mujeres!

Hablando de mujeres... tengo dos llamadas perdidas y tres mensajes de Claudia. Luego le contestaré, ahora no me apetece. No estoy de humor para hacer uso de mi labia y escribirle cuatro cosas que sé que la derretirán. Cruzo los dedos y me asomo a la ventana con la esperanza de encontrarme un sol resplandeciente. Así podré perder de vista a la pelirroja y nos haré un favor a ambos. Para mi desgracia, está lloviendo a mares y afuera luce como si un huracán hubiera arrasado con todo. Árboles destrozados, ventanillas de coche rotas, cables de telecomunicaciones por los suelos.

Mierda, esto va para largo.

Bobby me araña las piernas, lloriquea y me dedica una mirada suplicante. Él no entiende de temporales. Necesita evacuar donde sea.

—Vale, vale.

La pelirroja está completamente dormida. Bobby salta a su cama y tira del borde del edredón para despertarla.

—No —le ordeno en voz baja y firme—. ¡No! Ven aquí, chico.

El perro me ignora y araña el edredón para despertar a la pelirroja. Ella está tan exhausta que ni siquiera se inmuta.

—Bobby, para. No quiere jugar contigo.

Bobby pone cara de pena y ladra. El ladrido es tan potente que podría despertar a un sordo. Pero la pelirroja está frita. Maldito perro, siempre tiene que dejarme en evidencia. ¿Qué diantres le ha visto a esta mujer? Con ella es obediente y leal y yo ni siquiera consigo que venga cuando lo llamo. Es el colmo.

Voy a por el perro antes de que la despierte. Intento agarrarlo del collar, pero él se lo toma como un juego y salta hacia la almohada. Su pata delantera derecha está a dos milímetros del ojo de la pelirroja. Contengo el aliento.

—Perro malo. Te has quedado sin salchichas.

Me dedica un ladrido furioso que debe significar *que te den* en su idioma. Me apoyo en el borde de la cama con cuidado de no hacer ruido y estiro los brazos para alcanzar a Bobby. Estoy a punto de agarrarlo cuando él me salta por encima apoyando sus patas en mi cabeza. Los treinta y

cinco kilos me lanzan hacia abajo y caigo bocabajo. Aterrizo sobre un cuerpo mullido y mi cabeza va a parar a sus tetas. Dios. Joder. Por un segundo quiero hacerme el dormido y fingir que soy sonámbulo. A lo mejor no se ha despertado...

Levanto la cabeza con miedo y me encuentro a un par de ojos azules, furiosos y que quieren asesinarme. Tengo mi rodilla entre sus muslos, la cabeza en su escote y mi mano izquierda en...

—Me estás tocando la teta —me ladra.

—Yo... esto... buenos días —murmuro, como si no estuviera tumbado encima de ella.

La pelirroja apoya sus manos en mis hombros e intenta empujarme, pero peso demasiado y no me mueve del sitio. Debería hacer algo. Debería levantarme de un salto, pronunciar una disculpa y salir de la habitación. Pero no sé qué cojones me pasa y tengo el cuerpo paralizado. A lo mejor estoy un poco turbado porque siento el tacto de su pezón izquierdo bajo mi mano y se me está empezando a poner dura.

—¿Estás cómodo?

—Eh... ahora que lo dices, no estoy del todo mal —intento bromear con voz estrangulada.

—Tienes dos segundos para quitarte de encima.

Me sobra uno. Me levanto de un salto y agradezco a un Dios en el que no creo que mi polla no esté del todo erecta.

—Ha sido el perro —me defiende, antes de que pueda asesinarme—. Intentaba quitártelo de encima.

—¿Y le cambias la posición?

—Sí —pero ¿qué diablos digo? —. No... esto... será mejor que me vaya.

No dice nada. Se limita a mirarme con los ojos hinchados y las mejillas ligeramente ruborizadas. Vaya, ¿eso es por mí? Recuerdo el tacto de su pezón y la firmeza de sus pechos y toda la sangre se me va a la entrepierna. Mierda, tengo que salir de aquí antes de que sea más evidente. La pelirroja resopla y se tapa la cara con el edredón. Pero he visto sus mejillas sonrojadas, a mí no me engaña. Puede que me deteste, pero su cuerpo no es tan frío como su dueña.

Después de explicarle mi situación al personal del hotel, me dejan utilizar el patio interior para que Bobby haga sus necesidades. Se muestran bastante comprensivos y también permiten que Bobby pasee a su antojo por el resto de las instalaciones del hotel. Nos plantamos en la cafetería y, para ganármelo, le compro un plato de bacon que él devora sin miramientos. Le pido la patita y él se tira un pedo. No me lo puedo creer. ¿Qué hago mal?

—A la pelirroja le haces ojitos, ¿qué pasa contigo? —le recrimino dolido.

Bobby se recuesta en la silla y me observa como si el caso perdido fuera yo. No lo entiendo. Soy su dueño, ¿por qué la prefiere a ella?

Un par de mesas detrás, escucho la conversación que Edward mantiene con los que deben de ser sus amigos. Un par de hombres de su misma edad que escuchan con fascinación lo que él les cuenta. No presto atención hasta que la conversación deriva en un tema que me obliga a agudizar el oído. Están hablando de la pelirroja.

—Está como un tren —le dice uno de sus amigos—. Y fuera de tu alcance. Te dio plantón.

El comentario me saca una sonrisa. Je, je, je, ¡y tanto que está fuera del alcance de ese cretino! Edward el Gnomo no tiene nada que hacer contra esa diosa.

—No me dio plantón. ¿Dónde crees que estuve anoche cuando ella desapareció de la cafetería?

—En tu habitación. Dijiste que te ibas a dormir —le responde su otro amigo.

—Sí, pero con ella.

—¿Hablas en serio?

—¡Eres un crack!

—¿Y qué tal la experiencia?

—Puf... tío, te lo puedes imaginar. Las que van de dignas son las peores.

Sus amigos le ríen la gracia. Aprieto los puños y expulso el aire.

Me vuelvo hacia ellos con ganas de partirle la cabeza a ese mentiroso de mierda. Eso solo ha pasado en sus sueños. ¿De qué cojones va? Sé que no debería intervenir, al fin y al cabo no es asunto mío y ella me ha recriminado varias veces que sabe defenderse sola. Pero no soy dueño de mí mismo cuando me levanto de la silla y me planto delante de ese capullo. El hombre que fanfarronea delante de otros de lo que ha pasado en la cama con una mujer es un cerdo. El hombre que se inventa que se ha acostado con una mujer es un miserable.

—Repite lo que has dicho.

Edward se queda pálido en cuanto me ve.

—Esto no va contigo.

—¿Por qué no les cuentas a tus amigos la verdad? —me apoyo en la mesa y me inclino hacia él con cara de asesino en serie. Si no fuese una persona famosa, lo arrastraría fuera de la cafetería y le partiría la cara. Tengo que contenerme para no hacerlo—. Te encerraste en tu habitación y te la meneaste solo.

—Oye, tío... —Edward carraspea y me mira con una mezcla de incomodidad y odio mal disimulado—. ¿Tú qué eres? ¿Su novio?

—Soy el que te va a arrancar la cabeza como vuelvas a hablar de ella. ¿Te ha quedado claro?

Uno de sus amigos le da un codazo para que reaccione. Edward pone mala cara y asiente.

—Sí —responde de mala gana.

Bobby comienza a gruñirle y tengo que acariciarlo detrás de las orejas para que se calme.

—¿No me irá a morder? —ahora Edward parece aterrorizado.

—Eso depende —le digo con una sonrisa malvada—. Ni una palabra a ella de lo que ha sucedido, ¿entendido?

Asiente como un colegial obediente. Bien. La pelirroja no tiene por qué enterarse de las ordinarieces que este energúmeno va soltando de ella.

—Y si te veo pavoneándote o hablando de ella con otra persona, ten por seguro que Bobby y yo iremos a por ti —le advierto, y se lo digo totalmente en serio.

Estoy seguro de que Bobby está de acuerdo conmigo.

27. La sacerdotisa, el loco y los amantes.

Malena

Me duele hasta el alma cuando me levanto. He seguido tumbada en la cama porque estaba agotada, pero lo cierto es que desde que Duncan me despertó ya no he podido conciliar el sueño. A ver, una no es de piedra. Una cosa es que sea un tipo insoportable y otra que, después de seis meses de sequía sexual, uno de los hombres más atractivos de Escocia se te tire encima y una no sienta nada por el cuerpo.

—Uf... necesito regresar a España y tener sexo urgentemente.

Me dio tanta vergüenza que él se percatara de mi bochorno que me tapé hasta las orejas con el edredón. Supuse que haría alguna broma de las suyas, pero contra todo pronóstico salió de la habitación sin decir nada. Menos mal. Después de lo de anoche no estoy preparada para otra de sus sorpresitas. Creí haberlo soñado, pero ahora estoy segura de que Duncan me cargó en brazos hasta la habitación. Ni siquiera sé cómo sentirme al respecto.

Duncan puede ser amable cuando se lo propone, incluso me atrevería a decir que todo un caballero. Hasta que abre esa boca y mete la pata. Supongo que su ego es más grande que la torre Eiffel y le impide que su parte más noble gane la partida. Es una lástima, porque si dejara relucir al hombre corriente que lleva dentro, estoy segura de que podríamos llevarnos bien. Incluso mantener una conversación profesional que tal vez llegaría a buen puerto. Desgraciadamente, Duncan y yo no tenemos nada en común y ya va siendo hora de que haga la maleta. Salgo de la cama con la esperanza de ver un sol cegador en el cielo. Descorro la cortina y descubro que está lloviendo como si se fuera a acabar el mundo. Apoyo la frente contra el cristal y suelto un gruñido de frustración.

¿Por qué, Dios mío? ¿Qué te he hecho? Pago mis impuestos, ayudo a los ancianos a cruzar los pasos de cebra y colaboro con el banco de alimentos de mi parroquia. Soy buena persona, ¿de verdad me merezco estar encerrada con Duncan McGregor? ¿Tan mal te caigo?

Me visto con lo primero que encuentro en la bolsa de ropa prestada. Un vestido de punto, unas botas una talla más grande y una rebeca deshilachada. Ni siquiera me maquillo porque, una vez visto el panorama, he decidido que prefiero guardar el celibato hasta que regrese a España.

Apenas salgo por la puerta de la habitación, me topo de bruces con Mary Louise y su grupo de amigas. Se alojan en la habitación de enfrente. ¡La situación mejora por momentos! Me estoy dando la vuelta para escaquearme cuando Mary Louise me pilla en el acto. Demasiado tarde para huir.

—¡Querida! ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un accidente con el perro —le explico, porque entrar en detalles me obligaría a responder a un montón de preguntas impertinentes.

—¿Y el señor McGregor? ¿No está cuidando de ti?

El corrillo de jubiladas se ríe con picardía. Ay, madre, dónde me he metido...

—No lo sé. Ya le he explicado que no somos pareja. Él hace su vida, y yo la mía.

—Compartís habitación.

—Problemas de ocupación del hotel, nada más. Duncan me ha hecho el favor.

—Uy, si ya hasta lo tuteas... —me guiña un ojo y sus amigas vuelven a reírse—. Íbamos a

tomar un té con pastas y a jugar al mus. ¿Te apuntas?

—Muchas gracias, pero la verdad es que no me ape...

Mary Louise me coge del brazo y no me deja acabar la frase. Estoy perdida.

Mary Louise, Anna, Grace, Hilda y Bernadette no son tan malas como pensaba. De hecho, si ignoro sus preguntas cotillas y sus intentos de emparejarme con Duncan, me caen bastante bien. Son de Clovelly, en la región de Doven, un pueblo londinense al que ya me han invitado. Estaban de ruta hacia las Highland porque están celebrando el septuagésimo cumpleaños de Anna.

—Y el divorcio de Hilda —añade Anna.

—Hilda por fin se divorció del idiota de su marido. Tuvo que aguantar que sus hijos se independizaran para mandarlo a paseo, ¿te lo puedes creer? —Mary Louise pone los ojos en blanco y chasquea la cabeza—. Nacen, te desvives por ellos y se lo das todo, y cuando se hacen mayores se creen que pueden darte órdenes.

—Tampoco era tan malo... —dice Hilda.

—Era un inútil —me explica Mary Louise, e intento no reírme porque no se corta a la hora de decir lo que piensa—. Ni siquiera sabía freír un huevo, ¿tú lo ves normal? Ya sé que venimos de otra generación, pero diantres, en cuarenta años de matrimonio digo yo que algo podría haber aprendido. Menos mal que por fin estás libre. Tus hijos que digan lo que quieran. Seguro que están furiosos porque ahora tienen que ser ellos quienes le planchen los calzoncillos.

—¡Mary Louise!

—¿Qué? ¿He dicho algo malo? —Mary Louise centra su atención en mí—. Y tú, querida, ¿quieres tener hijos? Yo tengo tres. Anthony, Isabelle y Mary. Me compraron uno de esos cacharros para hacer videollamadas cuando mi marido murió. Pero ¿quién entiende esos trastos? Se creen que pueden vigilarme porque ahora soy una vieja chocha, pero yo no los he criado para que ahora me den órdenes.

Después de su perorata, me mira con aire inquisitivo para que responda a su pregunta.

—No lo sé... Siempre tuve claro que quería tener hijos y formar mi propia familia. Lo único que sé ahora es que tengo treinta y dos años, sigo soltera y mi empresa está en la ruina. No es el momento de planteármelo, aunque me encantaría...

—¡Treinta y dos años! —exclama Mary Louise—. Lo que daría yo por tener treinta y dos años.

—Lo de tu soltería se puede arreglar. Compartes habitación con el soltero más codiciado de Escocia —Anna me guiña un ojo.

—Sé que lo hacéis con buena intención, pero os aseguro que Duncan y yo no tenemos nada en común. No lo veo de esa manera.

—Yo nunca me lo imagino con ropa —dice Bernadette.

Todas se ríen de su comentario.

—Mi marido y yo no podíamos ser más distintos, ¿y sabes qué? Dios me regaló treinta maravillosos años a su lado. Los mejores de mi vida. Discutíamos todos los días y no dejamos de amarnos nunca. Estábamos hechos el uno para el otro —me explica Mary Louise.

—Suenan maravillosos. Pero no es lo que siento por Duncan. Ni siquiera creo que podamos ser amigos.

—¡A ver qué dicen las cartas! —Hilda coge una baraja de cartas del tarot y todas aplauden emocionadas.

No creo en estas cosas, pero supongo que es demasiado tarde para negarme. Son cinco mujeres

experimentadas contra una pobre incauta. Estoy perdida.

—Corta.

Hago lo que me pide.

—Otra vez. Ahora escoge una carta.

Se escucha un sonoro *oooooh* cuando ven la carta que he elegido.

—¿Qué pasa?

—La sacerdotisa —me explica Hilda—. Eres una mujer muy racional y precavida que nunca se deja llevar.

No digo nada porque ha acertado. Seguro que ha sido casualidad.

—La razón debe pasar a un segundo plano frente al instinto. Si te dejas llevar por tu instinto, acertaras. Elige otra carta.

Estoy tan intrigada que hago lo que me dice. Es la primera vez que me hacen una lectura de cartas.

—Madre del amor hermoso —murmura Mary Louise.

—El loco —me explica Hilda, y sonrío ante mi expresión horrorizada—. No pongas esa cara, querida. El loco es una de las cartas más poderosas de la baraja. Simboliza un nuevo comienzo y el hecho de tener que afrontar decisiones muy difíciles que conllevaran el fin de algo de tu vida anterior.

Respiro profundamente. Esto es una tontería. Mi vida no va a cambiar. Regresaré a España, le compraré a Max su parte de la empresa con el dinero de la herencia de mi madre y seguiré en el mismo punto que estaba.

—La última carta.

—Vaya... —se hace un silencio sepulcral cuando Hilda le da la vuelta a la carta. Dos personas bajo la mirada de un resplandeciente Cupido—. Los amantes. Las cartas no fallan. Como te he dicho, se avecina una decisión difícil y de vital importancia en tu vida. Cada decisión te llevará a dos futuros completamente diferentes, y solo uno de esos caminos te llevará al lugar correcto... o a la persona correcta.

—¡Lo sabía! —Mary Louise está tan eufórica que se levanta de la silla y comienza a bailar. Me da miedo que se parta la cadera y me levanto para sostenerla, pero ella me coge de los brazos y me obliga a seguirle el ritmo—. ¡Lo sabía! Esta vieja nunca se equivoca, querida. Puedes decir lo que quieras, pero el amor de tu vida está más cerca de lo que crees.

Me da un empujón que me pilla desprevenida y me choco con la persona que está pasando por detrás. Duncan me agarra antes de que me caiga al suelo. Mary Louise y sus amigas murmuran cosas indecentes. Nos miramos a los ojos con incomodidad y ninguno de los dos sabe qué decir. Las manos de Duncan me transmiten un calor tan abrasador que asciende hasta mis mejillas. Me aparto ruborizada y agacho la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta extrañado.

—Perfectamente —respondo con voz grave.

Evito su mirada y me pierdo entre la gente hasta llegar a la barra. Uf, necesito un trago.

28. ¿Tan malo soy?

Duncan

Después de que la pelirroja se tropiece conmigo, Mary Louise y sus amigas me atrapan antes de que pueda escapar.

—¡Señor McGregor!

—Llámame Duncan.

—¿Quieres una tirada de cartas, Duncan? —Mary Louise entorna los ojos y sé que, como acepte, nada ni nadie me sacará de sus garras.

—Te lo agradezco, pero prefiero no saber lo que me depara el futuro. Soy de improvisar sobre la marcha. Es más emocionante.

A Mary Louise se le escapa una risita jubilosa. Me cae bien.

—Tu amiga sí que se ha atrevido. Ha descubierto cosas muy reveladoras.

Me abstengo de preguntarle. Sé que entraría en su juego y entonces sí que estaría perdido. Mary Louise y sus amigas tienen la esperanza de emparejarme con la pelirroja. Dicen que hacemos buena pareja. Lo sé, es ridículo.

Mi hermana me llama en ese momento y le enseño el móvil a Mary Louise.

—Lo tengo que coger.

—Te salvas por los pelos —me guiña un ojo.

Me alejo hacia una mesa que está vacía y descuelgo. Echo de menos a mi hermana. ¡Qué ganas tenía de oír su voz!

—¿Dónde diablos te has metido? —me grita.

—Yo también me alegro de oírte.

—Se supone que deberías haber llegado hace dos días. ¿Eres idiota o qué te pasa?

—He sufrido un percance —le digo, y antes de que pueda entrar en detalles, ella vuelve a la carga.

—Sí, ya. Seguro que se te ha presentado una oportunidad de oro que no podías desperdiciar y es más importante que estar con tu familia. Me has dejado tirada. Me estoy encargando yo sola de los preparativos de la boda de nuestros padres. ¿Te parece bonito?

—Estás sacando las cosas de quicio. Iba de camino cuando me sorprendió el temporal.

—Aquí hace un tiempo estupendo.

—Estoy a un par de días de camino en coche. ¿No crees que estás sacando las cosas de quicio? ¿Cuándo os he fallado?

—Verano de hace tres años. La comunión de Spencer. Te la perdiste —me echa en cara.

—¡Estaba rodando en Nueva York!

—Dijiste que llegarías a tiempo.

—El rodaje se alargó. ¿Qué querías que hiciera? ¿Tú faltas a tu trabajo cuando te da la gana?

—Ese no es el tema —Bella está realmente enfadada y no entiendo por qué. Sabe de sobra que soy un hombre familiar que detesta perderse nuestras reuniones por culpa del trabajo. Ese es otro de los tantos motivos que me han ayudado a tomar la decisión de retirarme—. La cuestión es que no estás aquí cuando me prometiste que llegarías para ayudarme con los preparativos. Me estoy viendo superada mientras le prometo a nuestros padres que no pasa nada y te cubro las espaldas.

¡No vaya a ser que su niño bonito los decepcione otra vez!

—Estás siendo muy injusta conmigo. Todo lo que hago es...

—¿Por nuestra familia? Ni te atrevas, Duncan. Te has pasado tres pueblos. Esta vez no te lo perdono. Dime una cosa, ¿merece la pena acostarte con otra modelo mientras te pierdes lo que de verdad importa?

—No me estoy acostando con nadie —respondo herido—. Estoy atrapado en un hotel de un pueblo perdido con un grupo de jubilados, una mujer que no me soporta y un puñado de desconocidos. Me encantaría estar allí, pero no puedo.

—La prensa dice que te estás tirando a una mujer pelirroja. No pierdes el tiempo, no sé de qué me extraño. Ni se te ocurra traerla aquí.

—Joder, Bella, ¿de qué vas? Iré solo —ya lo he decidido. Ni siquiera me apetece que Claudia me acompañe. Ella detesta el campo. Y yo... supongo que no la echo de menos—. La prensa solo dice mentiras sobre mí. Pensé que a la última persona que debería explicárselo es a mi hermana.

—Tu hermana está harta de que pierdas el tiempo con un montón de mujeres y un trabajo que no te llena. Por cierto, tus sobrinos te mandan saludos. Freya no para de llorar porque tenía un regalo para ti y no ha podido dártelo. Espero que estés satisfecho.

—Pásamelos.

Me ha colgado. Observo el teléfono y tengo ganas de estamparlo contra la pared. ¡Joder! ¿De verdad cree que me estoy divirtiendo con una modelo? ¿Por quién me toma? Sé que el trabajo me ha tenido absorbido y que no he visto a mi familia todo lo que me gustaría, pero eso está a punto de cambiar. Iba a darles la buena noticia en cuanto los viese. Celebraríamos que por fin me retiro y compraría una casa en el pueblo de mis padres para pasar más tiempo con ellos. Me parece tan injusto que Bella desconfíe de mí...

¿O quizá me lo merezco?

No, determino con una mezcla de humillación y dolor. Sé que soy un mujeriego que siempre da que hablar. Pero mi familia siempre ha estado en la cima de mis prioridades. Pensé que Bella lo tenía claro. Joder, me siento como una mierda. Necesito una cerveza.

Cuando me acerco a la barra, la pelirroja está a punto de darle un trago a la suya.

—No deberías beber si te estás medicando.

—No es asunto tuyo —me espeta.

Tiene razón. ¿Para qué me meto donde no me llaman? Tengo que aprender de una vez que lo máximo a lo que puedo aspirar de ella es a una indiferencia cortés.

—Es verdad.

Ella me mira sorprendida. Luego suspira, agacha la cabeza y me pasa la cerveza.

—Perdona, no debería haberte hablado así.

Me quedo tan anonadado que estoy a punto de preguntarle si se ha disculpado de verdad. Logro contenerme.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Sigo resentida por lo que me dijiste anoche, pero no es razón para que te hable de esa manera. Ya te disculpaste.

Su sinceridad me desarma.

—Uno no elige cuando le deja de doler lo que le hizo otra persona. He pensado en lo que me dijiste. En lo de que no te habría pedido perdón de no haber averiguado que no habías tenido la culpa.

Hace un gesto con la mano para que lo deje estar.

—Estabas preocupado por Bobby. No sé cómo me habría comportado de estar en tu lugar. Da igual.

—No tiene justificación, y ni siquiera sé por qué lo hice. Bueno, sí que lo sé —admito, a pesar de que me encantaría guardármelo para mí mismo—. Te la estaba devolviendo por haberme llamado inmaduro emocional.

—Te lo ganaste a pulso.

Omito decirle que el pequeño hobbit es un miserable que se merecía lo que le dije. Eso no cambia nada, y de todos modos, prefiero que ella no sepa cómo alardeaba de algo que no sucedió.

—Lo sé.

—¿Me estás dando la razón? —pregunta, y abre mucho los ojos.

Su expresión me hace tanta gracia que se me escapa la risa.

—Me comporté como un capullo y te prometo que no volveré a meterme donde no me llaman.

—Vale.

Me tiende una mano.

—¿Te parece bien que empecemos de nuevo? —me ofrece con una tímida sonrisa—. Somos un par de desconocidos atrapados por el temporal que comparten habitación.

—¿Podemos ignorar que te tocase una teta?

Malena me fulmina con la mirada.

—Mi oferta tiene un plazo.

—Trato hecho, pelirroja.

Estrecho su mano y ella sostiene el apretón con firmeza. No es de las que se dejan intimidar y eso me gusta. Tiene una mano pequeña y fantaseo que podría hacerme muchas cosas indecentes con ella. Aparta la mano con brusquedad y por un instante me temo que me haya leído la mente.

—Deja de llamarme pelirroja. Me llamo Malena.

—Malena... —pronuncio su nombre y lo guardo en mi memoria para siempre—. Me gusta más pelirroja, pero supongo que puedo acostumbrarme.

Contra todo pronóstico, ella sonríe. Y no es una sonrisa cualquiera. Es una sonrisa de verdad. Amplia, con hoyuelos en las mejillas. En un rostro con un par de zafiros resplandecientes que me cautivan por completo.

29. Empecemos de nuevo...

Malena

Todas las mesas de la cafetería están ocupadas. A lo lejos, Mary Louise me hace un gesto para que me acerque a Duncan. Observo el panorama. Edward está acompañado por sus amigos y rehúye mi mirada, vete a saber por qué. Es cierto que ayer me largué sin despedirme, pero creo que tampoco me porté mal con él. Prefiero mantenerme alejada de Mary Louise y sus amigas por un tiempo porque con una tirada de cartas ya he tenido suficiente. Y al resto de huéspedes del hotel no los conozco. Me acerco a Duncan con una mezcla de nerviosismo y esperanza. Al fin y al cabo, es mi compañero de habitación y hemos hecho las paces.

—¿Está ocupada? —señalo la silla.

—Sí.

Me coge la mano cuando estoy a punto de darme la vuelta.

—Venga, siéntate de una vez. ¿Por qué preguntas si sabes que estoy solo?

Me encojo de hombros y tomo asiento a su lado.

—Por educación.

—Somos compañeros de habitación, podemos prescindir de los formalismos, ¿no crees?

—Supongo...

Lo noto distinto, y no me refiero a que hayamos decidido empezar de nuevo. Hay cierta amargura en su expresión que no me pasa desapercibida.

—¿Estás bien?

—No —responde, y su sinceridad me sorprende—. ¿Tanto se me nota?

—Un poco. Deberías sonreír más, hacer bromas sexuales y llamarme pelirroja para que creyese que no te pasa nada.

—Eres muy observadora, pelirroja.

Lo dejo por un caso perdido. Me parece que es imposible que recuerde mi nombre. Supongo que cuando eres Duncan McGregor y por tu cama pasan tantas mujeres lo de acertar con los nombres es una nimiedad.

—¿Quieres hablar del tema o prefieres que almorcemos y charlemos de otra cosa? Sé que soy una completa desconocida, pero aquí tampoco tienes a nadie con quien desahogarte.

Duncan pasa el dedo por el borde de la jarra de cerveza. Parece incómodo. No sé por qué le he propuesto algo semejante. No soy una persona indiscreta ni cotilla. Tampoco me interesa. Pero lo he visto tan afectado que me ha salido solo.

—Mis padres se casan dentro de dos semanas y debería estar ayudando a mi hermana con los preparativos de la boda.

—Vaya...

Y yo lo estaba siguiendo porque creía que iba a hacer una de las suyas. De repente siento que soy una persona horrible. A veces se me olvida que Duncan es un hombre como otro cualquiera y que tiene una vida.

—Seguro que el temporal nos da una tregua y puedes llegar a la boda.

—Eso espero —murmura pensativo—. Es solo que...

Lo miro con interés, pero él permanece callado y retraído en sí mismo.

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

—Mi hermana se piensa que me he escaqueado a propósito. Sé que a veces les he fallado por culpa del maldito trabajo, pero lo que de verdad me gustaría es estar allí con ella y ayudarla con los preparativos. Me cuesta creer que me vea como un impresentable. No sabía que tuviera esa opinión de mí.

—Vamos... —alargo el brazo y apoyo mi mano sobre la suya—. Las personas decimos cosas horribles cuando nos enfadamos. Y poseemos una capacidad excepcional para hacer daño a aquellos que más queremos. Estoy segura de que tu hermana no piensa eso de ti.

Me mira de reojo con un palpable recelo.

—No te estoy diciendo lo que quieres oír —lo tranquilizo con suavidad—. Lo pienso de verdad.

Me acaricia el dorso de la mano con su pulgar y me mira de una forma devastadora. Creo que es la primera vez que veo al verdadero Duncan McGregor. No es más que un hombre asustado y profundamente herido que teme no dar la talla.

—¿Crees que debería llamarla?

—Sí —le digo sin dudar—. Explícale como te sientes y lo mucho que te ha dolido que dude de ti. Sé que te encantaría que fuese ella quien diera el primer paso, pero a veces las cosas no salen como uno quiere. Una vez le dije cosas horribles a una buena amiga y fue ella quien vino a arreglar las cosas. Es una persona increíble y desde entonces me recuerdo a mí misma la suerte que tengo de tenerla en mi vida.

Duncan me da un ligero apretón, se levanta de un salto y me besa en la frente. Me sobresalto por el contacto de sus labios sobre mi piel.

—Gracias —musita, y se marcha a toda prisa.

Me doy cuenta de que Edward me mira de soslayo cuando cree que no lo veo. ¿Y a este qué le pasa? Le dedico un gesto interrogante cuando nuestras miradas se cruzan y él agacha la cabeza. Aprovecho que sus amigos lo dejan solo para levantarme y dirigirme hacia él.

—Hola.

—Ey.

—¿Te pasa algo conmigo? —le pregunto extrañada.

—En absoluto —responde nervioso, y mira a su alrededor como si buscara a alguien—. Será mejor que me vaya.

—¿A dónde? Estamos encerrados.

—A mi habitación. Adiós.

No entiendo nada. Edward recoge su chaqueta y pasa por mi lado sin mirarme. Regreso a mi mesa con la sensación de que algo se me escapa. Anoche estaba muy interesado en mí y ahora me evita a toda costa. ¿Estará molesto porque me marché sin avisar? Puede ser. ¡Quién entiende a los hombres!

Me siento y le doy un sorbo a mi coca cola. Mataría por una cerveza, pero Duncan tiene razón. Mezclar alcohol y analgésicos no es una buena idea. Compruebo mi teléfono y descubro que tengo seis llamadas perdidas de Tana y un par de mensajes de Max. Suspiro. Debería decirle que renuncio al trabajo. Estoy marcando su número cuando Duncan regresa con una expresión más relajada.

—¿Qué tal ha ido?

—Le he explicado la situación y ella ha entrado en razón. Tenías razón, solo era cuestión de que uno de los dos diera su brazo a torcer.

—Me alegro de que lo hayáis solucionado —le digo, e intento ignorar el beso que me dio en la frente—. Estoy muerta de hambre. ¿Qué me aconsejas? No quiero repetir la experiencia de los haggis.

Duncan le echa un vistazo a la carta.

—Podemos compartir algunos platos, ¿te parece bien?

—Sí.

Él se levanta para pedir en la barra y lo observo con interés. Empiezo a tener la sensación de que me enfrento a dos hombres dentro una misma persona. Uno es fanfarrón, seductor y provocador. El otro es divertido, amable y educado. ¿Cuál de los dos es el verdadero Duncan? Me acaricio la frente y dejo escapar el aire. Por si acaso, será mejor que siga manteniendo la distancia. No puedo fiarme de él.

—¿En qué piensas?

Doy un respingo porque no lo he oído llegar.

—Nada importante.

—¿De dónde eres? Diría por tu acento que eres del sur.

—¿Has estado en España?

—Hace bastantes años para promocionar una serie. Estuve en Madrid, Barcelona y Sevilla.

—Soy de Cádiz. Es una ciudad preciosa con las playas más bonitas de toda la península.

—¿Es allí donde haces surf? —se interesa.

Vaya, así que cotilleó a fondo en mi galería de fotos.

—Sí. El viento de levante es ideal para los surfistas. Aunque soy una principiante, no te creas que se me da muy bien. Me divierto, eso es todo.

—El lugar más famoso de Escocia para hacer surf es Thurso. Es un pueblo de pescadores donde se realizan varios campeonatos de Reino Unido y Europa.

—¿Has estado en alguno de ellos?

—Como patrocinador. El surf no es lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo?

—Odio hacer deporte —me confiesa.

Lo miro sin ocultar mi sorpresa. No puede decirlo en serio. Su cuerpo prueba lo contrario. Los abdominales, los brazos fornidos, las piernas musculosas... Pongo tal cara que a Duncan le da por reírse.

—Sé lo que estás pensando. Mi obligación es mantenerme en forma, no me queda otra. Tengo que seguir una dieta estricta, trabajar con un entrenador personal y pesarme todas las semanas. Una rutina para nada placentera.

—¿En serio? —suena espantoso. A mí me encanta el surf porque es una afición. Puedo comer lo que me dé la gana y practicar las veces que me apetezca—. Creí que eso solo les pasaba a las modelos.

—¿Crees que este cuerpo me viene de fábrica? —lo dice sin un ápice de chulería—. En el momento en el que me descuido tiendo a engordar. Scott me conocía y por eso contrató al mejor entrenador personal del país. Él me decía lo que tenía que comer, a qué hora me tenía que levantar y cuantas malditas flexiones tenía que hacer al día.

Scott es su representante. Lo sé porque es el contacto que me proporcionó la empresa. Di por hecho que Duncan era un tipo vanidoso y que se sacrificaba para tener un cuerpazo con el que

ligar sin esfuerzo. No tenía ni idea de que le supusiera tal sacrificio.

—Creí que lo disfrutabas.

—Cuando era joven no me pesaba tanto. Luego vas cumpliendo años y tus prioridades cambian. Me merezco un descanso —le da un trago a la cerveza y me pregunto a cuántas habrá renunciado. Empiezo a entender que se quiera retirar—. De pequeño era un crío gordo y con el que se metían el resto de los niños.

—Venga ya —me cuesta imaginármelo de ese modo.

—Lo pasé fatal —me explica con naturalidad—. Hace treinta años, nadie me decía que lo que me estaban haciendo era acoso escolar. Le restaban importancia diciendo que eran cosas de críos, y yo volvía del colegio con un ojo morado o las ruedas de la bici pinchadas.

No me quiero ni imaginar lo que tuvo que ser para él.

—¿Y qué pasó?

—Di el estirón, me convertí en el tipo más alto del instituto y dejaron de meterse conmigo. Un día Scott me paró por la calle y me dijo que podía convertirme en el hombre más envidiado de todo el país. Me pareció la oportunidad perfecta para devolvérsela a todos los que me habían hecho la vida imposible, y quería ganar dinero para ayudar a mis padres. El resto ya lo sabes.

No lo sé. Me da que entre medio de todos esos años se le escapan un montón de detalles que lo convirtieron en el hombre que es hoy. Quizá Duncan McGregor es más complicado de lo que pensaba.

—¿Y qué hay de ti? —se interesa.

—Nada especial —respondo esquiva—. Mi vida no es tan interesante.

—Eres impenetrable.

—Estudié marketing, monté mi propia empresa con mi mejor amigo... —enumero con desinterés—. Y poco más. ¿Lo ves?

Duncan apoya los codos sobre la mesa y se inclina hacia mí. Me observa con curiosidad y posa sus ojos sobre los míos.

—No te creo.

—Es lo que hay.

Él sacude la cabeza y me mira como si fuera un completo enigma. Me cruzo de brazos y le mantengo la mirada. No pienso hablarle de mí.

—Qué aproveche —la camarera nos interrumpe y deposita varios platos sobre la mesa.

—Te escapas porque estoy muerto de hambre —me advierte, y corta un trozo de filete.

Contemplo la succulenta comida y se me hace la boca agua. Luego me río al darme cuenta de que Duncan entrecierra los ojos cuando saborea la comida. Me lo imagino a base de zumos detox y palitos de zanahoria y, de repente, no puedo parar de reír. Pobrecillo.

—¿De qué te ríes?

—¿Cuántos abdominales te toca hacer para quemar todo esto?

Me tira una patata frita y la cuele por dentro de mi escote.

—¿Me la puedo comer?

Le doy un guantazo cuando alarga el brazo.

—Ja, ja —le digo, recupero la patata y me la llevo a la boca. A Duncan se le oscurecen los ojos—. Tal vez debería restringirte las calorías... es por tu bien.

—En la mesa hay demasiados bocados apetitosos a los que me apetece hincarles el diente.

Me mira de tal forma que capto la indirecta y se me encienden las mejillas. Es lo peor.

—¿Y qué hay de tu físico?

—Se me ocurre una manera muy placentera de quemar las calorías —acompaña sus palabras con una mirada cargada de intenciones.
Definitivamente, lo suyo no tiene cura.

30. Mi pequeña fan

Duncan

La pelirroja come como una lima. No exagero si digo que se ha comido más de la mitad de la comida ella sola. Incluso tiene hueco para el postre y me pregunta un par de veces que si no me apetece probarlo. Pues claro que me apetece, pero no quiero correr el riesgo de que el botón de mis vaqueros estalle.

—¿Dónde lo echas? —le pregunto, entre sorprendido y fascinado.

—Tengo un metabolismo acelerado.

Pienso que las calorías se le acumulan en el mismo lugar. Por suerte, la miro a los ojos en lugar de al canalillo. Me encantaría mantener una conversación normal en la que la mirada no se me fuera a sus tetas el noventa por ciento del tiempo. Qué puedo decir. ¡Soy un hombre débil! En mi defensa añadiré que no tengo la culpa de que esta mujer sea una jodida diosa.

—Estás colorado, ¿te encuentras bien?

—He comido demasiado.

—¡Anda ya! Creo que tienes el estómago cerrado por culpa de comer arroz blanco, claras de huevo y zumo de pomelo en ayunas.

No la contradigo. Llevo matándome de hambre tanto tiempo que ya ni siquiera sé lo que es disfrutar de una copiosa comida. Menos mal que mis días de lucir tipazo han llegado a su fin.

—Estábamos hablando de ti antes de que la camarera nos interrumpiera —le recuerdo.

—En realidad, tú intentabas sonsacarme información mientras que yo me negaba a responder a tus preguntas.

—Yo te he contado cosas sobre mí.

—No te había preguntado.

Touché. Es más dura que el acero.

—Me siento en desventaja.

—No es culpa mía. Además, sales muy bien parado. Tuviste una infancia dura y conseguiste sobreponerte. Eso habla muy bien de ti.

—¿Sí?

—Si le quitas la parte en la que te convertiste en un mujeriego que solapa una relación con otra...

Estoy a punto de responderle cuando noto que alguien se nos acerca.

—Señor McGregor, disculpe que lo interrumpa —una mujer de mediana edad se aproxima con timidez—. Mi hija es su mayor fan.

—Hola, no es ninguna molestia. Acabamos de terminar de almorzar.

—Necesito pedirle un favor.

—Por supuesto, ¿quiere que le firme un autógrafo?

—Es... algo más complicado —me dice con cierto pudor—. Lleva encerrada en su habitación desde que empezó la tormenta. Ni su padre ni yo logramos sacarla de allí. Le tiene pánico a los truenos, el viento, la lluvia...

—Pobrecilla... —murmura la pelirroja.

—Sé que lo que voy a pedirle es más de lo que usted está obligado a hacer, pero me preguntaba

si podía acercarse a su habitación y hablar con ella. Lo admira mucho. A lo mejor a usted lo escucha...

—Puedo intentarlo.

—Oh, muchas gracias. ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

—No hay de qué. Haré lo que esté en mi mano para que su hija salga de la habitación. ¿Cómo se llama?

—Lucy. Tiene siete años. En Carnavales se disfrazó de Mr. Increíble. Nuestra habitación es la 203.

Los niños son mi debilidad, y no puedo negarle mi ayuda a una cría de siete años que en Carnavales se disfrazó de mi alter ego. Cuando la madre nos deja a solas, me perco de que la pelirroja me está mirando de una manera muy extraña.

—¿Qué pasa?

—No tienes por qué hacerlo.

—Ya lo sé.

—¿Y entonces por qué te ofreces? —pregunta sin entender—. Ni siquiera estás obligado a firmar autógrafos o hacerte fotos con la gente. No es tu trabajo. ¿Por qué lo haces?

—Porque quiero.

Ella me mira como si acabara de decir una locura. Me sigue cuando me levanto y me dirijo hacia el ascensor.

—¿Vienes conmigo?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Crees que voy a fracasar.

—Quiero saber cómo vas a convencer a una niña aterrorizada de que salga de su habitación.

Todavía no lo he pensado, pero algo se me ocurrirá. Entramos en el ascensor cuando se abren las puertas.

—¿Quién es Mr Increíble?

—Es un superhéroe que interpreté en los años noventa. Era una serie infantil. Fue uno de mis primeros papeles.

—Te podemos hacer una capa con una cortina.

—Qué graciosa.

—¿Cuáles eran tus superpoderes?

—Fuerza sobre humana, visión de rayos láser... ah, y leía la mente. Si quieres te digo lo que estás pensando ahora.

—Sorpréndeme.

Le pongo una mano sobre la frente y cierro los ojos. Cuando los abro, me está mirando con curiosidad.

—Pelirroja, ¿de verdad? Ya sé que me encuentras irresistible, pero de ninguna manera voy a poseerte dentro de este ascensor. La pequeña Lucy me necesita.

Ella pone los ojos en blanco y sacude la cabeza.

—A ver si a la pequeña Lucy le pareces tan gracioso como te crees... —me dice, y sale del ascensor rozándome la cara con el pelo.

Uf, qué olor tan delicioso. Me imagino enredando la mano en su pelo y follándola a cuatro patas y borro el pensamiento tan pronto como llega. O al menos lo intento. No debería fantasear con semejantes guarradas. En mi defensa diré que no soy dueño de mis pensamientos cuando la tengo cerca. Ojalá pudiera mantener la mente en blanco, pero todo lo que hay en mi cerebro es

piel, sexo y ganas, sobre todo muchas ganas.

Estoy tan absorto imaginándola desnuda que sigo dentro del ascensor. Cuando mis pies se mueven me choco con la puerta en el instante que esta se cierra. Definitivamente soy imbécil. Pulso el botón de la apertura de puertas y salgo del ascensor con la poca dignidad que me queda. La pelirroja me mira extrañada.

—¿Qué te he pasado?

—Nada. Ese trasto debe ser del siglo pasado.

—Tu nariz —se ríe, y me aparto ofuscado cuando intenta tocarme—. ¿Mr Increíble no traspasaba las puertas?

—Qué graciosa eres —mascullo irritado, y me dirijo hacia la habitación 203.

Estoy a punto de llamar a la puerta cuando caigo en la cuenta de que no sé qué decirle a Lucy. Bah, soy Duncan McGregor. Ya se me ocurrirá algo.

Apenas he rozado la puerta cuando una voz chillona me grita desde el otro lado.

—¡Lárgate, papá! Te he dicho mil veces que no pienso salir de aquí.

La pelirroja se ríe por lo bajini y me da una palmadita en la espalda.

—Lucy tiene carácter. Buena suerte.

—Las mujeres con carácter son mi especialidad —le digo, y me vuelvo hacia la puerta antes de que pueda replicarme—. Hola, Lucy. No soy tu padre. Soy Duncan McGregor.

Se hace el silencio. Me giro hacia la pelirroja exhibiendo una sonrisa amplia. ¿Lo ves? Le digo con la mirada. Solo he necesitado pronunciar mi nombre para dejar a la chiquilla boquiabierta. Apuesto a que tardará menos de tres segundos en abrir la puerta, lanzarse a mis brazos y pedirme una foto. Soy el mejor. Soy... Duncan McGregor. La pelirroja resopla.

—Tú no eres Duncan McGregor. Me he visto todas sus películas. Tiene la voz más grave y varonil.

¿Qué?

La pelirroja se dobla por la mitad y se parte de risa. Joder, menudo golpe bajo. En las películas mi voz suena más grave porque es impostada. Lo hago a propósito porque siempre me ofrecen papeles de seductor o de prota que salva a la chica. Pero esa, obviamente, no es mi verdadera voz. En realidad tengo una voz de lo más normal y Scott me aconsejó que la forzara para que me ofrecieran más papeles. Esto es peor que aquella vez que una quinceañera me dijo que en persona no era tan guapo como en la tele.

—Soy Duncan McGregor —le digo, visiblemente ofendido—. Lo comprobarás si abres la puerta.

—Papá, deja de hacer el ridículo. Me sacarás a rastras en cuanto abra la puerta.

—¡No soy tu padre!

—La tienes en el bote —me susurra la pelirroja al oído.

—¿Qué iba a hacer Duncan McGregor en un hotel de tres estrellas? Él solo se aloja en resorts de super lujo con modelos preciosas. Hace seis meses estuvo en Bora Bora. Lo leí en internet —me grita la niña.

—No deberías mirar en internet sin la supervisión de un adulto, eres demasiado pequeña.

—¿Ves como eres mi padre? ¿Por qué hablas tan raro? Me das vergüenza, papá.

—¡Oye, niña! —golpeo la puerta porque me está sacando de mis casillas—. No soy tu padre. Soy el mismísimo Duncan McGregor. El temporal me pilló por esta zona y este era el único hotel disponible. Y para tu información, hace seis meses no estuve en Bora Bora, sino en París. Estaba rodando el anuncio de un perfume.

—No te creo...

—¿De verdad vas a perder la oportunidad de hacerte una foto conmigo y contárselo a tus amigas? Tienes siete años, pero un día aprenderás que oportunidades como esta solo pasan una vez en la vida...

La pelirroja me mira alucinada y sacude la cabeza. ¿Qué pasa? Es la verdad. Soy el hombre más influyente de mi país. No lo digo yo, ¡lo dice una revista!

La puerta se abre con un chasquido y la cabeza de una niña rubia asoma con desconfianza por el hueco de la puerta. La muy pillina ha echado la cadena. Es lista para tener siete años.

—Papá, no soy tonta, tú no eres... —deja la frase sin acabar y me mira con los ojos abiertos de par en par—. ¡Eres Duncan McGregor!

—El mismo —le digo con orgullo.

La niña lanza una mirada despectiva hacia la pelirroja.

—¿Y tú quién eres?

—Una amiga.

—Su última amiga era Claudia Russo, uno supermodelo de Victoria's Secret que tiene doce millones de seguidores en Instagram. ¿Cuántos seguidores tienes tú y como te llamas?

—Me llamo Malena Ramírez y no tengo Instagram.

Lucy suelta un bufido.

—No le llegas a la anterior ni a la suela de los zapatos. Eres más bajita.

—Lucy, estás siendo muy ofensiva —la reprendo.

—No pasa nada —la pelirroja se lo ha tomado con humor. Ahora se dirige a Lucy—. No somos novios.

—¡Normal! A Duncan le gusta que sean más famosas y altas.

—¡Niña! —exclamo irritado—. Eso no es...

—Vamos, Duncan, Lucy solo dice lo que ve en la tele... —me recuerda la pelirroja.

—Será mejor que os larguéis. Cuando le dije a papá que solo Duncan McGregor podría sacarme de mi habitación no lo decía en serio —me pone ojitos y añade en voz baja—. Sigo siendo tu mayor fan. ¿Podemos tomarnos una foto cuando pase la tormenta?

—Podemos tomárnosla ahora.

—No.

La madre de Lucy podría haberme avisado de que su hija es una pequeña dictadora. Pero me niego a darme por vencido. La pelirroja no me quita el ojo de encima y no pienso admitir una derrota delante suya. Por encima de mi cadáver.

—Estás enfadado a Thor, el dios del trueno y la tormenta. A él no le gustan las niñas que se asustan con facilidad. Si sigues ahí encerrada, la tormenta no acabará nunca. Vámonos, pelirroja.

Le guiño un ojo para que me siga el juego, y comenzamos a alejarnos de la puerta.

—¡Un momento! —exclama asustada Lucy—. ¿Quién es Thor? ¿Chris Hemsworth?

—No, me refiero al de verdad. Al Dios barbudo y fuerte que vive en el Valhalla. Utiliza su martillo para invocar los truenos, ¿no lo sabía?

Lucy me mira emocionada y sacude la cabeza.

—Thor es el dios más poderoso del universo. El dios de la lluvia, el trueno y las tormentas. Cuando se enfada, el cielo se oscurece y comienza a llover. Los relámpagos son sus gritos de furia. Pero no tienes que asustarte. Thor también es un dios justo y muy sabio. Si te portas bien, obedeces a tus padres y sales de tu habitación, Thor impedirá que la tormenta te haga ningún daño.

—¿De verdad? —Lucy lo pregunta con una mezcla de recelo y esperanza.

—Por supuesto. Está demasiado ocupado luchando contra enemigos muy poderosos. Los gigantes, ¿los conoces?

La niña sacude la cabeza y me escucha emocionada. He captado su atención.

—Son los enemigos de Thor. Los Jotun, unos monstruos horribles y poderosos que quieren destruir nuestro mundo. Los gigantes tienen fuerza sobrehumana y representan al caos y a la naturaleza destructiva e indomable. Thor los mantiene a raya con su martillo mientras vigila nuestro mundo del resto de enemigos. Estoy seguro de que, si sales de tu habitación y te portas como una niña valiente, él se sentirá orgulloso y la lluvia nos dará una tregua. ¿Quieres que deje de llover?

—¡Sí!

—Entonces dame la mano y hagámonos esa foto, ¿qué te parece?

—Bueno... —concede, y cierra la puerta. Oigo el chasquido de la cadenita y respiro aliviado. ¡Por fin! Lucy abre la puerta y se acerca a mí con un smartphone en la mano—. No quiero que ella salga en la foto.

—Yo la hago —se ofrece la pelirroja.

Tengo que hacerme todo un reportaje con la cría para que se quede contenta. Se sube a caballito en mi espalda, me abraza, me da un beso en la mejilla, hace la señal de la victoria y me obliga a poner morritos para la cámara.

—¡Genial! —le arrebató el móvil a la pelirroja y da saltitos de emoción—. ¡Verás cuando se lo cuente a mis amigas!

Corretea por el pasillo con los brazos extendidos y una sonrisa resplandeciente en la cara. La observo con una mezcla de añoranza y felicidad. Me encantaría tener un hijo. Formar mi propia familia junto a una mujer que me quiera por cómo soy, y no por ser quien soy. Una vida tranquila y apacible. Envejecer y amar con todo mi corazón.

—Deberías buscar a tus padres. Están muy preocupados —le pido a Lucy.

—¡Qué síiiiiii! —me saluda con la mano y corretea por el pasillo—. ¡Adiós, Duncan! ¡Adiós, fea!

—Le has caído bien —le digo a la pelirroja.

Ella no parece afectada. También se está riendo.

—No sabía que tuvieras tanta mano con los niños.

—La experiencia de tres sobrinos revoltosos.

—¿Te gustan los niños? —pregunta con curiosidad.

—Me encantan.

—No te veía de ese modo...

—¿De qué modo? —pregunto, a sabiendas de la clase de persona que cree que soy.

—En plan paternal. ¿Quieres tener hijos?

—Todos los que pueda.

Me mira asombrada.

—Una pequeña Lucy a la que contar historias de dioses nórdicos por la noche... —murmura ensimismada.

Y una mujer pelirroja que caliente mi cama por las noches... Aparto el pensamiento libidinoso porque, joder, no es apropiado. Ni realista.

—¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

—Sí —admite con cierta tristeza—. Bueno... sí que quería, pero nunca es el momento. Voy cumpliendo años, el trabajo me absorbe, no encuentro a la persona adecuada. Es complicado.

—Ya llegará. Apuesto a que serías una madre estupenda.

No sé si he dicho algo malo, porque a ella se le oscurece la expresión.

—ECHO de menos tener una familia.

—¿No la tienes? —pregunto desconcertado.

—No.

Mierda. Lo he dado por hecho. La pelirroja comienza a caminar y no sé qué decir para cortar el silencio en el que nos hemos sumido. Soy un bocazas.

—Tranquilo, estoy bien —me dice, y no sé si está siendo sincera. Hablar con ella es como hacerlo con una pared de hormigón. Es dura e impenetrable. Transmite la sensación de no sufrir, pero estoy convencido de que todos lo hacemos a nuestra manera. Me encantaría meterme en esa cabecita tan terca y averiguar todos sus secretos—. Voy a buscar un libro. ¿Nos vemos luego?

—Si quieres...

Se vuelve hacia mí con una sonrisa enigmática en los labios.

—¿Sabes? Me ha gustado lo que has hecho por Lucy. Eres mejor de lo que pensaba, Duncan McGregor.

Tengo ganas de lanzarme a por ella, aplastarla contra mi cuerpo y robarle un beso. Le demostraría que no soy mejor, sino el mejor. Que ambos podríamos pasar un buen rato y aprovechar que estamos encerrados para hacer algo productivo y muy placentero.

—Ahora no te vayas a enamorar de mí...

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Mi corazón late con fuerza. Su risa es el mejor sonido que he escuchado en toda mi vida.

—No estamos hechos el uno para el otro, pero supongo que podemos ser amigos. Hasta luego.

Mis ilusiones se desinflan como un globo. ¿Amigos? Y un cuerno. Quiero acostarme con ella, no ser su puñetero amigo. Tener sexo salvaje. Desnudarla, besarla, follarla. Amigos, brrr. La palabra me pone de un humor de perros. La pelirroja y yo no vamos a ser amigos. Nunca. Bajo ningún concepto. No puedes ser amigo de alguien a quien quieres meter en tu cama. No es factible.

31. Se va a enterar

Malena

Justo cuando estoy a punto de llegar a la conclusión de que Duncan McGregor no merece la pena como ser humano, él hace o dice algo que me deja con dos palmos de narices. Me encantaría que él se mostrara como el tipo arrogante y egoísta que creo que es, porque así determinaría que tengo que alejarme de él. Pero soy incapaz de odiarlo cuando se muestra bondadoso y gentil con una cría de siete años. ¿Quién podría?

Tiene un buen corazón.

Ay... Dios... Duncan es buena persona. Le encantan los niños. Quiere ser padre. Está harto de la fama. Verlo actuar con esa niña ha sido lo más sexy que me ha pasado en mucho tiempo. Literalmente, he babeado con la escena y me he tenido que recordar a mí misma que se trataba de Duncan. El tipo odioso, libertino y seductor que me causa tanta repulsión.

Uf, ¿quién lo entiende? Me tiene tan confundida que ya no sé ni qué pensar. Sí, hemos empezado de nuevo. Y sí, supongo que podemos ser amigos, dadas las circunstancias. Y tal vez...

Respondo la llamada de Tana porque acabo de recobrar la esperanza. Con el anterior Duncan no podía llegar a ningún acuerdo, pero con este empiezo a entenderme. Solo necesito un poco de tiempo para llevar la conversación hasta el terreno profesional. Y con un poco de suerte...

—¡Hola!

—¡Menos mal! —Tana está furiosa—. Te he llamado tantas veces que ya no las puedo contar. Tengo a mis jefes hechos una furia. Y para colmo, Max me ha dicho que quieres tirar la toalla. ¿Sería mucho pedir que me lo dijese a la cara? Así dejaría de abogar por ti y me prepararía para quedar como el culo.

—Creo que puedo conseguirlo.

—No estoy para bromas.

—No es ninguna broma. La situación ha dado un giro inesperado. Estoy atrapada en un hotel con Duncan y nos alojamos en la misma habitación —oigo el grito dramático de Tana y lo ignoro—. Solo necesito tiempo y un poco de suerte para que el temporal que nos tiene atrapados se alargue un par de días más.

—¿Y si no?

—Ya pensaré en algo. Nos estamos haciendo amigos. Puedo ganarme su confianza.

—¿No te estará embaucando? —se asusta.

—¿Qué? —se me escapa la risa. Qué ridículo. ¿Duncan y yo? De solo pensarlo me entra urticaria. No es mi tipo—. No, no es eso. Confía en mí, ¿cuándo te he fallado? Max tenía razón. Tengo que aprovechar la oportunidad que se me ha presentado. Me mostraré amable y cercana para ganarme su confianza.

—No sé... Quizá deberías volver a España.

—No, confía en mí. Dame un par de semanas. Convince a tus jefes, ¿puedes hacerlo?

—Creo que sí.

—Estupendo.

—Malena... deberías tener cuidado con él. Es un conquistador nato. ¿Y si el tiro te sale por la culata?

—Por favor... —me irrita que me vea de esa manera—. No sabía que me vieses como una tonta.

—No es eso. Pero los hombres como él consiguen que hasta la mujer más dura se derrita.

—Gracias por tu consejo —respondo con tirantez—. Pero eso no me va a pasar a mí.

Cuelgo el teléfono y me recuesto en el sofá de la biblioteca. No soy idiota. Sé que Duncan no está acostumbrado a que le den calabazas y que haría cualquier cosa por reafirmar su ego masculino. No soy la clase de incauta que cae rendida a sus pies con un par de frasecitas hechas. Yo no.

—¿Tienes un segundo?

Ni siquiera lo he oído llegar. Edward está en la entrada de la biblioteca y mira a nuestro alrededor como si buscara a alguien.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Estás sola?

—Sí.

—Verás... no sé ni cómo decirte esto...

—Simplemente dilo —le pido impaciente. No tengo ganas de escuchar la excusa barata que me vaya a poner para haber pasado de mí.

—Tu novio, deberías andarte con ojo con él.

—¿Qué novio? —se me hiela la voz.

—Duncan —me dice con desprecio—. No sé qué clase de relación os traéis y tampoco es asunto mío, pero me advirtió por las malas que no me acercara a ti y eso es lo que he hecho. No me las voy a dar de algo que no soy y no me da vergüenza admitir que me ha tenido amedrentado. Aun así tenía que decírtelo porque me parece del todo injusto que salgas con un tipo que va amenazando al primer hombre que se te acerca.

Me quedo tan sobrecogida que durante unos segundos soy incapaz de reaccionar. Edward me coge las manos y me mira con dulzura.

—¿Te encuentras bien?

Me levanto hecha una furia y me aparto de él.

—¿Qué te dijo exactamente?

—No creo que eso sea...

—Quiero saberlo —le exijo con voz tajante.

—Me dijo que me arrancaría la cabeza si me acercaba a ti. Y me azuzó al perro.

No puede ser...

Estoy cabreada, mareada, confundida... y pienso aclarar el tema con Duncan ahora mismo. Edward intenta detenerme y lo miro de tal forma que se queda congelado. No es el Duncan que yo conozco. Él jamás haría eso. Pero ¿acaso lo conozco de verdad?

¿Quién es en realidad? ¿El mujeriego que actúa como un cretino cuando alguien le hace sombra, o el hombre encantador que se ofrece a ayudar a una niña pequeña? No lo sé, pero estoy decidida a averiguarlo.

Abro la puerta de la habitación y entro como un vendaval. Duncan lleva una minúscula toalla blanca atada a la cintura y me mira sorprendido. Intento mantener la compostura y mirar hacia otra parte que no sean esos abdominales de piedra. Le hablo a la pared porque esos oblicuos son un camino directo hacia el pecado.

—Tenemos que hablar.

—¿Me puedo vestir?

Asiento sin mirarlo. Él se da la vuelta, se quita la toalla y camina hasta el armario. Lo miro boquiabierto y los ojos se me van a su culo. No tiene vergüenza. Trago con dificultad y me obligo a girar la cabeza.

—No te cortes, mira todo lo que quieras. A mí no me importa.

—Haz el favor de ponerte algo encima.

—No he sido yo el que ha entrado sin llamar.

Se toma su tiempo para buscar unos pantalones. Lo sé porque lo sigo con la mirada e intento disimular cuando me pillan.

—¿Quieres que me dé la vuelta?

—¡No! —exclamo sofocada.

No puedo verle la cara, pero sé que está sonriendo. Está encantado de la vida por verme tan afectada. Suelto un bufido y me cruzo de brazos, intentando aparentar una indiferencia que no siento. Tiene un cuerpo impresionante y él lo sabe. Un cuerpo bronceado y sin marcas de bañador. Seguro que se pasa el día bronceándose en su piscina privada. Lo que intenta ser un pensamiento burlón se convierte en la fantasía de él desnudo y relajado sobre una tumbona. Aprieto los dientes, ¿qué coño me pasa? He venido hasta aquí para echarle la bronca, no para tener sueños eróticos.

Duncan carraspea y me saca de mi ensimismamiento. Cuando lo miro, lleva puestos unos vaqueros de tiro bajo por los que asoma un vello oscuro. Va sin camiseta, cómo no. Aunque supongo que cuando tienes ese cuerpo te crees en la obligación de ir regalándose a todo el mundo.

—¿Qué te pasa?

Esa sonrisa ladina, el brillo provocador de sus ojos... Me saca de mis casillas que se crea que puede ir por la vida haciendo lo que le da la gana.

—¿Qué le has dicho a Edward?

Su mirada se ensombrece. ¡Lo sabía! Algo ha pasado.

—Nada.

—¿Nada? Está muerto de miedo. Esta mañana me estaba evitando en la cafetería y creo que tú tienes algo que ver en ello.

—A lo mejor está pasando de ti.

—Lo dudo.

Lo miro y él no mueve ni un músculo, pero noto su incomodidad a pesar de que intente enmascararla.

—Sé que le dijiste que se alejara de mí y quiero saber por qué.

—No le dije tal cosa.

—¿No? —enarco una ceja—. Eso es lo que él va diciendo.

Duncan pone mala cara y se pasa las manos por el pelo. Ahora parece incómodo. O quizá avergonzado. Sea lo que sea, pienso averiguarlo.

—No fue eso lo que le dije.

—¿Está mintiendo?

—Es un gilipollas.

—¿Dice o no dice la verdad? —me exaspero, y pierdo la poca paciencia que me queda ante su silencio—. ¿De qué vas? No sé quién te crees que eres, pero no estoy dispuesta a tolerar que te metas en mi vida como un vulgar matón.

—Vale.

—¡No me trates como si fuera tonta! —grito, completamente fuera de mí. Me acerco a él y lo señalo con un dedo—. ¿Quién te crees que eres? No puedes ir por ahí amenazando al primer tipo que se me acerque solo porque a ti no te hago ni caso. Es patético y ruin. Cuando te llamé inmaduro emocional me quedé corta. En realidad eres mucho peor.

—Vale.

—¡Deja de decirme vale!

—¿Y qué quieres que te diga? —gruñe, con una mezcla de ira contenida y frustración.

—La verdad. Me debes una explicación.

—La verdad es que deberías alejarte de Edward porque no merece la pena.

—La verdad es que eso no es asunto tuyo. Dios, tienes treinta y nueve años y te comportas como un puto crío.

Duncan aprieta la mandíbula y se aleja de mí. Sacude la cabeza, vuelve a pasarse las manos por el pelo y masculla una maldición.

—¿Quieres la puta verdad? —replica, y noto tanto dolor en su voz que ahora sí que no entiendo nada—. La verdad es que sí, lo amenacé. Pero ni de lejos le pedí que se alejara de ti porque, joder, tienes razón, a pesar de que me fastidie que te relaciones con un gilipollas que no te merece, eso no es asunto mío.

—¿Y qué le dijiste exactamente?

—Le dije que le arrancaría la cabeza si volvía a hablar de ti en unos términos tan asquerosos que prefiero no repetir en voz alta.

—¿Qué? —me tiembla la voz.

—Dice que os habéis acostado.

Me quedo tan deshecha que no sé qué decir. Duncan coge una camiseta del armario y se la pone al revés. Cuando se da cuenta, suelta otra maldición y se la coloca de nuevo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto en un susurro.

—¿De verdad? —lo pregunta como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Sí, es que no entiendo...

—No te lo dije porque no quería hacerte daño.

Sus palabras me dejan hecha un flan. Le he gritado cosas horribles para desquitarme cuando él solo intentaba protegerme del idiota de Edward. Intento acercarme a él en un intento por arreglarlo, pero Duncan se aparta de mí, más dolido de lo que lo he visto en todo el tiempo que nos conocemos.

—No sé qué decir...

—Mejor no digas nada —gruñe, pasa por mi lado sin ni siquiera mirarme. Está a punto de tocar el pomo, pero se queda parado y habla sin volverse hacia mí—. Tienes razón. No debería meterme en tu vida. Pero descuida, no volverá a pasar.

—Duncan, lo sien...

Me deja con la palabra en la boca cuando sale dando un portazo. Me siento en el borde de la cama y agacho la cabeza. Joder, joder y joder. ¿Por qué lo he juzgado antes de dejar que se explique? Siento una opresión en el estómago y unas ganas tremendas de echarme a llorar. Pero, como de costumbre, no se me cae ni una lágrima. Soy especialista en hacerle daño a todo el mundo. Por eso mi vida está llena de relaciones efímeras. Porque soy una persona fría e insensible que no deja que nadie se le acerque. ¿Por qué me extraño de estar sola?

32. Paso de ella

Duncan

¿Quién me manda meterme donde no me llaman? Ella tiene razón. Su vida, lo que le pase, con quien se acueste... no es de mi incumbencia. Me lo tengo que grabar de una puta vez en la cabeza. Y por si se me olvida, acordarme de lo que ella me ha dicho.

Cuando te llamé inmaduro emocional me quedé corta. En realidad eres mucho peor.

De acuerdo, preciosa. Soy un inmaduro que no va a volver a meterse en tus asuntos. Es tu vida, ¿a mí que me importa? Te puedes defender solita, y si no puedes, sigue sin ser asunto mío. Joder, quiero una birra. Me siento el tío más patético del mundo. La humillación corre por mis venas y me siento tan abochornado que tengo ganas de partir algo. No sé ni por qué lo intento. Para ella soy peor que un piojo. Me ve como la clase de miserable capaz de partírle la cabeza a otro tío porque ella le haga más caso.

Hasta aquí hemos llegado. En el fondo debería estarle agradecido, porque me lo ha puesto en bandeja. ¿Desde cuándo me arrastro por una mujer? Vamos, joder. Tengo una larga lista de contactos en el móvil. Solo tengo que marcar un número si quiero echar un polvo. O... responder a un mensaje. Claudia, mi exnovia modelo, me ha vuelto a escribir. ¿Por qué no le respondo? Es guapa, joven, una bomba sexual en la cama.

Estoy a punto de agarrar el teléfono en un arrebato de furia cuando alguien se sienta a mi lado. Es Lucy.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —fuerzo una sonrisa porque no quiero asustarla—. Nada.

—Pareces enfadado, ¿te has peleado con tu novia?

—No es mi novia.

Lucy me mira de esa forma maleducada que solo podrías perdonarle a un niño.

—La miras como si fuera tu novia.

No sé a qué se refiere. ¡Yo no la miro de ninguna manera! Bueno, sí que lo hago. Desnudándola con la mirada cada vez que puedo. Pero en público me contengo, ¿no? O al menos hasta el momento creí que no se me notaba. Sin embargo, si una cría de siete años se ha dado cuenta, cualquiera podría hacerlo. Ahora más que nunca necesito una cerveza y echar un polvo. Debería hacer las paces con Claudia. Ella está receptiva. Todavía estoy a tiempo.

—Yo no la miro de ninguna manera.

Lucy eleva los ojos al techo.

—Que conste que a mí no me gusta para ti, pero esas viejas de allí detrás dicen que estáis hechos el uno para el otro. Mamá dice que a los ancianos hay que hacerles caso porque tienen más experiencia vital que nosotros.

—Se dice personas mayores —le explico.

Lucy resopla. Las cuestiones dialécticas no son lo suyo.

—¿Entonces no es tu novia?

—No.

—¿Y por qué la miras como yo miro a Stuart de segundo curso?

—¿Quién es ese tal Stuart?

—El amor de mi vida. Es tan guapo y divertido que no puedo parar de mirarlo. Pero él no me hace ni caso porque es mayor que yo.

—¿Qué edad tiene?

—Ocho años.

Hago el intento de no reírme porque tengo la impresión de que Lucy se lo tomaría fatal. Tiene un genio tremendo y no quiero subestimarla.

—Stuart es tonto.

—¡Lo sé! —exclama exasperada, y se le escapa un suspiro melancólico—. Pero una no elige de quien se enamora.

—¿De dónde te sacas esas frases?

—Internet, la tele... —lo dice como si fuera obvio.

Si algún día tengo hijos, no les quitaré la vista de encima.

—Estás enfadado porque pasa de ti.

—¡No estoy enfadado por eso!

—Sí que lo estás —dice con tono repelente—. ¡A Duncan le gusta Malena, a Duncan le gusta Malena!

Le tapo la boca para que nadie la escuche. Esta cría me va a meter en un buen lío. ¿Dónde diantres están sus padres? Voy a tener una conversación con ellos acerca de ponerle límites a su hija.

—No me gusta —le digo, y retiro la mano después de lanzarle una advertencia para que cierre el pico—. No lo vayas diciendo por ahí. Podrías meterme en un lío.

—Creí que los adultos erais más maduros.

Otra vez con la dichosa palabrita.

—Creí que las niñas de siete años jugabais a las casitas y no abordabais a los desconocidos.

Ella me mira extrañada.

—No eres un desconocido, eres Duncan McGregor. Y no me gusta jugar a las casitas, prefiero el fútbol. Estoy aburrida porque mamá y papá no me dejan jugar con la pelota aquí dentro.

—Si estás aburrida no te metas en mi vida —le espeto.

Lucy aprieta los labios y me arrepiento de haberle hablado así en cuanto las palabras salen de mi boca. Mierda, ¿de qué voy? No es más que una niña. Ahora va a echarse a llorar y tendré que consolarla.

—Es normal que ella no te haga caso, no sabes cómo tratar a una dama.

La miro con los ojos abiertos como platos. Casi hubiera preferido que llorase como una magdalena.

—He tenido muchas novias —le digo con suficiencia.

—Ahora estás solo.

Tocado y hundido.

—Porque me da la gana.

—Si tú lo dices... —Lucy señala hacia la puerta—. Mira, Malena está ahí.

Malena. Creo que jamás me acostumbraré a llamarla por su nombre. Para mí siempre será la pelirroja.

—No señales, es de mala educación.

—Está hablando con ese hombre tan bajito.

—No es asunto mío.

—Ella parece muy enfadada.

—Me da igual.

—Creo que ahora están discutiendo.

No puedo evitarlo. Me vuelvo intrigado hacia ellos. La pelirroja gesticula con los brazos mientras Edward intenta aguantar el tipo. Sonríe para mis adentros. Se lo va a comer vivo. No tiene nada que hacer contra ella. Alza la voz. Acierto a escuchar: *impresentable, mentiroso y canalla*. Ahora todos los huéspedes que hay en la cafetería los están mirando. A ella le da igual. Edward se pone de pie y le da un manotazo. Aprieto los dientes y me levanto de la silla. Como le toque un pelo, le arranco la cabeza. La pelirroja no se deja amedrentar. Puedo leer los labios de Edward cuando la llama *estrecha*. Aprieto los puños. Ese malnacido va a pagar caro el haberla insultado. No me da tiempo a intervenir, porque ella le pega un puñetazo y en la cafetería se hace un silencio sepulcral.

33. ¿Serviría de algo decir que lo siento?

Malena

Tumbo a Edward de un puñetazo y él se cae de espaldas sobre la barra. Se hace un tenso silencio y la pequeña Lucy lo rompe con un: *Ooooooh*. Aprieto los puños y me pongo en posición de ataque. Esto no se va a quedar así. Edward intenta ponerse de pie y un hilo de sangre le chorrea por la nariz.

—Me has roto la nariz —se queja, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Y más te voy a hacer!

—Estás loca —me insulta, pero por si acaso se esconde detrás de un taburete. Se cubre la nariz con las manos y masculla con voz gangosa—: ¡Loca!

Esta loca te va a demostrar de lo que está hecha. Me abalanzo sobre él hecha una furia y Edward suelta un alarido. Alguien me agarra de la cintura y vuelo por los aires. Intento agarrar del pelo a ese malnacido, pero Duncan me lleva en volandas hacia la puerta. Se escuchan aplausos y vítores.

—¡Suéltame! ¡No he acabado! ¡Me ha llamado estrecha!

—Lo sé.

Me aleja de la puerta cuando intento alcanzar el pomo. No tengo nada que hacer. Me carga sobre su hombro izquierdo como si fuera un saco de patatas y lo único que puedo hacer es patear como una niña pequeña.

—No es justo, me has pillado desprevenida. Puedo contigo.

—Después de lo que he visto, no me cabe la menor duda.

Me tira sobre un sofá y el pelo me cubre el rostro. Me lo aparto de la cara y descubro que me ha traído a la biblioteca. Me levanto con actitud belicosa y voy hacia la puerta, pero él se interpone en mi camino. Es un armario empotrado que bloquea mi única salida.

—No he acabado. Aparta.

Duncan se cruza de brazos y no se mueve del sitio.

—No.

—¡Tengo que aclararle a ese malnacido un par de cosas!

—Créeme —dice muy serio—, ya se las has aclarado. No volverá a meterse contigo.

—Me ha llamado estrecha —me quejo, y el recuerdo de su tono de voz sibilino pronunciando esa palabra me pone hecha una furia.

—Lo sé.

Barajo mis opciones tras echar un vistazo a mi alrededor y suelto un gruñido de frustración.

—No es justo —musito.

—Lo has puesto en su sitio.

—Pero...

—Respira profundamente y cuenta hasta tres. No merece la pena. El puñetazo que le has dado no se le va a olvidar en la vida. Que lo hayan visto sus amigos, tampoco. ¿Qué más quieres?

Tiene razón. Debería dejarlo estar, pero me hierva la sangre. Edward se ha comportado como un canalla cuando le he pedido una explicación. Lejos de avergonzarse o disculparse, ha empezado a pavonearse delante de sus amigos.

—Le pedí una explicación y se rio en mi cara, ¿te lo puedes creer? —comienzo a caminar en círculos mientras gesticulo con los brazos, algo frecuente en mí cuando estoy cabreadísima—. Me dijo que estaba bromeando y que no debía darle importancia. Le respondí que uno no bromea delante de otros hombres sobre tener sexo con una mujer, sobre todo cuando no es verdad. Me dijo: *¿qué más te da? Al fin y al cabo, era lo que ibas buscando la otra noche*. Le grité que no tenía pensado acostarme con él, ni la otra noche ni nunca. Y él empezó a decir que era una lianta y una estrecha. Entonces...

—Lo tumbaste de un puñetazo —Duncan casi sonrío.

—Sí —digo en voz baja—. No estoy orgullosa de haberle pegado. Debería haberme contenido, pero no me esperaba que se lo tomara a broma cuando le exigí una explicación. El colmo fue que me insultase. Es un miserable.

Duncan no dice nada. Me detengo y lo miro a los ojos. Puedo leer su enfado a kilómetros de distancia, a pesar de que intente enmascararlo bajo una máscara de frialdad. Me muerdo el labio y no sé qué decir ni qué hacer para arreglarlo. Le dije unas cosas horribles que no se merecía.

—Duncan...

—Ahórratelo —me pide con frialdad.

—No —me acerco a él y busco su mirada cuando él rehúye la mía—. No puedo.

—Déjalo, Malena. No hace falta que digas nada.

Se me hace un nudo en el estómago cuando lo escucho pronunciar mi nombre. La situación es más grave de lo que creía. Se acabaron las bromas, las sonrisas de medio lado y el llamarme pelirroja.

—¿Serviría de algo decir que lo siento?

—Ya está, te perdono. Asunto zanjado.

Se da la vuelta para salir de la biblioteca y le cojo el brazo. Todo su cuerpo se tensa y me duele que me rechace de esa manera. Lo sé, me lo tengo merecido, es solo que...

—No lo digas por decir.

Duncan contrae los hombros y me habla sin mirarme.

—La culpa es mía por meterme donde no me llaman —su voz está impregnada de una amargura que me devasta.

—No —lo contradigo de manera tajante—. Intentaste hacer algo bueno por mí y yo te lo pagué comportándome como una engreída.

—Ya te has disculpado —dice con tono gélido.

—¿Me puedes mirar cuando te hablo? —le pido, y añado con delicadeza—: por favor.

Duncan se vuelve hacia mí y tengo que hacer un gran esfuerzo para no abrazarlo. No solo está enfadado, sino profundamente herido. Me sorprende observar la misma fragilidad que percibí en él la noche que Bobby se escapó. Despojado de su coraza, de su chulería y de su sonrisa seductora. Es otro hombre. Un hombre real, apasionado y que sufre como cualquier otro.

—Te he hecho daño —le digo, y Duncan me mira avergonzado—. Te juzgué antes de darte la oportunidad de explicarte. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo para escuchar tus explicaciones y agradecerte que dieras la cara por mí. No sé cómo arreglarlo, Duncan. Lo siento muchísimo. Lamento haberte hablado de ese modo. Fue cruel, desproporcionado e injusto.

Duncan me mira emocionado y noto que se le escapa el aire. Me encantaría ponerme de puntillas, acariciarle la mejilla y sanar el daño que he causado. Él solo me mira. Y lo hace de una manera devastadora, íntima y profunda. No hay nada del otro Duncan, el que me saca de mis casillas. Delante tengo a un hombre completamente diferente y que me corta el aliento.

—Tu mano —murmura, casi para sí mismo.

—¿Qué?

Duncan me coge la mano con una delicadeza que me sorprende e inspecciona mis nudillos.

—Estás sangrando.

—No me duele.

—Deberías ponerte hielo.

Me acaricia el dorso de la mano con su pulgar, se da la vuelta y abre la puerta. Lo veo marchar y me doy cuenta de que estoy colorada como un tomate. Parpadeo confundida y me muerdo el labio. Tengo el pulso acelerado y me arde la piel. ¿Qué ha sido eso?

Estoy sentada en el sofá de la biblioteca cuando Lucy se cuele dentro y me mira impresionada.

—¡Menudo derechazo le has dado! —me felicita.

—No es algo de lo que me sienta orgullosa.

—¿Por qué no? Todos creen que se lo tenía merecido. Le he preguntado a mamá el significado de la palabra *estrecha*, pero se niega a explicármelo. Nadie quiere decírmelo.

Me mira de manera interrogante. Genial, lo que me faltaba.

—No quiero hablar del tema.

Lucy comienza a quejarse y le hago un gesto para que se calle.

—¿Dónde aprendiste a pegar puñetazos?

—Practico boxeo un par de veces por semana.

—Boxeo —repite emocionada—. Parece más interesante que el fútbol... ¿crees que habrá clases para niñas de siete años?

—Lucy, no soy ningún ejemplo a seguir —le explico, al darme cuenta de que ahora me ve como una heroína—. Lo que he hecho está mal. No le puedes pegar a la gente porque te digan cosas horribles.

—Yo creo que sí. Una vez le tiré a Cécile del pelo porque me llamó nariz de cerdito. Nunca más volvió a meterse conmigo.

—Deberías habérselo dicho a tus profesores.

—Se lo dije... después de pegarle. ¿Dónde está Duncan?

—No lo sé.

Supongo que se ha largado después de oír mi disculpa. No puedo culparlo. Le dije que era patético, ruin y un inmaduro emocional. Lo más lógico es que no quiera saber nada más de mí.

—¿Crees que también podrías tumbar a Duncan de un puñetazo? A lo mejor eso es lo que más le gusta de ti. Papá dice que se enamoró de mamá porque es muy fuerte.

—Seguro que podría —dice Duncan desde el umbral de la puerta.

Intento enmascarar mi alegría cuando lo veo. Lleva algo en la mano.

—He traído hielo.

—Gracias.

Apoya el paño sobre mis nudillos hinchados y le ofrezco una sonrisa agradecida.

—Pensé que te habías marchado —le confieso.

—¿A dónde?

—A cualquier otro sitio lejos de mí.

—El hotel no deja muchas opciones, y ese puño tenía mal aspecto.

—Me duele un poco. No es lo mismo que pegarle al saco con los guantes de boxeo.

—Creí que lo tuyo era el surf.

—Y el boxeo, el yoga, el kárate... Te dije que sabía defenderme —le guiño un ojo.

Duncan me mira impresionado.

—Así que no me conviene llevarte la contraria...

Los dos nos reímos.

—No te hagas el humilde. Eres más alto y pesado que yo, no podría contigo.

—No sé qué decirte... en la cafetería hay un par de personas que dicen que eres la nueva Ronda Rousey. Prefiero no jugármela. Le tengo mucho aprecio a esta cara bonita.

—Pensé que te retirabas.

—Y me retiro, pero soy presumido, ¿qué pasa?

—¿Os vais a besar ya? —interviene Lucy.

Cinco palabras que nos cortan el rollo. Me doy cuenta de que Duncan está sentado en el brazo del sofá y tiene una mano apoyada en mi muslo. Los dos nos estábamos mirando con complicidad hasta que Lucy nos ha interrumpido. Me aparto de él con una sonrisa de circunstancia.

—Mary Louise y sus amigas han hecho una porra. Dicen que acabaréis liados antes de que acabe el temporal. ¿Debería apostar mi paga de la semana?

—¡No! —respondemos a la vez.

La niña pone cara de fastidio.

—Duncan y yo somos buenos amigos —le digo, intentando arreglar la situación.

—Mentira, a él le gustas.

Duncan pone cara de incomodidad, supongo que porque el comentario de la niña dejaría en evidencia a cualquiera. Le resto importancia con un gesto y hablo por él.

—No le gusto. Un hombre y una mujer pueden ser solo amigos.

—¿Y qué le hiciste para que antes estuviera enfadado contigo? —pregunta con desconfianza.

—Yo... uhm... lo traté mal.

—¿Por qué?

—Porque estaba equivocada.

—¿Y ya no lo estás?

—No.

—Entonces te gusta.

Me arden las mejillas por culpa de esta mocosa impertinente. No debería haberle seguido el juego, ¿qué esperaba? Duncan me mira intrigado y me acaloro por completo.

—Lucy, cariño, ¿por qué no te vas a jugar?

—Estoy aburrida. Mamá no me deja jugar con la pelota dentro del hotel. ¿Jugamos a algo? ¡Por fa, por fa, por fa!

—No tengo ganas de...

—¿O preferís besaros como dos tortolitos? —pregunta con malicia, y se pone a hacer morritos y a revolotear a nuestro alrededor—. ¡Un beso, un beso, un beso!

—¡Vale! —me doy por vencida—. Vamos a ver si hay algún juego de mesa...

Me levanto del sofá y echo un vistazo por las estanterías en busca de algo con lo que pueda entretenerse. Lo que sea para que nos deje en paz. Por su culpa ahora estoy tan avergonzada que soy incapaz de mirar a Duncan sin sonrojarme.

—Mira, Los viajes de Gulliver —le muestro el libro y añado con entusiasmo—: ¿Por qué no te vas a tu habitación y lo lees?

—¡Qué se besen, qué se besen, qué se besen!

Maldita cría. Mi mirada se cruza con la de Duncan y él se encoge de hombros. Trago con dificultad cuando le miro los labios sin querer. Dios, ¿qué me pasa? Seguro que me lo nota en la

cara. Le doy la espalda y sigo buscando por las estanterías.

—Mamá dice que los besos que das en las películas son de mentira y que parecen reales porque eres todo un profesional —le dice Lucy a Duncan.

—Así es.

—Podrías besar a Malena.

La sugerencia hace que se me caiga un libro al suelo. Lucy se ríe.

—No creo que a ella le apetezca —responde Duncan.

—Es de mentira, qué más da.

—Ella no es actriz.

—¡Quiero verlo!

—Lucy, ya basta.

—¡Un besito de amigos que juegan a ser actores! ¿Podemos jugar a eso? Yo seré la directora. Estamos rodando una película sobre espías. Tú eres el espía y ella es la chica que te gusta. La salvas del malo y luego le das un beso de amor. Uno de mentira como en las pelis pero que parezca de verdad.

Duncan se queda callado. Se me acelera el pulso y finjo no haber oído a la niña. ¿Dónde estarán sus padres? Lucy se cuelga de mis vaqueros y vuelve a poner morritos.

—¡A Malena le gusta Duncan, a Malena le gusta Duncan, a Malena le gusta Duncan!

Cojo lo primero que pillo.

—¿Jugamos al monopoly?

—¡Bieeeeeeeen! —Lucy aplaude entusiasmada. De repente, la idea de rodar una película se le ha olvidado.

Duncan se tapa la cara. La idea no parece gustarle demasiado.

—Odio este juego. Dura una eternidad —se queja.

—La dejamos ganar y acabamos antes —le susurro al oído.

—¡Te he oído! —Lucy abre el tablero y elige el coche motorizado—. No necesito que nadie me deje ganar, no soy una niña pequeña.

—¿Y qué eres? —decimos los dos a la vez.

—¡Qué comience el juego!

Contra todo pronóstico, pasamos tres horas de lo más entretenidas. Nos lo pasamos en grande y Duncan le hace cosquillas a Lucy cuando ésta intenta hacer trampas. A la hora y media, los padres de Lucy aparecen por la habitación algo preocupados de que su hija nos esté dando la lata, pero Duncan los convence de que todo va bien. La pequeña Lucy saca a la capitalista que lleva dentro y nos da una paliza épica. Deja a Duncan en bancarrota y me obliga a pasar dos partidas seguidas en la cárcel. Cuando sea mayor, esta niña controlará el mundo.

Estamos recogiendo el tablero cuando Lucy bosteza.

—Es hora de irse a la cama, pequeñaja —le dice Duncan, y le acaricia el pelo en plan paternal.

Lucy bosteza y se frota los ojos.

—No tengo sueño, quiero jugar a ser directora de cine...

Mi mano toca la de Duncan cuando los dos vamos a recoger la misma carta. Nos miramos avergonzados y aparto la mía. Entonces me doy cuenta de que Lucy acaba de quedarse profundamente dormida sobre la alfombra.

—Mírala, se ha quedado frita. Quiero una —le digo a Duncan.

—¿Una así de traviesa? No sabes lo que dices.

—La metería en la maleta y me la llevaría a España. Es tan mona...

Duncan me mira como si hubiera perdido el juicio, pero luego frunce el ceño. Señala la zapatilla de Lucy y levanta su pie. Debajo hay escondidos un fajo de billetes de monopoly.

—Qué tramposa. Sabía que no era normal que una cría de siete años me ganase al monopoly. Soy un empresario de éxito, entiendo de negocios.

—No me digas...

Duncan coge a la niña en brazos, y cuando esta refunfuña, la abraza contra su pecho y le da un beso en la mejilla. Mi corazón se ablanda con la escena y me muerdo el labio. Dios, que padre tan sexy. Aparto la mirada con disimulo cuando él me mira.

—Voy a llevarla a su habitación.

—Te acompaño.

Subimos en ascensor y en silencio para no despertar a Lucy. De vez en cuando nos miramos y tenemos que hacer un gran esfuerzo para no reírnos. Cuando llegamos a la habitación, Duncan coloca a la niña en los brazos de su padre. Se nota que le gustan los niños. Tiene paciencia y mano con ellos. Aguantar a Lucy es harina de otro costal.

—Mi mujer y yo estaremos encantados de que os la llevéis cuando queráis.

—Pobrecillos, John, no les digas eso. Están empezando, ¿no querrás que nuestra hija les estropee la luna de miel? —dice la madre de Lucy desde el interior de la habitación.

—Oh, nosotros no... —decimos a la vez.

—Si habéis podido con nuestra pequeña, seguro que seréis unos padres estupendos. ¿Tenéis pensado animaros?

Duncan y yo nos miramos avergonzados. Él me pasa un brazo por los hombros y dice:

—Ya veremos. Qué paséis buena noche.

—Igualmente.

Cuando la puerta se cierra, me aparto de él y le doy un guantazo.

—¡Duncan!

—¿Qué? —exhibe una sonrisa traviesa—. Estoy cansado de explicarle a todos los huéspedes que no somos pareja.

—Mary Louise está convencida de que eres el hombre de mi vida. Quizá tengas razón y deba fingir también con ella para que deje de acorralarme cada vez que me ve. Es agotador.

Comenzamos a caminar, esta vez sin guardar la distancia. Mi hombro izquierdo rozando su hombro derecho. No me importa. Se siente... extrañamente bien.

—A lo mejor deberíamos intentarlo.

Me quedo parada de golpe mientras él me adelanta. Cuando se ríe, yo también lo hago. Qué tonta soy. Lo dice en broma, obviamente.

—¿Te vas ya a la cama?

—Sí —responde extrañado—. ¿Me quieres acompañar?

Lo empujo con suavidad y me río. Supongo que tendré que acostumbrarme a sus bromas subidas de tono.

—No tengo ganas de dormir. ¿Nos tomamos una copa?

—No sé... ¿y si te pones en plan agresivo y me pegas un puñetazo?

—Ja, ja.

—Por si acaso esconderé todos los tenedores...

—¡Eres tonto!

Lo persigo por el pasillo cuando echa a correr. Los dos llegamos asfixiados hasta el ascensor.

Entretener a la pequeña Lucy nos ha dejado exhaustos. Duncan se cubre como si fuera un boxeador y los dos nos reímos. Y de repente... sucede. Nos miramos a los ojos y no sé si dura un segundo, un minuto o una eternidad. Simplemente nos miramos. Y lo veo... lo veo como no lo he visto nunca. A Duncan, y no al hombre que lleva como carta de presentación. Y lo que veo me gusta.

—Te veo diferente —le confieso con voz ronca.

—Yo te veo igual que siempre.

—No sé si tomármelo como un cumplido.

Duncan me da la espalda y pulsa el botón del ascensor.

—No es un cumplido, es la verdad.

Me abstengo de preguntarle qué diantres significa eso. Supongo que no lo hago porque tal vez no esté preparada para la respuesta.

34. Si tú eres Celine Dion, yo soy Ed Sheeran

Duncan

Estoy tomándome una copa con la pelirroja y me siento el hombre más afortunado del planeta. Tengo su atención, se ríe con mis chistes y no se aparta cuando la rozo a propósito. Sé que está disfrutando de mi compañía y empieza a mirarme sin su habitual expresión censoradora. La ha cambiado por una mirada divertida y complacida porque ya no le resulto tan desagradable. Mierda. Debería huir en cuanto amaine el temporal. Hacer la maleta, meter a Bobby en el coche y conducir a toda prisa hasta la casa de mis padres.

¿Qué cojones me está pasando?

Quizá si me acostase con ella se me pasaría la tontería. Un revolcón. O dos. Quizá toda una noche de sexo ardiente y apasionado. Y luego, si te he visto no me acuerdo.

La pelirroja se ríe cuando le cuento que de pequeño le teñí el pelo a mi hermana con azafrán porque se metió con mi ídolo adolescente: Pamela Anderson. Quiere saber más cosas sobre mi infancia. Le explico los veranos que pasamos bañándonos en el lago que hay cerca de casa de mis padres y aquella vez que tuve que hacer un cursillo acelerado de veterinario a los doce años para asistir al parto de nuestra gata Kitty.

—Suenan maravilloso.

—¿Maravilloso? —de solo recordarlo me entran nauseas—. Fue bastante traumático. Kitty me arañó después de ayudarla y mi hermana me convenció de que era culpa mía por no saber tratar a una dama. ¡Tenía doce años!

—¿Por aquella época ya eras un ligón?

—Las chicas de mi edad solo se fijaron en mí cuando pasé la pubertad. Las mujeres solo me quieren por mi cuerpo, ¿te lo puedes creer?

—Pobrecito... —finge compadecerse de mí—. ¿Qué será de ti cuando te empiece a crecer la barriga?

—Tendré que darme prisa y encontrar a una buena mujer que me quiera tal y como soy —acompañó mis palabras con una mirada cargada de intenciones. Ella se ríe—. ¿Alguna sugerencia?

—El grupito de jubiladas te tiene echado el ojo.

—Me gustan de mi edad.

—No sé qué decirte. Según la revista People, tus novias suelen ser más jóvenes que tú.

—Me está cambiando la mentalidad.

La pelirroja se queda callada y agacha ligeramente la cabeza. ¿La he intimidado? Es agotador conversar con una mujer que siempre mantiene el tipo. Se muerde el labio y tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no saltar de la silla y besarla.

—¿A qué se debe?

La pregunta me pilla desprevenido. Ahora me está mirando y vuelve a ser la misma mujer segura de sí misma. Es jodidamente sexy.

—He conocido a alguien.

Ladea la cabeza y le brillan los ojos. *Te he conocido a ti, nena. Y me encantas.* Me gustaría decirle. En lugar de ello, guardo silencio y espero su reacción. Ella se toca el pelo y sonrío. Es

una señal, ¿no? Con cualquier otra mujer, sería una señal. Pero con ella... vete tú a saber. No me atrevo a dar el primer paso. Joder, parezco un crío inexperto. Debería besarla y pedirle que suba conmigo a la habitación.

—¿Y tu ex?

—No la echo de menos —le explico, deseando cambiar de tema—. La mujer que he conocido es fascinante y me tiene absorbido por completo.

—Vaya... —mueve la pajita alrededor de su copa y entorna los ojos—. ¿Y qué tiene ella que no tengas las demás?

—Es inteligente, interesante y pasa de mí.

La expresión de la pelirroja se torna cautelosa. Mierda, ¿qué he dicho? Se recuesta en la silla y de repente es como si hubiera perdido todo el interés.

—Quizá es eso lo que crees que te gusta de ella. Estás acostumbrado a que las mujeres vayan detrás de ti y te has propuesto como meta conquistarla.

Frunzo el ceño. ¿Qué? ¿Eso es lo que cree?

—Eso no es... —mi voz suena más grave de lo normal—. No es eso.

—¿Seguro?

—No soy así —determino con aspereza.

Me molesta que ella me vea de esa manera. Sí, puede que al principio me diera donde más me duele y sus continuas calabazas se convirtieran en algo personal. Sin embargo, el deseo que experimenta mi cuerpo cada vez que la tengo cerca no tiene nada que ver con ello. No me he propuesto ninguna meta.

—Me fastidia que me veas como esa clase de hombre —decido ir directo al grano.

—No puedes culpar a los demás por creer que eres la clase de persona que sale por la tele.

—No culpo a los demás, te culpo a ti.

—No sé qué pensar de ti —ella también se atreve a ser sincera—. ¿Quién eres, Duncan? Ni siquiera estoy segura de que tú lo tengas claro.

—Me parece que juego con desventaja porque te has formado una opinión precipitada de mí.

—Supongamos que tienes razón... —murmura pensativa—. ¿Y si te digo que ya no lo tengo tan claro?

—Me darías esperanzas.

—Porque quieres acostarte conmigo.

—Sí.

Me quito un gran peso de encima cuando se lo digo a la cara. Ella apenas se inmuta. No sé cómo sentirme. Aliviado en gran parte, pero también aterrorizado ante la posibilidad de que ella salga huyendo.

—Estoy acostumbrada a que la mayoría de los hombres que conozco quieran acostarse conmigo —me cuenta sin un ápice de vanidad—. Cuando naces con este aspecto, no se esfuerzan en conocerte. Te dicen que eres la mujer de su vida porque el envoltorio les parece atractivo.

—Yo no he dicho que seas la mujer de mi vida.

—Por eso sigo aquí.

El corazón se me acelera. Sé que estoy caminando por una cuerda muy fina y que podría caerme al abismo si digo algo que hiera sus sentimientos. No sé cómo continuar.

—No me has preguntado si lo del sexo es recíproco... —me deja caer con voz melosa.

Mi polla está a punto de conseguir que me estallen los pantalones. Como me diga que sí, salto de la silla y me la llevo a rastras hacia la habitación.

—¿Lo es? —pregunto expectante.

—¡Nos falta una para el equipo de karaoke! —Mary Louise nos interrumpe antes de que la pelirroja pueda responder a mi pregunta—. ¡Malena, espabila!

La pelirroja se queda tan cortada que apenas se inmuta cuando Mary Louise la agarra del brazo y la empuja hacia el corrillo de mujeres.

—¿No te importará que te la robe?

—Pues...

—Sois jóvenes, todavía tenéis tiempo. A no ser que sigáis empeñados en desaprovecharlo...

Lo último que me apetece desaprovechar es el tiempo cuando tengo a la pelirroja delante. ¿Me habría dicho que sí? Supongo que tendré que esperar a que acabe el concurso de karaoke para conocer su respuesta. Observo el espectáculo y sonrío cuando ella me dedica una mirada agobiada. Pobrecilla. Alzo mi cerveza y le guiño un ojo.

Por Dios bendito, ¿cómo puede cantar tan mal? Diría que los chupitos de más han tenido algo que ver, pero lo cierto es que la pelirroja ha desafinado desde el principio. Estoy tentado a taparme los oídos, pero no lo hago porque de vez en cuando me mira emocionada y le enseño el pulgar para no desanimarla.

Se lo está pasando en grande.

Demasiado bien, diría yo, por la de chupitos que se ha bebido. Coge el micrófono con las dos manos y se aclara la voz. Está borracha.

—Esta canción se la dedico a mi amigo Duncan —dice, y se traba al hablar.

Todos me miran y tengo ganas de hacerme invisible. Saludo con la mano cuando ella señala en mi dirección.

—Aunque parezca un completo idiota, en el fondo no es tan malo como parece.

¡Muchas gracias!

La gente se ríe y estoy a punto de salir corriendo, pero no lo hago porque no me perdería su actuación por nada del mundo.

—Y está buenísimo, ¿a qué sí?

Sonrío orgulloso. Eso es verdad. La confesión de la pelirroja arranca una sonora carcajada al público.

—Tiene un culo perfecto. Os lo digo yo, que lo he visto —se vuelve hacia mí y se parte de risa. La voy a matar.

—Duncan, esta va por ti. Fírrrrrmameeeeeeeeeeeeeeeee el contratoooooo... uohhh... si hace falta te digo que eres guapooooo... uoohh... pero fírrrrrmameeee el contratooo.... —se inventa la letra.

Me tapo la cara porque me está haciendo pasar un rato de lo más bochornoso. Sin embargo, no puedo evitar reírme cuando comienza a cantar el tema principal de Titanic. *My heart will go on*. A pesar de cantar fatal, le pone tanto entusiasmo que la gente le aplaude y ella se suelta el pelo. Cuando termina, lanza besos a diestro y siniestro y hace reverencias a todo el mundo. La miro absolutamente fascinado.

Llega hacia mí haciendo eses y con las mejillas arboladas. El pelo enmarañado, los ojos vidriosos y una sonrisa eufórica en los labios. Me parece la mujer más especial y hermosa que he conocido en toda mi vida.

—¿Qué tal he estado?

—Como un gato agonizante.

—¡Eh! Mis amigas dicen que soy igualita a Celine Dion.

—Si tú eres Celine Dion, yo soy Ed Sheeran.

Me pone un dedo en el pecho y se parte de risa. La cojo de la cintura cuando pierde el equilibrio. Apoya la cabeza en mi hombro y se muerde el labio. Me tortura cada vez que lo hace. Daría lo que fuera por besar esos labios hinchados que tanto me atormentan.

—Tú eres más guapo que Ed Sheeran.

—Estás borracha y no sabes lo que dices.

—Sí que lo sé.

Le paso un brazo por los hombros para llevarla a la habitación. Apenas se sostiene en pie.

—¿Vamos a acostarnos?

Trago con dificultad y consigo pulsar el botón del ascensor mientras que ella se abraza a mí. La de veces que he imaginado con tenerla así.

—No.

—¿Por qué no? —pregunta enfurruñada—. Antes has dicho que...

Le tapo la boca con una mano y ella frunce el ceño. Con la otra sigo sosteniéndola porque, de no hacerlo, se caería al suelo.

—Por favor, cállate.

En cuanto aparta la mano, ella vuelve a la carga.

—Tú no me callas, Duncan McGregor. ¿Por qué no me llevas a la habitación y me quitas la ropa? Sé que tienes muchas ganas y yo...

Vuelvo a taponarle la boca e ignoro sus quejas. Mi pulso se dispara por culpa de sus sugerencias.

—Estás borracha. No voy a ponerte la mano encima —le digo agobiado—. Cállate de una vez.

Hace el intento de hablar y la observo como si fuera una niña pequeña que me está poniendo las cosas muy difíciles. Joder, de hecho me las está poniendo muy difíciles. Como no quiero que se asfixie, aparto la mano y ella me mira indignada. Luego se ríe y se pone de puntillas para darme besitos en el cuello.

—No hagas eso —la aparto de mí.

—¿No te gusta?

—Sí —respiro con dificultad y cierro los ojos—. Por eso no deberías hacerlo.

—Lo que dices no tiene ningún sentido... —murmura, y vuelve a la carga.

Me acaricia el brazo como tantas veces he soñado que lo hiciera y enreda las manos alrededor de mi cuello. Entrecierra los ojos y acerca su boca a la mía. Lo único que veo son sus labios hinchados y sonrojados. Estoy a punto de perder la cordura. Maldigo para mis adentros, le cojo las muñecas y la aparto con brusquedad. Esta mujer va a matarme.

—Para... de... una... vez... —le ordeno con los dientes apretados.

Le doy la vuelta para que su espalda se recueste en mi pecho. Ella resopla y deja caer la cabeza. El olor de su pelo me vuelvo jodidamente loco. Le haría tantas cosas que no sabría por dónde empezar. Pero ahora no. No cuando está borracha, no es dueña de sus actos y podría arrepentirse a la mañana siguiente. No le voy a tocar ni un pelo. Aunque me tenga que dar una ducha de agua helada para soportar la tortura a la que me está sometiendo.

—La puerta —me dice, y se parte de risa.

Ni siquiera me he percatado de que la puerta del ascensor está abierta. Le doy la mano y la dirijo como si fuera un robot hasta nuestra habitación. Meto la llave en la cerradura y la cojo en el preciso momento en el que casi se cae de espaldas.

—Si no me vas a follar, por lo menos podrías firmarme el contrato... —me dice, cuando la

llevo hasta la cama.

El contrato. Casi se me había olvidado. La miro con recelo y me aparto de ella. ¿Y si todo el acercamiento se ha debido al maldito contrato? Tal vez estaba fingiendo para acercarse a mí.

—¿Qué prefieres, Duncan?

Su pregunta me obliga a mirarla. Mi corazón está a punto de pararse cuando me percató de que se ha quitado la camiseta. No lleva sujetador. Le miro los pechos y se me seca la boca. Sus pezones rozados me la ponen dura y casi estoy a punto de olvidarme de que está borracha. Ella me acaricia la mano y la lleva hasta su pecho izquierdo. Cuando la punta de mi dedo índice roza su pezón, aparto la mano con brusquedad. Le tiro la camiseta a la cabeza y destapo las sábanas y la meto dentro con la vista clavada en la pared. Ella saca la cabeza y me observa con una sonrisa malvada en los labios.

—¿No te ha gustado lo que has visto?

—Me vas a matar, pelirroja.

Pone cara de buena mientras que a mí se me va a salir el corazón del pecho. Le dedico una mirada de advertencia y retrocedo poco a poco.

—Bobby, vigílala. Tienes mi permiso para morderla si sale de la cama.

—¡Eh!

Me encierro dentro del baño y echo el pestillo porque no me fío de ella. Apoyo la cabeza contra la puerta y cierro los ojos. Necesito una ducha de agua fría. Después de meterme bajo el agua, mi erección sigue intacta y mis ganas de poseerla aumentan.

—Joder, pelirroja... —murmuro asustado, cuando salgo del baño.

Para mi alivio, ella ya está durmiendo plácidamente en la cama. Bobby no le quita la vista de encima. Seguro que está alucinando y no es para menos. Me siento en el borde de mi cama y me froto la cara. Estoy absolutamente loco por ella. ¿Qué hago?

—Bobby, ¿qué hago?

El perro se me acerca y coloca la cabeza sobre mi rodilla. No hace falta que diga nada. Lo sé, estoy perdido.

35. Es algo físico.

Malena

Ay... me va a estallar la cabeza. Mary Louise y sus amigas me ofrecieron un chupito, una cosa llevó a la otra y al final terminé cantando por Celine Dion. No controlo cuando bebo, por eso me limito a un par de cervecitas y poco más. Pero la conversación con Duncan, que fue subiendo de tono, avivó mi sed. Y de repente necesité todo el alcohol del hotel para hacer frente a mis sentimientos. Y Duncan...

Me siento en la cama y suelto un grito horrorizado. No, ay... Dios mío, ¡No! Me tapo los pechos cuando me doy cuenta de que estoy semidesnuda. No me lo he imaginado, ¡sucedió de verdad! Me insinué a Duncan y él me rechazó. Me vuelvo hacia su cama y respiro aliviada al no encontrarlo. Bobby tampoco está.

—Me quiero morir —digo en voz alta.

Le pedí que me follara. ¿Se puede dar más pena? Sí, porque le enseñé las tetas. Y por si no quedara alguna duda de mis intenciones, me abalancé varias veces sobre él como una completa desesperada. Él me rechazó. No sé si reír como una histérica o echarme a llorar.

Duncan me rechazó.

Se lo puse en bandeja, pero él no hizo nada... Y sé que no fue porque no tuviera ganas, pues la conversación en el bar me lo dejó bastante claro. No obstante, no me tocó ni un pelo a pesar de que tenía la oportunidad.

Salgo de la cama y me entran arcadas. Voy directa al baño, me doy una ducha rápida y me cepillo los dientes. Mi aspecto es el de una mujer ojerosa y pálida que ayer se corrió una buena juerga.

No sé si voy a ser capaz de mirarlo a la cara. Dios, me quiero morir. Duncan no me tocó ni un pelo y no sé ni cómo sentirme al respecto. Creí que no tenía valores, ¿de qué va? Primero me defiende y luego se comporta como un caballero. ¡No entiendo nada!

Marco el número de Tana porque necesito urgentemente hablar con alguien. No me lo coge. Estará trabajando. Le escribo un mensaje.

Yo: necesito hablar contigo. Llámame cuando puedas.

Salgo de la habitación con un nerviosismo que me atenaza el estómago. No sé qué voy a decirle cuando le vea. Estoy tan avergonzada que si pudiera regresaría a España y me olvidaría del contrato. Ay, ¡qué manera tan espantosa de hacer el ridículo! Seguro que me está esperando con una sonrisa de suficiencia y muchas ganas de burlarse de mí. Y me lo tengo merecido.

—Te estaba buscando.

De no ser porque he reconocido la voz, me habría dado un patatús. Mary Louise está como nueva a pesar de que ayer bebió más chupitos que yo. Me pregunto de qué estará hecha para ser el alma de la fiesta a sus setenta primaveras.

—¿Qué tal anoche? —me pregunta con una miradita cargada de intenciones.

—Me fui a la cama.

—¡Ya sé que te fuiste a la cama! ¿Sola o acompañada?

—Sola.

Mary Louise no se lo puede creer.

—Cuando yo era joven no perdíamos el tiempo de esa manera —me dice incrédula—. ¿Qué os pasa a los treintañeros? Sois la generación más perdida que he visto en mi vida.

—Duncan se portó como un caballero.

—Vaya... pues es más grave de lo que pensaba.

—No te sigo.

—Está loco por ti, ¿no lo ves?

Me da por reírme. Duncan se siente atraído por mí y ahí se acaba la historia. Podría estar con cualquier mujer. Yo soy otra más. Hasta él admitió que no quería nada serio.

—Eres una romántica empedernida. Se portó como un hombre decente, no hay que darle más vueltas.

—La otra noche te miraba de una forma en la que sobran las palabras.

—Qué va...

—Todas nos dimos cuenta. Tú estabas demasiado contenta para percartarte de la forma en que te miraba. ¿De verdad vas a dejarlo escapar?

Sus palabras me dejan sin saber qué pensar. Seguro que Mary Louise y sus amigas quieren ser testigos de una bonita historia de amor que no es tal y como la pintan. ¿Duncan y yo? Qué ridiculez.

—Somos de países diferentes y no tenemos nada en común.

—Os gustáis, eso ya es más de lo que tienen en común muchas parejas.

No la contradigo porque sería absurdo negar lo evidente. Me siento atraída por él, qué se le va a hacer. Me di cuenta de que empezaba a mirarlo con otros ojos cuando le contó aquella historia a Lucy.

—Es algo físico.

—¿Te lo dices a ti misma para sentirte mejor?

Sé que discutir con esta mujer es como hacerlo con una pared y no pienso seguirle el rollo. Duncan y yo... pues eso, que es una locura.

—¿De verdad vas a dejarlo escapar?

—No voy a dejarlo escapar. Él hará su vida, y yo haré la mía.

—Me tendré que conformar con ver el desenlace de vuestra historia en la televisión... —dice, convencida de que lo nuestro tiene futuro—. Ha sido un placer conocerte, querida.

—¿Os vais ya?

—Hace un sol espléndido, ¿no te has dado cuenta? Seguro que estabas demasiado ocupada pensando en Duncan como para mirar por la ventana...

Por primera vez, no puedo negar que Mary Louise tiene razón.

Doy un sorbito al té de manzanilla y me entra una arcada. Uf, estoy para el arrastre. Tan hecha polvo que ni siquiera me di cuenta de que el temporal se ha esfumado. Hace un sol cegador y no sé cómo sentirme al respecto. Debería alegrarme, ¿no? Ahora puedo despedirme de Duncan y seguir mi camino. Es lo que quería.

Dejo la taza sobre la mesa y se me escapa un suspiro. ¿Qué me pasa? A una parte de mí le cuesta asimilar la idea de que vamos a separarnos. No sé cómo ni cuándo ha sucedido, pero me he acostumbrado a sus bromas, sus insinuaciones y sus sonrisas cautivadoras. No sé si voy a ser capaz de asimilar que tenemos que separarnos. Pero qué digo, ¡pues claro que voy a ser capaz!

Llevo treinta y dos años soltera y no me hace falta nadie. Duncan es...

—Hola.

Levanto poco a poco la cabeza para mirarlo a los ojos. Duncan es impresionante y me está mirando. No sé qué decir. Podría estar riéndose de mí, pero se muestra cauteloso.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Regular —admito, porque sería negar lo evidente.

Se sienta a mi lado y me mira de soslayo. A decir verdad, parece casi tan incómodo como yo. No es de extrañar. Seguro que anoche le hice pasar un mal rato. No tengo justificación.

—Oye, ayer...

—Sí, eso iba a preguntarte, ¿qué pasó ayer? —lo sé, soy lo peor. Fingir que no me acuerdo de nada es la manera más ruin y cobarde de enfrentarme a lo que hice.

Duncan me observa atónito. Supongo que va a recriminármelo. Soy una pésima mentirosa.

—Nada. Venía a preguntarte si te encontrabas mejor. Anoche casi no te tenías en pie.

—Ah —es todo lo que puedo decir.

Es tan decente que va a fingir que no me lancé a sus brazos para que yo no lo pase mal. Menuda sorpresa, eso sí que no me lo esperaba. Pensé que vendría a pavonearse para echármelo en cara.

Me sobresalto cuando pone su mano sobre la mía y me mira con preocupación. Es un sol.

—¿Estás mejor?

—Sí...

—¿Has comido algo?

Me entran ganas de vomitar de solo planteármelo.

—Uf, quita, quita. No tengo estómago para probar bocado.

—No me extraña. Te bebiste hasta el agua de los floreros. Sin saberlo estabas celebrando tu última noche en Escocia.

—Supongo...

Quiere decir algo más, pero se contiene. Lo miro de reojo y yo tampoco sé qué decir. Me gustaría decirle muchas cosas y no me atrevo. Me gustaría retenerlo y me digo a mí misma que es para conseguir que firme el contrato. A eso vine a este país, ¿no?

—Porque te vas a marchar, ¿no? —su pregunta oculta algo más.

—¿Para qué iba a quedarme?

—No lo sé —responde esquivo—. Es solo que...

Deja la frase en el aire y aparta la mano. Tengo ganas de cogérsela de nuevo y pedirle que acabe la frase, hasta que se levanta como si le hubiera costado mucho esfuerzo tomar esa decisión.

—Debería estar haciendo la maleta.

—Duncan —le digo, y él me mira esperanzado. No sé qué se me pasa por la cabeza cuando hablo de manera atropellada—. Me acuerdo perfectamente de lo que sucedió anoche. No quería admitirlo porque me daba vergüenza.

—No pasa nada.

—Sí que pasa —estoy tan agobiada que casi ni puedo mirarlo a la cara—. No sé ni qué decir. Lamento, ya sabes... haberme pasado de la raya.

—No eras tú.

—Era yo con siete u ocho chupitos de más. Qué vergüenza. Cuando me he despertado esta mañana me quería morir y no sabía si sería capaz de mirarte a los ojos —le confieso, y me siento mejor al hacerlo.

Duncan hace el amago de sonreír, pero se contiene.

—Gracias por no haberte aprovechado de la situación.

—¿Me das las gracias por comportarme como una persona decente? —pregunta extrañado.

—Y por aguantarme cuando fui un verdadero coñazo. No me quiero ni imaginar lo mal que te lo tuve que hacer pasar.

Me pilla desprevenida cuando me pellizca la mejilla con cariño. Luego deja caer el brazo y me dedica una mirada tierna. Mi corazón se derrite por completo. Él no es como yo pensaba. Es... mejor. Y me acabo de dar cuenta de que me gusta mucho justo cuando vamos a separarnos.

—No volveremos a hablar del tema si lo pasas mal.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Me dejas acompañarte a la estación de tren? Me pilla de camino y me gustaría llevarte.

—Claro.

—Voy a hacer la maleta —me dice, y se marcha a toda prisa.

Lo sigo con la mirada y noto que se me escapa el aire. Esto no es ni medio normal. Sí, hago bien en marcharme ahora que estoy a tiempo. En cuanto tome distancia lo veré todo con claridad.

36. Quiero que se quede

Duncan

Quiero que se quede. Lo sé en cuanto me alejo de ella y comienzo a hacer la maleta. Necesito encontrar alguna excusa para pedírselo sin quedar como un pringado. No puedo separarme de ella justo cuando empezamos a entendernos. Necesito averiguar lo que me pasa antes de que ella se suba a un avión que la enviará a miles de kilómetros de distancia.

Cuando estamos en el coche, conduzco en un silencio que ella no se esfuerza en romper. Está mirando por la ventanilla y parece pensativa. Me encantaría parar el coche, cogerla de los hombros y zarandearla para que entre en razón. No se puede marchar justo ahora. No puede hacerlo porque... cada vez me gusta más. En un puñado de días ha puesto mi vida patas arriba y ahora no puedo comer, no puedo dormir, no puedo bañarme y no puedo hacer nada sin pensar en ella. No es justo, quiero ponerle remedio. Quiero que se quede para averiguar si tal vez tenemos un futuro juntos. Sin embargo, sé que como le cuente todo lo que siento se asustará, se montará en el tren y jamás volveremos a vernos.

Aparco delante de la estación de trenes y ella coloca la mano sobre el picaporte. Tengo que decírselo ya.

—Bueno... ha llegado la hora de despedirnos...

—No te vayas —le digo, y parece una súplica desesperada.

Ella me mira asombrada.

—Duncan, tienes que ir a la boda de tus padres, y yo...

—España seguirá en el mismo sitio.

—Tengo una empresa que dirigir y que no está pasando por un buen momento.

Quiero gritarle que le prestaré el maldito dinero, pero sé que si le digo algo semejante ella me gritará que no necesita una limosna.

—Estoy a un día y medio de viaje de la casa de mis padres. Podríamos aprovechar el viaje en coche para hacer algunas paradas. Me encantaría enseñarte algunos sitios que te dejarían boquiabierto.

—Me encantaría —admite ilusionada, y durante unos instantes yo también me hago ilusiones. Hasta que ella sacude la cabeza y suspira—. Pero no vine aquí para eso. No puedo. Debería regresar a España y decirle a la gente que me contrató que les he fallado.

—Cuando acabe el viaje, puedes intentar convencerme de que firme el contrato. Escucharé todo lo que tengas que decirme y tomaré una decisión en base a lo que me digas.

Ella me mira como si estuviera bromeando.

—¿Hay algún tipo de truco? —pregunta con recelo.

—No.

—¿Y tú qué ganas con esto?

—Disfrutar de tu compañía.

La pelirroja se queda tan sorprendida que durante unos segundos no reacciona. Solo me mira... pensativa. Me encantaría saber lo que está tramando para adelantarme y mover ficha. Le diría lo que fuera para que se quedara a mi lado.

—¿Solo eso? ¿Mi compañía?

—¿Te parece poco?

Sonríe sin poder evitarlo. Vuelve la vista hacia la estación de trenes y se me acelera el pulso. *Mírame, por favor.* Tarda un segundo, dos, tres, cuatro... hasta que se vuelve hacia mí con una sonrisa prudente en los labios.

—No sé si fiarme de ti. ¿Me das tu palabra de que estás abierto a negociar? Sin trampas. No me lo digas para que me quede.

—Confía en mí. Escucharé la oferta y decidiré si me interesa. ¿Crees que puedes convencerme para que firme ese contrato?

—Si estás dispuesto a escucharme...

—Lo estoy.

—Vale.

—¿Vale?

La pelirroja se abrocha de nuevo el cinturón. Sigo esperando su respuesta, hasta que comprendo que acaba de dármele. Piso el acelerador y dejo atrás la estación de trenes antes de que se lo piense mejor.

—Duncan McGregor, te mataré si me la juegas, ¿entendido?

—No me atrevería.

En mi cabeza hay un montón de preguntas que no me atrevo a formular. La más importante de todas: ¿se queda conmigo porque le importo, o lo hace solo para conseguir que firme el contrato? No lo sé, pero estoy convencido de que lo averiguaré dentro de poco...

37. ¿Por qué le he dicho que sí?

Malena

¿Se puede saber qué estoy haciendo en el coche de Duncan? Debería estar en un tren camino de Edimburgo. Sin embargo, estoy sentada en el asiento de copiloto tras haber aceptado una propuesta absurda. Esto no es propio de mí. Tengo obligaciones que atender, una empresa que dirigir y cuentas que rendir.

El contrato. Estás aquí por el contrato.

¡Sí! No.... ¿A quién quiero engañar?

Me muevo con incomodidad sobre el asiento. Ni yo misma me entiendo. Sé que me he dejado llevar cuando le he dicho que sí. Me digo a mí misma que lo hago para conseguir que firme ese contrato, pero sé que no es del todo verdad. También estoy aquí porque me tiene intrigada y necesito desentrañar el misterio que supone Duncan McGregor.

Y por el contrato.

Lo pienso y me siento menos culpable. Conseguiré que lo firme. Tengo que hacerlo. Él está más receptivo y aprovecharé la oportunidad para engatusarlo. Regresaré a España con el contrato, me pagarán una buena comisión y salvaré a mi empresa de la quiebra. ¿No es fabuloso?

Mi estómago ruge con furia, y no es de hambre. Oh... oh...

—¡Para!

Consigo encontrar el botón de la ventanilla antes de causar una catástrofe. Saco la cabeza por fuera y lo que sucede a continuación te lo puedes imaginar. Malditos chupitos. El coche se detiene a un lado del arcén y salgo del vehículo dando tumbos y con la cara pálida. No sé qué es peor, la resaca o que él me vea en este estado tan lamentable.

Duncan me tiende una botella de agua y le doy un trago.

—¿Te encuentras bien?

—Necesito hacer una parada.

—Hay un área de servicio ahí detrás.

Duncan me acaricia la espalda y el contacto me reconforta. ¿Cuánto tiempo hace que no dejo que nadie cuide de mí? Nunca he tenido una relación de verdad con otro hombre. Escarceos, sexo sin compromiso que se alargó hasta que le puse fin... porque el hombre adecuado no llegaba a mi vida. Me sorprende lo bien que me siento cuando él cuida de mí. Es inesperado... y me gusta. Quizá podría acostumbrarme a esta sensación.

Un momento, ¿qué estoy diciendo? Duncan y yo jamás seremos esa clase de pareja. Él tiene su vida en Escocia y una legión de ex a cuál más famosa. Por el contrario, mi lugar está en España, intentando sacar a flote a mi empresa. Ni siquiera estoy segura de que él me vea como algo más que una mujer con la que acostarse. Supongo que hace todo esto para conseguir que me vaya a la cama con él. Es el único sentido que le encuentro a este viaje. Él tiene sus motivos, y yo tengo el contrato. Cuanto antes me haga a la idea mucho mejor para ambos.

—Siento estropearle el viaje.

—No pasa nada. Nos vendrá bien estirar las piernas.

Agradezco que le reste importancia y vuelvo a montarme en el coche. Cinco minutos después y tras aguantar varias arcadas, Duncan aparca en el área de servicio. Salgo del coche y me dirijo

hacia unos matorrales. Por suerte, no sucede nada. Supongo que tengo el estómago tan vacío que ya no puedo echar nada.

—¿Mejor?

—Sí —respondo aliviada—. No me puedo creer que me emborrachase con un grupo de jubiladas.

—No son unas jubiladas cualquiera —bromea él—. ¿Quieres dar un paseo? Cerca de aquí hay un mirador con unas vistas impresionantes. Te vendrá bien un poco de aire puro.

La idea de una caminata no me seduce demasiado en este preciso momento. No obstante, la de volver a esa carretera llena de curvas tampoco.

—¿Quedan muchas curvas?

Duncan se ríe.

—Unas cuantas. Siento decirte que el camino es casi todo lleno de curvas.

Genial. La cosa mejora por momentos.

—Espero que las vistas merezcan la pena... —digo, y sigo sus pasos.

—No sé de qué te quejas. *Bealach na ba* es una de las carreteras más famosas de Escocia. Conducir por sus curvas y pendientes es toda una experiencia inolvidable.

—Ahí te doy la razón —respondo con sequedad.

Él se ríe. Ascendemos por un camino sinuoso y estrecho. Bobby nos adelanta y comienza a ladrar de alegría. Conforme vamos tomando altura, puedo observar los meandros del río perfectamente dibujados. Hay que reconocer que el paisaje es espectacular. Carreteras serpenteantes, montañas tapizadas de verde y un pintoresco pueblo costero a lo lejos. Estoy tan emocionada que acelero el paso y me olvido de mi malestar inicial. Duncan tiene razón, el lugar es demasiado bonito para dejarlo escapar. Hablando de Duncan...

Me detengo cuando me doy cuenta de que lo he dejado atrás. Él está resollando y con el rostro ligeramente sonrojado a causa del esfuerzo.

—Vamos, McGregor, ¿te pesa el culo!

—¿Eres humana? —se queja, visiblemente ofendido—. Hace unos minutos estabas hecha papilla.

—Hace unos minutos no tenía estas vistas.

Lo cojo de la mano para tirar de él. Duncan suspira y me sigue a regañadientes. Bobby le ladra para que se dé prisa.

—A alguien empieza a pesarle la cuarentena...

—¡Tengo treinta y nueve años!

—Pues eso.

Entrelazo mis dedos con los suyos y soy consciente de que es la primera vez que tomo de la mano a un hombre. Una sonrisa de ilusión se dibuja en mis labios. Gracias a Dios, él no la nota porque está demasiado ocupado tomando aire.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste a correr? Estás en baja forma. Qué decepción.

—Hace tres semanas. No estoy en baja forma, lo que pasa es que tú eres hiperactiva.

—¡Mira, qué vacas tan monas! —señalo hacia un grupo de vacas marrones que pastan a lo lejos. Tienen unos cuernos enormes y un mechón de cabello sobre los ojos—. Tienen flequillo.

—Son vacas de las tierras altas.

—¿Podemos acercarnos?

—A cierta distancia. Es una especie muy tranquila, pero no debemos molestarlas si no queremos llevarnos una sorpresa desagradable.

Nos acercamos unos metros y saco el móvil para tomarles varias fotos.

—Son una monada.

—Y la mejor carne del país.

Tuerzo el gesto. No soy capaz de verlas como un chuletón en este momento. Bobby les ladra con furia y tengo que acariciarlo para que se calme. Las vacas ni se inmutan.

—¿Por qué llevan flequillo?

—Es un mecanismo de protección contra el frío, el viento, los insectos... Su pelaje tiene una doble capa que las ayuda a soportar los duros inviernos de las tierras altas.

Antes de que pueda detenerlo, Bobby sale disparado hacia la manada de vacas.

—¡Bobby, vuelve aquí! —le ordena Duncan.

—¿Crees que corre peligro? —me temo, al ver que se planta delante de una de ellas y le ladra enseñándole los dientes.

—Pueden correr a cuarenta kilómetros por hora... no sé qué decirte.

Le doy un empujón.

—Ve a por él.

—¿Yo? —sueno asustado—. ¿Y por qué no vas tú?

—Es tu perro.

—Tú fuiste la que sugirió que nos acercásemos.

—No soy de este país, no deberías tener en cuenta mis opiniones.

—Mierda, la vaca se está poniendo nerviosa.

Tiene razón. La vaca da una coz con la pata trasera y agacha la cabeza apuntando a Bobby con sus cuernos.

—Yo la distraigo y tú vas a por Bobby —le digo.

Duncan me mira como si hubiese perdido la cabeza.

—No —comienza a caminar hacia las vacas con las manos en alto—. Yo las distraigo y tú te acercas a Bobby. Es mi perro, no puedo dejar que corras ese riesgo.

—Vale.

—Pensé que ibas a insistir más.

—Este es un trabajo para Mr Incredible —le guiño un ojo.

Duncan parece asustado, pero se acerca a las vacas con los brazos en alto.

—¡Eh! ¡Estoy aquí!

Las vacas ni se inmutan. Camino lentamente hacia Bobby lo llamo con voz melosa.

—Eh, chico, ven aquí. Te daré galletas...

La vaca muge y suelta otra coz.

—¡Deja a mi perro en paz, vaca asquerosa! —le grita Duncan.

Como si lo hubiera entendido, la vaca cambia de sentido y comienza a trotar hacia Duncan hasta que aumenta de manera peligrosa a velocidad. Agarro a Bobby del collar y nos alejamos a toda prisa. Duncan echa a correr cuando la vaca intenta darle una cornada. Una enorme roca me impide ver nada más. Escucho un grito y me tapo la boca con las manos.

—¡Duncan!

Le pongo la correa al perro y echo a correr hacia allí. No hay rastro de Duncan ni de la vaca por ninguna parte. Muy cerca de la roca que me tapaba la vista, hay un terraplén con varios metros de caída. Mi corazón se salta un latido. ¿Y si...?

—¡Duncan! Oh, Dios mío... ¡Duncan!

Se me saltan las lágrimas y grito su nombre una y otra vez cuando asomo la cabeza por el

terraplén. Abajo hay unos matorrales, tal vez esté herido y oculto por la espesa vegetación. Estoy a punto de descender cuando alguien me toca un hombro.

—Estoy aquí.

Suelto un suspiro de alivio y me vuelvo hacia él. Lo abrazo con fuerza y él parece tan sorprendido como yo de mi reacción.

—Pensé que... —escondo la cabeza en su pecho y no puedo parar de temblar.

—¿Me había matado?

—¡Sí!

—Vivito y coleando, nena. Me he escondido detrás de la roca cuando la vaca vino a por mí.

—Menos mal...

Duncan me acaricia la mejilla y mis pulsaciones se aceleran. Mi cuerpo y el suyo encajan a la perfección. Su piel desprende un calor tan reconfortante que podría quedarme para siempre abrazada a él.

—Estás coladita por mí, admítelo.

Le doy un empujón y lo fulmino con la mirada.

—Veo que el golpe no te ha afectado el cerebro, sigues siendo el mismo idiota de siempre.

—¿Es demasiado tarde para besarte?

Me alejo caminando y tiro de la correa de Bobby. Se lo he puesto en bandeja.

—Sería un broche de oro para mi gesto de heroicidad, ¿no crees?

Sonrío sin poder evitarlo y sigo dándole la espalda.

—Estabas muerto de miedo.

—Sí —admite sin un ápice de disimulo—. Por eso mismo deberías premiarme con un beso.

—No voy a besarte.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Te mueres de ganas.

—¿Qué sabrás tú!

—¡Duncan! —imita mi grito desgarrador—. ¡Oh, Duncan! Nunca volveré a ver tus increíbles abdominales.

Pongo los ojos en blanco.

—Si me quieres besar y eres demasiado cobarde para hacerlo, no me pases la pelota.

Él se queda callado. Acelero el paso y lo dejo atrás. A saber lo que estará pensando. Me detengo de golpe cuando llegamos hasta el mirador. Lo noto detrás de mí, respirando sobre mi nuca. Mi corazón se acelera y no sé si es por su culpa o por el paisaje tan maravilloso que tengo ante mis ojos.

—Las montañas de Cuillin —me dice, y su voz me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja—. Si te fijas, se pueden ver las Islas de Skye y Raasay.

Lo que veo es tan hermoso que no tengo palabras para describirlo. Los picos nevados de las montañas se funden con las nubes. El agua turquesa salpica el paisaje. Es como una postal que guardaré para siempre en mi retina.

—Qué maravilla...

—Malena.

Me sobresalto cuando me llama por mi nombre. Apenas me doy cuenta de que me sostiene por los hombros cuando me gira lentamente hacia él. Sus ojos oscuros me miran con una intensidad que me desarma. No ocultan el deseo, las ganas, la pasión... todo lo que callamos. Sus manos me

acarician los brazos en un movimiento descendente hasta que se clavan en mi cintura.

—¿Qué vas a hacer?

—Dejar de ser un cobarde.

Aplasta su boca contra la mía y juraría que estoy soñando, porque tengo la impresión de que mis pies se levantan del suelo. Duncan me besa de una manera que me desarma. Al principio con cautela, acariciando mis labios de una manera que me deja con ganas de más. Separo los labios para sucumbir a un beso que se lo lleva todo. Las reticencias, los malentendidos y las escasas defensas que seguía interponiendo entre nosotros. Su lengua me busca con una desesperación que me vuelve loca, y cuando encuentra la mía, se le escapa un gruñido de satisfacción. Me besa como nunca me habían besado y eso me encanta. Con una mezcla de rudeza y delicadeza que me desarma. Deleitándose, sin prisas, tomándolo todo de mí. Sus manos me acarician la cintura y me atraen hacia su cuerpo, como si creyera que voy a escapar. Me hierve la piel y tengo tantas ganas de él que temo estar delirando.

Una de sus manos se entierra en mi pelo y me obliga a echar la cabeza hacia atrás. Lame el hueco de mi garganta y luego deja mordisquitos sobre mi cuello. Se me escapa un gemido que él acalla con otro beso. Este es más rudo y hambriento. Salvaje, animal, primitivo. Prueba de que las ganas que nos tenemos son irracionales. Mis manos cobran vida propia y le acarician los brazos. Le recorro los bíceps para después acariciarle el pecho. Está más duro que una roca. Quiero quitarle la ropa y hacerle de todo. Quiero que él me haga de todo. Quiero...

—Más... —se me escapa.

—Pelirroja... —murmura, antes de enterrar la cabeza en mi escote—. Pelirroja, me vuelves loco.

Se me escapa una risilla cuando él me lame el escote y mete una mano por dentro de la cinturilla de mis pantalones. Pierdo la cabeza cuando me acaricia por encima de las braguitas. Estoy empapada y él se da cuenta. Entreabro los ojos para mirarlo y de repente veo seis pares de ojos que están abiertos de par en par.

—¡Duncan!

—Sí, nena, di mi nombre...

—¡Duncan! —lo aparto de un empujón y señalo a la familia que nos está mirando como si fuéramos unos degenerados.

Un padre, una madre y un crío al que su madre le tapa los ojos. A Duncan se le cambia la expresión y se tapa la erección como puede.

—Estamos... eh... ensayando para una escena —dice, y me coge de la mano para arrastrarme colina abajo.

El corazón se me va a salir del pecho cuando echamos a correr como dos adolescentes a los que han pillado en plena faena. Bobby cree que es un juego y comienza a ladrar. Llegamos jadeando al coche en un tiempo récord. Seguimos cogidos de la mano y ambos estamos colorados a causa de la carrera. Y también de lo otro.

Duncan se pasa las manos por el pelo y mete la mano en su bolsillo para buscar la llave del coche. Se le cae al suelo y masculla una maldición. Está nervioso.

—Está atardeciendo. Deberíamos seguir y buscar un sitio para pasar la noche.

—Sí.

Me siento en el coche y no sé a dónde mirar. Madre mía... se nos ha ido la cabeza. Él arranca el coche y fija la vista en la carretera. Sé que me está ignorando cuando transcurren cuarenta y cinco minutos en los que evita mi mirada y finge centrarse en la conducción. Apoyo la cabeza en

la ventanilla y cierro los ojos. Ahora sí que no entiendo nada.

38. ¿A ti qué te pasa?

Malena

Como siempre, Tana demuestra que es de lo más inoportuna. Me llama justo cuando no puedo hablarle abiertamente de mis sentimientos porque tengo a Duncan a mi lado. Le cuelgo dos veces antes de darme por vencida.

—¡Me dijiste que te llamara! —se queja cuando le cojo el teléfono.

—No es un buen momento.

—Oh... entiendo que él está ahí.

—Sí.

—Podemos hablar en clave.

—Mejor te llamo luego.

—¿Te has acostado con él? —me grita, y lo hace tan alto que temo que Duncan la haya oído.

Lo miro de reojo. Sigue conduciendo ajeno a todo. Me encantaría preguntarle por qué diablos lleva todo el camino sin dirigirme la palabra. ¿Se arrepentirá de haberme besado?

—No.

—¿Te ha firmado el contrato? —pregunta esperanzada.

—No.

—¿Y qué se supone que estás haciendo en Escocia?

En este momento ni yo lo tengo claro...

—Trabajar.

—¿Trabajar o trabajártelo?

—¡Tana!

Duncan me mira intrigado. Respiro profundamente e intento mantener la compostura.

—¿Te gusta?

—Puede —le confieso agobiada.

A Tana se le escapa un chillido histérico.

—¿Y tú le gustas?

—Supongo.

Otro gritito de colegiala. Me muerdo el labio cuando Duncan me mira de reojo.

—O sea, que estás colada por él. Me dijiste que...

—Ya sé lo que te dije —la interrumpo de repente malhumor—. La situación ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—En un sentido que no puedo explicarte en este momento.

—Vale —lo deja estar, y hasta a mí me sorprende—. Pero ándate con ojo con él. Hazme ese favor. Lo que te dije iba en serio. Es un embaucador de mucho cuidado, o eso dicen de él. No quiero que te haga daño.

Ni yo.

—Descuida. Tengo que colgarte.

Me quedo completamente deshecha cuando le cuelgo. Tana tiene razón, debería tener cuidado con Duncan. ¿Y si me estoy haciendo ilusiones por nada? Apoyo la cabeza en la ventanilla y finjo estar pendiente del paisaje. Nunca me había sentido tan perdida.

39. ¿Y si quiero más?

Duncan

Estoy tan desbordado por lo que sucedió hace unas horas que ni siquiera soy capaz de mirarla a los ojos. Nos besamos. O mejor dicho, la besé y ella reaccionó como jamás habría esperado que lo hiciera. No me rechazó. No me golpeó. Respondió al beso con una ferocidad que me sorprendió y entonces sí que estuve perdido. No pierdo el control cuando se trata de una mujer, ¿qué me pasa con ella? De no haber sido por la inesperada interrupción, le habría hecho el amor allí mismo. Mi pene da saltos de alegría ante la idea. Trago con dificultad e intento mantener la vista en la carretera. A veces la miro de reojo, pero ella está tan absorta en el paisaje que no se percata.

No puedo culparla. Estamos atravesando toda la costa oeste de las Highland y el paisaje merece que ella no se pierda ningún detalle. La vegetación, las montañas altas, el horizonte de un verde infinito que se funde con el salvaje océano, el ganado pastando al aire libre, las aves, las carreteras al borde de los acantilados rocosos... un regalo para la vista que la tiene completamente hechizada. Podría haber tomado un atajo para llegar a mi destino, pero quería regalarle la oportunidad de conocer mi país a través de un viaje en coche que no olvidará en la vida.

Joder, estoy perdido. La pelirroja me ha dado esperanzas y por Dios que no pienso desperdiciar la oportunidad de conquistarla. ¿Qué puedo decir? Ella me tiene cautivado y me encantaría que sintiera lo mismo por mí. El beso ha avivado la llama de un deseo incandescente y, mientras la tenga a mi lado, voy a hacer todo lo posible para hacerla mía.

—¿Estás cansada?

—No —responde, encantada de la vida—. Estos paisajes piden que los fotografíen a gritos.

—Está a punto de anochecer. Vamos a parar en un sitio que creo que te va a encantar.

La pelirroja apenas levanta la vista de la ventanilla.

—Vale.

Me decanto por Lochcarron, un pintoresco pueblecito de pescadores a orillas del lago Carron. Un remanso de paz y tranquilidad repleto de puentes, cascadas y estanques. Solía venir aquí de pequeño. Es el sitio ideal para hacer una pequeña excursión, cenar algo decente y descansar. Ella está tan entusiasmada que casi salta del coche en marcha. Sale corriendo hacia el lago y se le escapa un suspiro maravillado. Daría lo que fuera por hacerla feliz cada minuto de mi vida. Un momento ¿acabo de pensar eso? Estoy tan impresionado por mis propios pensamientos que me cuesta salir del coche. Cuando por fin lo hago, ella está de espaldas a mí con la vista clavada en el lago.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

—Creí que te gustaría...

—Me encanta —habla sin mirarme y me doy cuenta de que hay algo oculto en su tono de voz—. Tengo la impresión de que estás tomando la ruta más larga, ¿o me equivoco?

—No —respondo con naturalidad—. No podía desaprovechar la oportunidad de enseñarte las maravillas de mi país.

La abrazo por detrás y ella no se resiste. Es una cabeza más baja que yo. La altura ideal para que apoye mi boca sobre su coronilla y sienta que el mundo es un lugar mejor desde que ella

apareció en mi vida. Ojalá consiga retenerla para siempre. Quiero que esté a mi lado, tal vez para siempre. Sé que suena a locura. Me asusta y me emociona la posibilidad de haber encontrado lo que llevaba tanto tiempo buscando.

—¿Por qué este sitio? —exige saber—. Dime la verdad.

—Solía venir aquí a pasar el día con mi familia. En verano nos bañábamos en el lago y en otoño veníamos a pescar. Echo de menos esos días.

—Suena idílico.

—Para mí lo era.

—Yo nunca tuve algo parecido —me confiesa con timidez—. No quiero decir que mi infancia fuese mala... es solo que... mi padre falleció cuando era una cría y mi madre tuvo que trabajar de sol a sol para sacarme adelante. No teníamos tiempo para excursiones. Tampoco la culpa, se desvivió por mí. Murió poco antes de que yo entrase a la universidad. Un tumor cerebral inoperable.

No llora. Me lo cuenta con un dolor desgarrador que después de tantos años la sigue oprimiendo. No sé qué decir ni qué hacer para consolarla. La estrecho entre mis brazos y le doy un beso en el pelo.

—¿Tienes más familia?

—No.

—No me quiero ni imaginar lo duro que debe haber sido para ti. Lo duro... que debe ser.

—Te vas acostumbrado —dice con cierta frialdad—. Las navidades, las celebraciones... aprendes a pasarlas sola. No me malinterpretes, siempre he añorado el calor de un hogar. Pero es lo que hay.

Quiero gritarle que no es lo que hay. Yo podría ser su hogar. Su fortaleza. El lugar seguro al que acuda cada vez que necesite sentirse amada.

—Lo siento.

—¿Por qué? —pregunta sorprendida—. Tú no tienes la culpa.

Se vuelve hacia mí y me mira de una forma que captura hasta mi alma.

—Aunque de algo sí que eres culpable. ¿Se puede saber por qué estás tan raro desde que nos besamos?

La pregunta me pilla desprevenido y no sé qué contestar. No me atrevo a ser sincero porque no quiero asustarla. ¿Cómo le digo que la amarraría al asiento del copiloto y la llevaría a un lugar remoto para que no pudiese escapar de mí?

—¿Te arrepientes?

—No —respondo, extrañado de que se le pase por la cabeza tal tontería. Creí que mi fogosidad le había dejado claras mis intenciones—. Ni por un segundo.

—¿Entonces?

—Entonces... pelirroja, tenemos un problema. Quiero hacerte el amor ahora mismo y llevo conteniéndome desde que nos montamos en el coche. Me tienes cautivado por completo. Métete en esa cabecita tan dura que de lo último que podría arrepentirme en esta vida es de haberte besado.

A ella se le escapa el aire y me mira impresionada.

—¿Quieres hacerme el amor o quieres follarme?

Se me hace un nudo en la garganta. Mi polla se mueve en la bragueta. Quiero hacerle de todo y me conformaré con lo que ella me permita.

—¿Es una pregunta con trampa?

—No quiero que me hagas el amor, Duncan... —me provoca con voz ronca, y acompaña sus

palabras de una mirada seductora—. Quiero que me folles.

—Me parece bien.

Enarca una ceja.

—¿Te parece bien?

—¡Ven aquí! —exploto, y la agarro por la cintura. La beso con tanta exigencia que sus labios se hinchan. Le agarro una mano y la llevo hasta mi erección—. ¿Satisfecha de lo que has conseguido?

—Sí —jadea.

—Maldita seas... —gruño, y la arrastro hacia el coche.

Ignoro los ladridos del perro y me siento en el asiento del conductor. La pelirroja se sienta a horcajadas encima de mí y mi erección da un salto. Los dos gemimos ante ese pequeño roce. Mierda, no estaba preparado para esto. ¿Tendré condones en la guantera? Me olvido de ese insignificante detalle cuando ella me acaricia por encima del pantalón.

—Oh... joder...

—¿Te gusta? —pregunta juguetona en mi oído.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—Joder... me vas a matar.

—¿Paro? —me muerde el lóbulo de la oreja y deja la mano quieta.

—Pelirroja... por Dios... ¿quieres matarme?

—Quizá debería moverme así...

Mueve sus caderas hacia delante y hacia atrás como si me estuviera follando. Me va a explotar la polla. Le clavo las manos en el culo y ella aprieta los muslos.

—No sabía que fueras tan traviesa...

—¿Te gusta? —ronronea, y me muerde el labio—. ¿Quieres más?

—Sí...

Me tiene a sus pies. Estoy acostumbrado a ser yo quien tome la iniciativa y esto es demasiado para mí. Demasiado bueno. Tanto que temo correrme con los pantalones puestos. Ella se frota contra mi entrepierna y se me escapa un gruñido. Estiro el brazo para abrir la guantera y ella me da un guantazo.

—¿No prefieres tocarme a mí?

—Estoy... buscando... un preservativo —me cuesta respirar cuando me besa el cuello y comienza a desabrocharme la camisa.

—¿Quieres terminar tan pronto? —su lengua me lame el pecho y va directa al pezón izquierdo. Se me escapa otro gruñido cuando lo mordisquea—. Me dejas a cuadros, Duncan. Pensé que eras más prometedor...

Dejo de rebuscar en la guantera y la miro con el ceño fruncido.

—¿Estás jugando conmigo? —presiono su trasero contra mi erección y ella entrecierra los ojos—. ¿Esto es lo que quieres?

—Sí —jadea.

Busco sus labios y la beso con rabia. Ella me devuelve el beso con un ansia que me vuelve loco. Nos separamos con la respiración acelerada y una de mis manos va directa a sus tetas. Le subo la camiseta y soy tan bruto que le rompo el sujetador. Lejos de quejarse, a ella le encanta. Succiono uno de sus pezones y ella se vuelve loca.

—No pares...

Su mano va directa a mi erección. La frota como si supiera qué hacer para ponerme a punto. Oh... joder... esta mujer va a matarme. Tengo que hacer algo o de lo contrario me correré con los

pantalones puestos. No quiero quedar como un idiota con ella, así que la empujo y ella me lanza una mirada furiosa y acalorada. La recuesto sobre el volante y me regala una imagen gloriosa. La de sus tetas redondas y su expresión enrojecida por el deseo.

—¿Qué haces? —se queja.

Le pongo un dedo en los labios para que se calle. Meto mi mano dentro de sus vaqueros y a ella se le escapa un suspiro. La acaricio por encima de las braguitas y no me sorprende encontrarla tan mojada.

—Estás empapada...

Me mira a través de sus ojos vidriosos. Su cabello de fuego cayéndolo sobre los pechos, los labios hinchados y expuesta ante mí. Supera la mejor de mis fantasías. Deslizo el dedo índice por sus pliegues tal y como sé que la volverá loca. Ella arquea las caderas y se muerde el labio.

—Ah... Duncan...

Aparto sus braguitas y le acaricio la vulva. Ella cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

—Eres una puta diosa...

—Háblame. Dime cosas que me pongan a cien... —me exige, completamente excitada.

Deslizo un dedo por sus labios y ella vuelve a gemir. Está entregada, expuesta... sin un ápice de vergüenza. Le aprieto un pecho y apoyo mi pulgar contra su clítoris. Su estómago se contrae. Está casi a punto.

—¿Quieres que te trate como a una perra? ¿Es eso lo que te gusta?

Abre los ojos de par en par. Temo haberme pasado de la raya. Ella se muerde el labio y echa la cabeza hacia atrás.

—Sí... —admite con voz ronca—. Hazme lo que quieras.

—Lo que quiera... —sonríe de manera perversa y la penetro con un dedo—. Quiero comerte el coño. ¿Te parece bien?

—Joder, ¡sí!

Le estoy bajando los pantalones cuando las luces de un coche nos deslumbran. Los dos nos quedamos congelados y ella se tapa como puede.

—¿Pervertidos? —se asusta.

Observo el color del coche y casi me da un infarto.

—Mierda, vístete. La policía.

La pelirroja salta hacia el asiento de al lado y se baja la camiseta. Se tapa la cara visiblemente avergonzada. Casi me haría gracia de no ser porque un par de agentes uniformados se acercan a nuestro coche.

—¡Todo esto es culpa tuya! —me golpea furiosa.

—¿Mía? —pregunto atónito, y abro la puerta del coche—. Hace unos segundos no eras tan remilgada.

—Arregla esto —me exige, y se hace un ovillo en el asiento cuando uno de los policías la enfoca con una linterna—. Si quieres tener tu final feliz...

Oh... joder. Salgo del coche y me acerco a los policías con cara de circunstancia. Lo que me veo obligado a hacer para echar un polvo...

40. Encajamos

Malena

Nos hemos librado después de que Duncan pague una buena multa. Hemos hecho una reserva en un pequeño hotel, y justo cuando mi corazón daba saltitos de emoción porque creía que íbamos a terminar lo que habíamos empezado, él se dirige al bar del hotel. No sé si lo hace para martirizarme o porque de verdad está hambriento.

Ahora tengo delante una sopa de salmón y soy incapaz de probar bocado. Estoy acalorada y te puedes imaginar por qué. Recuerdo sus manos en mi cuerpo, especialmente en esa parte tan sensible de mi anatomía, y me vuelvo loca. Me llamó *perra*. Me gustó que lo hiciera. Me encantó descubrir que a él también le gusta el sexo rudo. Lo contrario habría sido una decepción.

—¿No tienes hambre?

—Prefiero pasar al postre... —sugiero con picardía.

—La sopa de salmón está deliciosa, lástima que no tuvieran de almeja.

Me atraganto con la cucharada de sopa que acabo de llevarme a la boca. Una sonrisa perversa asoma a sus labios.

—¿He dicho algo malo?

Así que quiere jugar... Bien, yo también puedo hacerlo. Me descalzo el pie derecho y estiro la pierna en busca de... oh, qué sorpresa, su amiguito está contento. Duncan da un respingo cuando le acaricio la erección con la punta del pie.

—¿Qué haces? —su voz suena estrangulada.

—¿No te gusta?

—¿Te parece un buen lugar para hacer de las tuyas?

—Creí que en el coche te había quedado claro lo que quiero...

Duncan suelta la cuchara y me mira tensamente. Presiono el pie contra su bragueta y se le cambia la expresión. Hace lo que puede para disimularlo y yo sonrío.

—¿Quieres que nos arresten por exhibicionismo?

Me inclino hacia él y le acaricio la boca con la mía.

—Quiero que subamos a la habitación y terminemos lo de antes. No tienes aguante, Duncan. Qué decepción. ¿Tan mal te sientan los cuarenta años?

—Ven aquí —me coge del codo y subimos a toda prisa por las escaleras—. Te estás ganando un castigo.

Me golpea el trasero y me emociono ante la idea de ser castigada. Duncan forcejea con la cerradura y, antes de que pueda abrir la puerta, le coloco una mano en el pecho.

—¿Por qué me has hecho esperar?

—Porque necesitaba enfriarme. No quería correrme a los tres segundos de empezar.

Está furioso. Su confesión me deja tan excitada como impresionada. Eso sí que no me lo esperaba. Se le caen las llaves al suelo y suelta una maldición. Está nervioso. Oh, Dios, está nervioso por mi culpa. Me parece tan adorablemente sexy que le acaricio la mano para quitarle las llaves, me pongo de puntillas y presiono mi boca contra la suya con suavidad. Me derrito como el caramelo cuando él me acaricia los hombros y me devuelve un beso de lo más tierno. Entrecierro los ojos y lo miro desconcertada. Puede ser realmente dulce cuando se lo propone.

—Me gustará hagas lo que hagas —lo tranquilizo. Jamás me habría imaginado que Duncan pudiera ser tan susceptible.

—Lo dices para que me sienta mejor.

—¿Te di la impresión de no haber disfrutado lo que me hiciste en el coche? —le toco la mejilla y lo atraigo hacia mí. Acariciar sus labios es una tortura deliciosa a la que podría acostumbrarme

—. Simplemente acaba lo que empezaste...

—Vale.

Meto la llave en la cerradura y le cojo la mano para arrastrarlo a la habitación. Soy yo quien toma la iniciativa cuando comienzo a desvestirme. Duncan se me queda mirando con una expresión indescifrable y eso me exaspera. Sé que es un hombre experimentado, ¿qué le pasa?

—Duncan... ¿sucede algo?

—Quiero mirarte.

Dos palabras que convierten mi piel en fuego. Me quito la camiseta y sus ojos se oscurecen cuando me miran. Creo que es la primera vez que alguien me mira así. Duncan hace que me sienta...

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Me muerdo el labio y me desabrocho el sujetador. Él se sienta en el borde de la cama y me observa sin pestañear. Dejo caer el sujetador y a él se le escapa el aire.

—No es la primera vez que las ves...

—Ven aquí —me pide, y hago lo que me dice.

La cara de Duncan se entierra en mi escote y sus manos me acarician la espalda. Cierro los ojos y suspiro cuando su lengua me acaricia los pezones. Al principio es una caricia erótica y húmeda, pero de repente se convierte en algo más primitivo y me siento a horcajadas encima de él. Su erección presiona contra mis muslos y me provoca un ramalazo de deseo. Una de sus manos me aprieta un pecho y la otra el trasero. Le desabrocho la camisa y él traga con dificultad cuando comienzo a acariciarlo.

—¿No te gusta?

—Todo lo que haces me gusta —aprieta los dientes y me mira consternado—. Demasiado.

—Eso es bueno —le muerdo el lóbulo de la oreja y él me agarra las muñecas.

Lo miro sorprendida y un tanto irritada por su rechazo.

—Lo siento. Te pareceré un imbécil. No quiero durar cuatro segundos, ya te lo dije. No sé qué me pasa.

—Vale —llevo sus manos hasta mis pechos y le dedico una mirada cargada de intenciones—. Podemos pasar a la parte abreviada. No tengo ningún problema con eso.

—Tengo otra idea.

Se me escapa un grito cuando él me coge en brazos y me tumba bocarriba sobre la cama.

—Deja que tome la iniciativa... quiero que te corras.

—Tampoco... tengo... ningún problema con eso... —jadeo.

Él sonrío de lado.

—Bien.

Me desabrocha los pantalones y me los quita de un tirón. Me va dando besos cortos desde el tobillo hasta la parte interna del muslo. Se me escapa una risilla nerviosa cuando se para demasiado cerca de esa parte tan sensible. Suspiro decepcionada cuando vuelve a la carga. Bordea mi ombligo con su lengua, me pellizca un pezón y mordisquea el otro.

—Oh...

Duncan sonríe contra mi piel y me arranca las bragas. Me siento tan excitada que dejaría que me hiciera de todo.  l sigue con la ropa puesta y yo estoy completamente vestida. Esa sensación de vulnerabilidad me pone a cien. Duncan me separa las piernas y apoya la mano contra mi vulva.

—T came... —le pido desesperada.

— Qu  quieres que te haga?

Me tiemblan las piernas.

—De todo.

— Masturbarte? —pregunta con voz ronca, y me acaricia la hendidura con dos dedos.

Separo un poco más las piernas y me llevo las manos a la cara. Joder... esto es demasiado. Duncan me acaricia los labios y gimo como una perra. Me retuerzo sobre las sábanas mientras él me atormenta con las manos.

— Qu  es lo que te gusta? —exige saber con voz dura—. Dímelo.

—Ah... Duncan... joderr...

— Podr as ser más explícita?

Tengo ganas de pegarle por comportarse como un cerdo. Uno que sabe dónde y cómo tocarme para hacer que explote de placer. No soy de las que se cortan al pedir lo que quieren, así que...

—F llame con los dedos y con la lengua.

—Me encanta que seas así —responde satisfecho.

Lo pillo desprevenido cuando lo atraigo hacia mí y le robo un beso. Entonces susurro contra su oído:

— As  de guarra?

Tres palabras que provocan que casi se desmaye. A Duncan le tiemblan los brazos y est  a punto de caerse encima de mí. Le cuesta asimilar lo que he dicho y por unos segundos temo haber metido la pata. Hasta que reacciona y me mira con una sonrisa ladina.

—Te voy a follar con los dedos y la lengua hasta que me pidas que lo haga con mi polla —me advierte, y vuelve a separarme las piernas.

Entierra la cabeza en mi sexo y... oh, joder,  acaba de soplar justo en esa zona? Su lengua se entierra en mis pliegues. Me acaricia, me folla, me tortura. Estoy tan mojada que sus dedos resbalan con facilidad en mi interior. Me penetra con los dedos y me besa justo donde sabe que va a volverme loca. Le grito que quiero más.  M s, más, más! Y no soy dueña de mí misma cuando arqueo las caderas y le exijo que lo haga con su polla. Duncan presiona su pulgar contra mi clítoris y me dejo ir. Mi mundo se desvanece hasta que caigo en un torbellino de éxtasis que me recorre desde las puntas de los dedos de los pies hasta la cabeza.

Recomponerme me cuesta diez segundos en los que él aprovecha para desvestirse. Acaba de quitarse la camisa y va directo a los pantalones. Le agarro la mano y le doy un empujón que lo tira sobre la cama.

—Déjame a mí.

Duncan no parece tener ningún inconveniente. Le recorro el torso con los ojos y comprendo que es el hombre más impresionante que he visto en mi vida. Ya lo sabía, pero tenerlo para mí es un regalo que no pienso desperdiciar. Le desabrocho la bragueta y le bajo los calzoncillos.

— Quieres que te la chupe?

—Joder... pelirroja... como sigas hablándome con esa voz voy a correrme sin que me toques...

Le acaricio la erección con una mano sin dejar de mirarlo a los ojos. Duncan echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y arruga la frente. Cruza los brazos por detrás de su cabeza y entreabre

los labios.

—Chúpamela...

A él se le escapa un gruñido cuando le lamo la punta. Lo hago de manera lenta, como sé que va a gustarle. Hasta que subo el ritmo y le acaricio los testículos con una mano mientras que le hago una mamada que no podrá olvidar en la vida. Duncan me coge del pelo y acompaña el movimiento de mi cabeza.

—Ah... justo así...

Estoy tan excitada que podría tener otro orgasmo sin que él me tocara. Darle placer... saber que lo tengo es mis manos... es algo que me vuelve loca. De repente, Duncan me aparta con brusquedad y me tumba bocarriba.

—No puedo más.

Frota su erección contra mi coño y el placer que me provoca es indescriptible. Separo las piernas y las enredo alrededor de su cintura. Duncan está a punto de penetrarme cuando se le cambia la expresión.

—Mierda.

—Ni se te ocurra parar ahora —le advierto furiosa.

—El preservativo se quedó en el coche, ¿tienes uno?

—No.

Él me mira sin saber qué hacer. Estoy tan excitada que no pienso con claridad. Sé que podría arrepentirme de esto, pero me da igual.

—Hazlo.

—¿Estás segura?

Asiento con desesperación y lo atraigo hacia mí. Duncan ni se lo piensa cuando se agarra la polla con una mano y me penetra. Estoy tan húmeda que entra con facilidad. Se queda dentro de mí un par de segundos, asimilando tanta intensidad. Joder, ¿cómo puede ser posible que encajemos de una forma tan perfecta? No me da tiempo a pensar en una respuesta porque él comienza a moverse. Primero lento... suave... agonizante. Después subo el ritmo... fuerte... desesperado.

—¡Aaaaah!

—¡Joder! —gruñe, antes de correrse dentro de mí.

Se echa a un lado para no aplastarme y se derrumba bocabajo sobre el colchón. Me empiezo a preocupar cuando no reacciona y lo zarandeo.

—¿Te ha dado un infarto?

—Qué manera tan ruin de estropear el momento —se queja, y levanta el rostro para mirarme.

—Si quieres repetimos para que no te quedes con mal sabor...

Duncan tiene la cara encendida a causa del esfuerzo y lo que acabo de decirle. Se tumba de lado y me mira de una manera que me desarma.

—¿Puedo abrazarte?

La pregunta me pilla desprevenida. No era lo que esperaba. Lo miro sin parpadear y ni siquiera sé qué decirle. Suelo largarme en cuanto el sexo termina. Pero ¿a dónde se supone que voy a ir? Y lo más importante ¿quiero irme?

—Sí.

La respuesta brota de mis labios sin que pueda contenerla. Me recuesto sobre su pecho y Duncan me abraza con una ternura que me llega al corazón. Compartimos una intimidad que me desborda y para la que no estoy preparada. Pasan unos minutos hasta que él se atreve a hablar.

—¿Y si te quedas embarazada?

Me inclino sobre su pecho para mirarlo a la cara. A pesar de la inquietud con la que ha formulado la pregunta, está inusualmente tranquilo.

—¿Tan malo sería?

—No.

Estudio su expresión y no sé si creerlo. Él me acaricia la espalda. Está ensimismado.

—Podría hacerme a la idea. No suena mal... ¿no?

Lo miro como si me estuviera gastando una broma y frunzo el ceño. No puede estar hablando en serio. Apenas nos conocemos y no tenemos nada serio.

—Solo lo dices porque crees que es lo que quiero oír —le espeto.

—No —me asegura con naturalidad—. Ni siquiera sé qué es lo que quieres oír en este momento.

—Da igual —estoy tan nerviosa que necesito restarle importancia—. Ni siquiera estoy ovulando. Es prácticamente imposible.

Apoyo la mejilla sobre su pecho y cierro los ojos. Qué locura. ¿Un bebé? Supongo que él se ha mostrado tan generoso porque no quería que me enfadase. Me rindo al cansancio e intento olvidarme del tema. Ha sido una noche de lo más intensa...

41. ¿Qué es lo que siento?

Duncan

¿Qué cojones me pasa?

La pelirroja sigue durmiendo como un angelito y salgo de la cama con cuidado de no despertarla. La observo durante una eternidad. Es tan hermosa que apenas puedo creer que lo de anoche pasara de verdad.

Pero pasó. Y me corrí dentro. Y le dije que no me importaría tener un hijo con ella. ¿Desde cuándo pierdo los papeles de esa manera? Siempre tomo precauciones y lo de ser padre es un tema que me tomo muy en serio. ¿Por qué le dije que no me importaría tener un hijo con ella? ¿He perdido el juicio?

Mierda.

Me encierro dentro del baño y me lavo la cara con agua fría. Se suponía que se me pasaría el calentón después de que nos acostásemos. La realidad es que jamás me cansaré de acostarme con ella y... lo peor de todo; siento una opresión en el pecho a la que no consigo ponerle nombre.

¿Me he enamorado de ella?

La pregunta me planta una sonrisa tonta que se esfuma de inmediato. No puede ser... ¿o sí? Pienso en lo que sucedió hace unas horas. Mi torpeza inicial, el temor a no dar la talla y dejarla insatisfecha. Nunca me había pasado con ninguna mujer.

¿Es amor?

El corazón me late desbocado. No entiendo nada. Ella volverá a su país y yo a mi vida. No tiene ningún sentido. ¡Es una locura! Lo que más me asusta es la posibilidad de que ella no sienta lo mismo.

Vamos, piénsalo con claridad. Ella aceptó tu oferta porque quiere que le firmes el contrato.

La idea de estar en lo cierto me da náuseas. Me encantaría reunir el valor necesario para plantarme delante de ella y exigirle que sea sincera con sus sentimientos. Pero ¿qué hay de los míos? ¿De verdad me he enamorado de ella? Joder, ¿qué cojones es el amor? No tengo ni puta idea. Solo sé que nunca he sentido esto por otra mujer. Me aterroriza que llegue el momento de separarme de ella porque la quiero en mi vida. Porque la necesito. Porque...

Me visto a toda prisa. Bobby está durmiendo en el sofá de la esquina y ni siquiera se inmuta. Los dejo a los dos y salgo de la habitación. Necesito estar a solas, tomar el aire y pensar con claridad.

42. Un desayuno con sorpresa

Malena

—Buenos días, dormilona.

Me hago la remolona e intento seguir durmiendo. Me tapo con la sábana hasta la cabeza cuando Duncan intenta hacerme cosquillas. ¡Duncan! Abro los ojos de par en par y caigo en la cuenta de lo que hicimos anoche. Ay... madre... mía... Lo que me preocupa no es el sexo, ni siquiera la remota posibilidad de un embarazo, lo que me preocupa es el habernos abrazado como si fuésemos una pareja de verdad. Pero vamos a ver, ¿no había aceptado su oferta para que me firmase el contrato? ¡Esto no tiene ningún sentido!

—¡Eh! —me quejo, cuando él me hace cosquillas por encima de las sábanas.

Se me escapa una carcajada y me destapo. Hay una bandeja repleta de comida sobre la mesita de noche. Cruasanes, tostadas, zumo de naranja y café.

—He pensado que tendrías hambre...

Intento no derretirme por el detalle que acaba de tener. Nunca imaginé que Duncan fuera de esa clase de hombres. Le doy un mordisco al cruasán y me percató de que él me observa con una sonrisa tierna.

—¿Qué?

—Nada, es solo que...

Lo miro intrigada cuando deja la frase sin acabar. Le doy un sorbo al zumo y lo dejo sobre la mesita de noche. Duncan es tan guapo que creo que nunca me acostumbraré a mirarlo sin quedar impresionada. Esta mañana, sin embargo, luce hecho un desastre. No se ha peinado y se ha vestido con lo primero que ha sacado de la maleta. Le peino el pelo y él se queda muy quieto.

—Pensé que te gustaba que te tocara.

—Me gusta demasiado, ese es el problema.

—No te entiendo. ¿Desde cuándo es un problema conectar físicamente con otra persona?

—¿Eso es lo que tenemos? —me mira a los ojos de una manera que me hace sentir incómoda.

Dejo caer la mano y él la toma entre las suyas. No sé qué se supone que debo responder. ¿Cómo voy a saberlo?

—Nos hemos acostado.

—Sí.

—Estuvo bastante bien.

—Estuvo mejor que bien. Fue increíble.

Su confesión hace que se me enciendan las mejillas. Tiene razón.

—No sé qué es lo que quieres que te diga. Fuimos dos adultos que tuvieron sexo —le digo de manera mecánica, para no meter la pata—. Y tienes razón: fue increíble.

—Pero...

—No hay ningún *pero* —le aclaro con cierta acritud—. Es lo que hay. A no ser que tú quieras decirme algo más y me pases la pelota porque no te atrevas a contármelo.

—No quiero que te vayas —va directo al grano, y su confesión me deja tan asombrada que abro mucho los ojos—. Todavía no.

—¿Y cuándo prefieres que lo haga? ¿Cuándo te hayas cansado de mí?

Duncan frunce el ceño.

—No es lo que dicho.

—Has dicho: todavía no. ¿Qué demonios significa?

—No lo sé —admite de mala gana.

—¡No lo sabes!

—Al menos estoy siendo sincero. Te pido que no te vayas porque quiero seguir disfrutando de tu compañía. ¿Tan malo es? ¿Tanto te asusta?

Lo que de verdad me asusta es que me deseches como un juguete usado en cuanto se harte de mí. Porque será lo que pase. Se cansará de mí. No tengo nada especial. Solo soy una nueva atracción para él. Y luego... cuando se le pase el calentón... se buscará a otra. Es lo que hace siempre.

—Pelirroja, ¿cuál es el problema? Dímelo, por favor.

No soy capaz de decírselo. Me limito a encogerme de hombros y fingir que soy tan dura como parezco.

—¿Para qué me voy a quedar? Tarde o temprano tendré que volver a España. Esto no tiene ningún sentido, Duncan.

Su mirada se endurece y puedo ver la decepción a través de ella.

—Quédate porque yo te lo pido. Quédate... porque quieres estar a mi lado.

Soy demasiado débil para rechazarlo cuando aproxima su boca a la mía. Sostiene mi rostro y me besa con una entrega que me desarma. Estoy tentada a creer que es mío. Me dejo llevar cuando desliza su lengua por mi labio inferior provocando que mi corazón se acelere. No puedo más. Enrollo mis brazos alrededor de su cuello y respondo a su beso. Es tan delicado... cada beso es tan diferente... que tengo que asumir emociones nuevas cada vez que nos besamos. La montaña rusa de las emociones. Es tan...

—Quiero presentarte a mi familia.

—¡Qué!

La bomba nuclear que acaba de soltar me ha cortado el rollo. Lo miro como si estuviera bromeando, pero Duncan está muy serio.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Todo es tan precipitado que me da vértigo —admito asustada.

—No quiero agobiarte. No hagamos planes a largo plazo. Quédate conmigo hasta que te apetezca marcharte, ¿tanto te pido?

—¿Y si no me apetece irme a ningún sitio?

La sonrisa de Duncan se ilumina.

—Ojalá.

43. Podría funcionar

Duncan

Sí, me he enamorado de ella. ¿Qué pasa? Ahora solo tengo que explicárselo de una manera que no provoque que ella salga huyendo despavorida. Necesito encontrar el momento y el lugar adecuado. Sobre todo necesito encontrar el valor que me falta para confesarle mis sentimientos en voz alta.

Puedo hacerlo.

He interpretado a tantos hombres enamorados a lo largo de mi carrera que conozco todas las frases hechas. No, joder. ¿Qué digo? No voy a utilizar ningún diálogo cursi para explicarle lo que siento. La miraré a los ojos y le diré que la amo. Simple, sincero y efectivo. Le pediré una oportunidad y le diré que quiero ir en serio. Que me ha cautivado por completo y no puedo imaginar ni un segundo de mi vida separado de ella.

Quiero un futuro contigo.

Sí, es una buena frase. Una frase cojonuda y ante todo sincera.

—¿En qué piensas?

Quiero un futuro contigo. Estoy enamorado de ti. Por favor, no te vayas. Intentémoslo, pelirroja.

—Cosas mías...

Ella se retuerce las manos con nerviosismo.

—¿Estás bien?

—¿Cómo crees que reaccionarán tus padres? ¿Les caeré bien? —se preocupa.

—Les vas a encantar.

—¡No lo sabes!

—¿Cómo no ibas a gustarles? Eres la mujer más maravillosa del mundo. Guapa, lista, divertida...

La pelirroja se ríe.

—Se te da bien regalar los oídos.

—Digo la verdad.

—Seguro que eso se lo dices a todas. ¿A cuántas mujeres les has presentado?

Lo pregunta de una forma que no me gusta en absoluto. Eso no tiene importancia. Lo nuestro es diferente.

—¿Acaso importa?

—Sí.

Estupendo... vamos a hablar de mi pasado justo ahora.

—No lo sé.

—Entiendo... no llevas la cuenta —responde con ironía.

—¿Te pregunto con cuántos has salido tú?

—Con ninguno.

No me sorprende su respuesta. Es la clase de mujer inaccesible que no se deja querer.

—Vale, no has salido formalmente con nadie, pero sí te has acostado con muchos hombres. ¿Cuál es la diferencia?

Ella se vuelve hacia mí. Me está regalando *esa* mirada. Mierda.

—¿De verdad te lo tengo que explicar? —alza la voz. Está cabreada—. No es lo mismo. Si no he tenido relaciones serias es porque no he encontrado a alguien que me hiciera replantearme mi soltería.

—Quizá estás enfadada porque yo soy ese alguien... —le dejo caer.

—Eres idiota —sisea.

Giro el volante para detener el coche en el arcén.

—¿Qué haces? —pregunta con aspereza.

—Aclarar algunos términos —detengo el coche y me vuelvo hacia ella—. Mira, sé que no soy la clase de hombre del que una mujer como tú se fía. No pretendo maquillar mi pasado ni fingir que no entiendo por qué desconfías de mí. Tienes tus motivos y no puedo culparte. Pero hace unas horas hablaba muy en serio cuando te pedía que te quedases a mi lado. Te prometo que no voy a defraudarte. No en ese sentido. No voy a jugar con tus sentimientos. No pretendo utilizarte. No te pido que te quedes para mandarte a paseo cuando me harte de ti. Eso no va a pasar, pelirroja. Me gustas mucho. No hay otra mujer en el mundo que pueda despertar en mí el mismo interés que tú. Y se lo explicaré a mi familia, al jodido mundo, a ti y a quien haga falta.

Ella no dice nada. Tengo las pulsaciones disparadas después de haber descargado casi toda mi artillería. Me ha faltado la parte en la que le confieso que, además de todo lo demás, estoy perdidamente enamorado de ella. Menos mal que me he controlado porque sospecho que no me habría creído.

—¿Me concedes al menos el beneplácito de la duda? —le suplico.

—Vale.

¡Vale! Es más dura que el hielo. Arranco el motor y piso el acelerador. Daría lo que fuera por meterme dentro de esa cabecita pelirroja y espiar sus pensamientos. Así entendería por qué se empeña en alejarse de mí cuando mi único deseo es permanecer a su lado.

44. ¿Podría funcionar?

Malena

Duncan está disgustado. Una parte de mí sabe que no puede culparlo y la otra se aferra a la posibilidad de que me haya embaucado. De cualquier modo, no puedo culparlo por tener un pasado. Sí, es mujeriego, seductor y un conquistador nato. Y caí rendida a sus pies siendo tal y como era. ¿Ahora de qué me quejo?

Tampoco puedo buscarle sentido a lo que estamos haciendo. Se suponía que vine a este país para que él me firmase el contrato. Luego me dije a mí misma que acepté su oferta porque así lograría convencerlo, pero la realidad es que lo hice porque me moría de ganas por estar con él. Nos hemos acostado. O quizá ha sido algo más profundo para lo que todavía no estoy preparada para ponerle nombre.

—Duncan...

—No tengo ganas de discutir —me advierte.

—Tienes razón.

Él me mira sin ocultar su sorpresa.

—¿Me acabas de dar la razón en algo?

Me río porque no puedo evitarlo. Él hace el amago de sonreír, pero sigue mostrándose cauteloso. No puedo culparlo después de haber sido tan fría.

—He sido muy injusta contigo. No tienes que justificarte por tener un pasado.

—Haré lo que haga falta para convencerte de que no te estoy tomando el pelo.

Respiro profundamente. Tengo que contarle la verdad. Necesito hacerlo o de lo contrario me volveré loca.

—¿Puedes detener el coche un momento?

Duncan toma el desvío hacia un área de servicio y aparca en un estacionamiento. Lo miro a los ojos sin vacilar y hago acopio de valor para contarle aquello de lo que nunca hablo. Quiero que me entienda. Lo necesito.

—No sé ni por dónde empezar...

—Estoy aquí. Tómate tu tiempo —aferra mi mano y me mira con una dulzura que derriba todas mis reservas.

—Tú no tienes la culpa de que sea tan desconfiada. Cuando mi madre murió y me quedé sola...

—cierro los ojos y soy consciente de que tengo ganas de echarme a llorar. Dios, ¿qué me pasa? ¡Nunca lloro! —. Fue una época muy difícil para mí. Me sentía tan sola que le daba la espalda a todo el que intentaba echarme un cable.

—No quiero ni imaginar lo que tuvo que ser para ti...

—No es un tema del que suela hablar con nadie. Odio que me compadezcan. Ni siquiera sé por qué te lo estoy contando.

—Porque confías en mí.

—Sí —sonríe ante la perspectiva y soy consciente de que me apetece confiar en él—. Me cansé de responder a las preguntas de los demás y fingí que estar sola no me importaba en absoluto. La navidad sigue siendo un asco, eso sí. Te terminas acostumbrado... o eso creía. La verdad es que estoy cansada de estar sola. Si nunca me he atado a nadie no es solo porque no me

haya enamorado, sino porque tampoco me apetecía que me hicieran daño. No quiero agobiarte con mis dudas. Tampoco te estoy pidiendo que me prometas fidelidad eterna ni nada por el estilo. Me conformo con mirarte a los ojos y saber que estamos siendo sinceros el uno con el otro.

—Pelirroja... —Duncan se desabrocha el cinturón y sostiene mi rostro con firmeza—. Todo lo que te dije antes iba en serio. Jamás te haría daño. Lo prometo.

Me deshago como el chocolate cuando me besa para acallar todas mis dudas. Suspiro contra sus labios y me dejo querer. Duncan me acaricia el pelo y me susurra entre beso y beso que todo saldrá bien. Y, sorprendentemente, lo creo.

45. ¿Qué hace ella aquí?

Duncan

Le voy explicando a la pelirroja los pormenores de la casa de mis padres conforme nos vamos adentrando en el camino de entrada. Mis padres viven en una vieja granja y es el hogar más acogedor que te puedes imaginar. Gracias a mi fortuna pudieron dejar de trabajar y limitarse a vivir la vida, lo que para ellos se resume en cuidar del huerto y alimentar a los animales. Son testarudos y me cuesta conseguir que acepten los regalos que les hago. A regañadientes me permitieron contratar a un constructor para que reforzase los viejos cimientos, ampliase la casa y construyese una casita de invitados.

—Qué lugar tan bonito... —dice ella emocionada.

Estoy a punto de decirle que está en su casa, pero me sorprende que mi familia no haya salido a recibirme. Sé que algo va mal cuando Bella se acerca con cara de pocos amigos.

—¡Me alegro de verte!

Bella le dedica una mirada despectiva a la pelirroja, sacude la cabeza y me fulmina con la mirada. Tengo que explicarle que con ella es distinto. Sé que la he cagado otras veces, pero necesito que todos entiendan que la pelirroja es la mujer de mi vida.

—Tienes visita.

—¿Qué?

—Una amiga —me informa con frialdad—. Ha llegado hace un rato.

Ni siquiera me hace falta preguntar quién es porque me había olvidado por completo de ella hasta que Bella la ha nombrado. Estoy a punto de desmayarme por culpa de la desagradable sorpresa. La pelirroja me observa con recelo. Mierda, tengo que arreglar esto antes de que la vea. De lo contrario, estoy perdido. ¿Cómo le explico que ya no hay nada entre nosotros sin que saque sus propias conclusiones?

—Ah, te refieres a Martha. Sí, le pedí que viniese para ayudarnos con las flores...

Bella me mira como si quisiera matarme. Sé lo que está pensando, pero ahora no tengo tiempo para explicárselo. La pelirroja se cruza de brazos y me dedica una mirada impaciente.

—¿Me disculpáis un segundo? Voy a arreglar lo de las flores. Ahora vuelvo.

—¿Me vas a dejar aquí? —ahora la pelirroja está atónita.

—Sí, Bella es una anfitriona estupenda, ¿verdad que sí? —le dedico una mirada esperanzada a mi hermana.

Bella resopla y se dirige a la pelirroja.

—¿Y tú a qué te dedicas? ¿Modelo? ¿Actriz? ¿Influencer? —oigo que le pregunta con tono despectivo.

Dios, tengo que darme prisa antes de que todo se vaya al garete. No puedo perderla justo ahora. Ella me ha abierto su corazón. Confía en mí. Tenemos una oportunidad. Tengo que arreglar la situación antes de que sea demasiado tarde...

Su coche está aparcado delante del porche delantero. Tal vez pueda convencerla para que se largue sin montar un escándalo. Está de espaldas y no me ve llegar. Su risa estridente me pone de los nervios. ¿Qué le vi para permanecer seis meses a su lado? Mamá pone cara de alivio cuando me ve. No soporta a Claudia. Dice que es una cabeza de chorlito con la que no se puede mantener

una conversación. La cabeza de chorlito se da la vuelta y me dedica una mirada resentida. Entonces lo sé. Ha venido hasta aquí para montarme una escena y no se irá por las buenas.

—¡Hijo, menos mal que estás aquí! —exclama mi madre—. Os dejaré para que habléis a solas.

Me odio por haberlos puesto en semejante tesitura. Comprendo que Bella se quedó corta cuando me dijo aquellas palabras tan hirientes. ¿Cuántas veces los he obligado a lidiar con exnovias resentidas? ¿Cuántas veces han tenido que fingir que no estaba en casa cuando una de ellas venía a buscarme? Joder, soy un canalla de la peor calaña.

—¡Tú!

Ese soy yo.

Claudia Russo es una mujer morena, imponente y muy enfadada. Camina hacia mí como si estuviera en una pasarela. Minivestido rojo, cuerpazo, tacones de aguja. No siento nada cuando la veo, salvo una incipiente preocupación por culpa de lo que está por venir.

—¿Qué haces aquí? —le recrimino asustado.

—¿Qué hago aquí? —su voz chillona me taladra los tímpanos—. La pregunta correcta es: ¿por qué no contestas a mis mensajes? ¡Llevo varios días sin saber nada de ti!

—Hemos roto.

—¡No! —sacude un dedo y me taladra con la mirada—. Yo rompí contigo y tú me pediste una segunda oportunidad. ¿Quién te crees que eres para tratarme así?

—¿Hacía falta que vinieras hasta aquí para montar un espectáculo? Es la casa de mis padres.

—¡Ni se te ocurra hacerte la víctima! Podría haber hecho mi vida, ¿sabes? Pero decidí perdonarte. ¿Tú me has visto? ¡Cualquier hombre mataría por estar conmigo! ¿Y justo cuando decido darte otra oportunidad te atreves a pasar de mí?

—Quizá debería haberte llamado... —admito de mala gana.

Joder, ¿quizá? Debería haberla llamado para explicarle la situación. Lo cierto es que ni siquiera pensé en ella cuando profundizaba en mi relación con la pelirroja. Soy un hombre horrible.

—¿Dónde está esa guarra? —me grita.

—No sé a qué te refieres.

Claudia me golpea con el bolso.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. ¡La guarra con la que me estás engañando! La putilla pelirroja de la que hablan en internet. Una cría publicó en Twitter que estáis saliendo juntos. Tiene varias fotos contigo en un hotel de mala muerte. ¡Ah, no lo niegas!

La pequeña Lucy. Me cubro con los brazos cuando ella me da otro bolsazo. No hago nada por evitarlo, me lo merezco.

—No te estoy engañando con ella porque ya no somos pareja.

—¡Dime dónde está esa guarra!

—Estoy aquí —dice ella.

Jo- der.

Joder. Joder. ¡Joder!

Me vuelvo lentamente hacia ella y me sorprende ver que sus ojos están llenos de lágrimas. La pelirroja me mira con un dolor que me traspasa. Hace unas horas le prometí que no le haría daño y ahora acabo de destrozarle el corazón. Intento acercarme a ella y extiende los brazos para que no lo haga.

—No.

—¿Es ella? —Claudia suelta un bufido despectivo—. Sinceramente, pensé que no te gustaban

tan entradas en carnes...

—¡Cállate!

Claudia me enseña el dedo corazón.

—No llores por él —le dice a la pelirroja—. ¿Sabes cuánto tardará en cambiarte por otra? Un par de semanas, dos meses... el tiempo que consigas capturar su interés.

—No es cierto —me dirijo a la pelirroja.

—¿No? Tienes razón... antes tienes que asegurarse de tener a otra en el bote. Es lo que hizo contigo. Me pedía una oportunidad mientras te bajaba las bragas. Y una vez que consiguió lo que quería, se olvidó de mí —le explica Claudia.

La pelirroja agacha la cabeza y se limpia las lágrimas.

—No es lo que sucedió —le digo—. No lo hice de la mejor forma, pero no sabía que nosotros...

—¿No sabías que te la ibas a follar? —Claudia se ríe con maldad—. Venga, Duncan, ¡qué nos conocemos! ¿Le has contado ya lo de las fotos que te mandé?

—No te pedí que me mandaras una mierda —le espeto.

—¡Qué te den, Duncan! —Claudia me hace un corte de mangas y se larga sin llevarse todo el veneno que ha escupido.

—¡No te acerques a mí! —me grita la pelirroja, cuando doy un paso en su dirección.

—Malena, por favor, déjame que te lo explique...

—¿Ahora me llamas por mi nombre? —le tiembla la voz—. Me has traído a casa de tus padres. ¿Qué clase de hombre hace algo así mientras se mensajea con su exnovia?

—Dejé de mensajearme con ella mucho antes de que nosotros...

—¿Echásemos un polvo? —me corta dolida.

—¡No! Y eso no fue lo que tuvimos de todos modos.

—¿Qué clase de cerdo le pide a su hermana que entretenga a su nueva conquista mientras él trata de deshacerse de su novia, o de lo que quiera que ella sea para ti?

—¡No es nada para mí! Te lo juro. Si me dejas explicarme...

—Está todo muy claro —se da la vuelta e intenta limpiarse las lágrimas que no dejan de brotar de sus ojos—. He sido una estúpida. Sabía que no podía confiar en ti.

—Mírame a los ojos —le pido angustiado—. ¿Crees que soy esa clase de persona?

Ella me dedica una mirada cargada de desprecio que me parte el alma.

—Creo que eres la clase de idiota con un ego descomunal que sigue manteniendo contacto con su ex por si la nueva jugada no le sale bien. Supongo que no te esperabas que ella apareciera por aquí y se te ha desmontado el chiringuito. ¡Hasta debería darle las gracias por abrirme los ojos!

—No soy así —me defiendo, y de repente me siento tan ultrajado porque me vea de esa manera que no tengo ganas de seguir justificándome—. Te estás dejando llevar por la rabia.

—Si me dejara llevar por la rabia te partiría la cara por haberme utilizado. No, Duncan. La que habla ahora te ve como eres en realidad. Egoísta, miserable, egocéntrico... ese eres tú. Envejecerás solo porque no mereces que nadie te quiera.

—No sigas.

—¿No te apetece escuchar la verdad?

—¿Y tú quién eres? —le grito, dejándome llevar por un rencor que me impide medir mis palabras—. Te has acostado conmigo para que te firme el puto contrato. ¿O me vas a negar que aceptaste mi oferta porque estabas desesperada? Supongo que creíste que si me la chupabas podrías hacerme cambiar de opinión. Bueno, tenías razón. Habría hecho cualquier cosa por ti.

Pero dime ¿en qué te convierte eso exactamente? Yo seré un miserable, pero tú...

La bofetada que me da me regresa a la cordura. La pelirroja me mira de una forma en la que sé que no hay nada que pueda decir o hacer para recuperarla. Me lo tengo merecido, ¿qué clase de hombre soy? ¿Cómo he sido capaz de hacerle tanto daño?

Ella echa a correr y me limito a mirarme los pies. *Ve detrás de ella. Corre, idiota. Haz algo... lo que sea.* Sin embargo, me quedo allí plantado con una idea que me cruza la cabeza y me deja completamente inmovilizado: es demasiado buena para mí. No la merezco. Alguien que le hace tanto daño a la mujer de la que está enamorado no puede hacerle ningún bien. Le irá mejor sin mí.

46. ¿Cómo lo has conseguido?

Malena

Creo que no he llorado más en toda mi vida. Estoy rota por dentro. Hasta el pasajero que tengo a mi lado ha intentado consolarme cuando se ha dado cuenta de que las tres horas de viaje serían un mar de lágrimas. Siento tanto dolor que ni siquiera soy capaz de sentirme avergonzada. Todo lo que me importa es él. ¿Por qué lo sigo queriendo? Debería odiarlo por haberme engañado. Debería existir un botón que te desconectara los sentimientos cuando los experimentas por la persona equivocada.

Salgo del avión con las gafas de sol puestas. ¿Esto es el amor? No lo quiero. Que me lo quiten. Prefiero no sentir nada. Que lo tiren a la basura, se lo regalen a otra persona... pero, por favor, que alguien mete la mano en mi pecho y me arrebate esta opresión que me convierte en una tonta llorosa y pusilánime.

Me he enamorado de él hasta las trancas.

¿Cuándo se me pasará? Quiero dejar de sentir este dolor. No puedo vivir con esta sensación. Duncan me ha hecho tanto daño que ni siquiera me reconozco.

—¡Malena!

Me sorprende que Tana me esté esperando a la salida del aeropuerto. No le dije cuando regresaba porque no quería darle explicaciones. Ni puedo ni quiero hablar del tema. Quiero acostarme en mi cama y no despertarme hasta que me olvidé de que Duncan McGregor existe.

—¡Enhorabuena! —me abraza, y ni siquiera se percata de mi rigidez.

La miro a través de las gafas de sol. ¿Enhorabuena? ¿Está de broma? Tana es un pelín excéntrica, pero lo de felicitar me por mi primer desengaño amoroso es demasiado hasta para ella.

—¿Por qué?

Tana me mira como si me hubieran abducido los extraterrestres.

—¿Por qué va a hacer? ¡Por el contrato! No sé cómo has conseguido que Duncan lo firmara, pero mis jefes están muy satisfechos contigo. ¡Cuéntame tu secreto!

El contrato. Me quedo paralizada por la impresión. No puede ser, no lo entiendo.

—¿Duncan ha firmado el contrato? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí... pero eso ya lo sabías, ¿no?

Me apoyo contra una pared y me quito las gafas. *¿De qué coño vas, Duncan? ¿Es otro de tus juegucitos?* A Tana se le escapa una exclamación cuando se percata de mis ojos hinchados.

—Ay... madre mía... cuéntame ahora mismo lo que te ha pasado.

No me aparto cuando ella me estrecha con fuerza. La anterior Malena lo haría, pero esta necesita, más que nada en este mundo, un abrazo de alguien que la quiera de verdad. Rompo a llorar y me pregunto si estaré enferma. No puede ser que una persona tenga tantas lágrimas dentro, ¿no? Qué sabré yo. Nunca lloro, o nunca lo hacía. Ya no estoy segura de nada.

Dos meses después...

47. Tengo que recuperarla

Duncan

Firmé el contrato. Me dije que era la penitencia que tenía que soportar por haberle roto el corazón. Y luego vino todo lo demás. Las noches en vela, la soledad, la nostalgia... No tenía ni idea de que el amor doliera tanto. Luego comprendí que firmé aquel contrato porque era la única forma que tenía de hacer algo bueno por ella. Era mi manera de enviarle un mensaje que revelaba mis sentimientos: *te quiero, pelirroja*.

¿Qué has hecho conmigo?

Me centré en el trabajo para intentar olvidarla. Un trabajo que me tuvo absorbido y con el que perdí cuatro kilos. Creí que en algún momento se me pasaría la tontería y me apetecería acostarme con otra mujer. La verdad es que la tontería no se me pasó y que de solo pensar en acostarme con otra mujer ni siquiera me empalmaba. Ella me la ponía dura. No me malinterpretes, no solo ella. Su recuerdo, su olor, su sonrisa... la certeza de lo que podríamos haber sido y nunca fuimos.

Ella. Ella. Ella. Malena, mi pelirroja. La mujer por la que sigo suspirando. La que me tiene hechizado. El amor de mi vida.

—¿Eres idiota? —me preguntó mi hermana cuando me hizo aquella videollamada.

Regresaba de una campaña publicitaria en Oporto y estaba hecho polvo. Lo achaqué al cansancio y le resté importancia. Bella me vio aquel día, el de nuestra última discusión, y se quedó tan impresionada que me pidió que le contase quien era ella. Ahora entendía mi malhumor y mi desgana.

—Bella, no tengo ganas de tener una bronca contigo.

—Duncan, ¿por qué no vas a buscarla?

¿Y si está con otro? ¿Y si no me ha perdonado? ¿Y si...?

—No.

—¿Por qué no?

Porque soy un cobarde que no se atreve a dar el primer paso. Porque poco después de que ella se marchara y yo firmase aquel contrato que me tendría atado durante un año, le escribí un mensaje y ella no me respondió. No quería enfrentarme a la posibilidad de que volviera a rechazarme. No era capaz de plantarme delante de ella y mirarla a la cara. Quería besarla, abrazarla y hacerle el amor si la tenía delante.

—Porque no puedo.

—¿Prefieres pasar otros dos meses como un alma en pena?

No respondí. Bella volvió a la carga.

—¿Sabes que Oporto está muy cerca de España? ¿Cuánto tardarías en coger un avión y decirle lo que sientes?

Y... aquí estoy. Dos meses, cuatro días, seis horas y veinticuatro minutos. Demasiado tiempo separado de ti. Allá voy, pelirroja.

Le sostengo la puerta del portal a una mujer que me resulta familiar. Me la quedo mirando y ella abre mucho los ojos. Su sorpresa inicial da paso a una furia que no me pasa desapercibida. ¿Y a esta qué le he hecho ahora?

—¿Nos conocemos?

—¡Y tanto! Viajé a Edimburgo para que me firmaras aquel contrato y me despachaste de muy mala manera. Aitana Guzmán, Tana para los amigos. Para ti, mejor Aitana.

Ah, sí que la recuerdo. Debe ser la amiga de la pelirroja. Mi expresión se ilumina ante la posibilidad de que ella me eche un cable.

—¿Ella...?

—¡Ella no quiere saber nada de ti! —me grita con los puños cerrados, y tengo que retroceder porque temo que me golpee—. Maldito miserable, ¿eres consciente de la clase de mujer que has dejado escapar?

—Sí.

Parpadea confundida.

—¿Sí?

—Vengo a recuperarla.

—A buenas horas... —murmura indignada—. Han pasado dos meses, ¿crees que ella te recibirá con los brazos abiertos?

—Supongo que no.

—Te partiría la cara, pero acabo de hacerme la manicura y no mereces tanto la pena.

Qué mujer tan extraña.

—Lo siento, no tengo tiempo para ti. Podemos hablar en otro momento, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—¡Serás grosero! No sé de qué me extraño... Ella ya me lo advirtió. Tenía la esperanza de que reconsiderases lo del bebé y te comportases como un hombre, pero visto lo visto...

Estoy a punto de desmayarme. No sé si la he oído bien.

—¿El bebé?

—No te hagas el tonto... —al ver mi expresión, ella se tapa la boca con las manos—Ay... madre... ¿no lo sabías? Pero ella dijo...

No necesito escuchar más. Corro escaleras arriba con el corazón desbocado y el pánico que sentía cuando venía hasta aquí se disipa por completo. Tengo que recuperarla cueste lo que cueste.

48. ¿Qué haces aquí?

Malena

Tana llama a la puerta como si quisiera tirarla abajo. Es una despistada sin remedio. Seguro que se le ha olvidado algo. O quizá intente convencerme de pintar la habitación del bebé de color rosa. Desde que me enteré de que estaba embarazada la mitad de nuestras conversaciones giran en torno a la maternidad. Sé que debería sentirme feliz y afortunada, pero no puedo evitar preguntarme si estoy haciendo bien en ocultárselo. Él tiene su vida y seguro que ya la ha rehecho. A veces lo busco en internet y descubro que le han adjudicado otra conquista. Entonces me comen los celos y quiero estampar el ordenador contra la pared.

—¡Ya voy!

Bah, ni siquiera debería pensar en él. A estas alturas ya se habrá olvidado de mí. Dentro de siete meses tendré mi propia familia. ¿Por qué no disfruto del momento?

—No voy a pintar el cuarto del bebé de rosa solo porque tú hayas soñado que va a ser una niña —le digo cuando abro la puerta.

—¿Estás embarazada?

Me llevo tal susto que él tiene que sujetarme para que no me caiga de espaldas. Lo miro con los ojos abiertos de par en par. No puede ser... es un sueño. Tenía entendido que él estaba en Oporto. Lo sé porque sigo todos y cada uno de sus movimientos como una exnovia despechada.

Intento cerrar la puerta y él mete el pie dentro.

—¡Lárgate!

—¿Vamos a tener un bebé?

—¡Qué te vayas!

Le doy un pisotón y aprovecho para cerrar la puerta cuando él aparta el pie. Apoyo la espalda contra la puerta y respiro con dificultad. ¿Cómo se ha enterado? ¿Por eso está aquí? Recibo un mensaje de texto que me saca de dudas.

Tana: creo que me he ido de la lengua con Duncan... ¡lo siento!

—¡Ábreme la puerta! —me ordena sin dejar de aporrearla. Luego se lo piensa mejor y añade —: por favor.

—Tienes que irte.

—No me voy a ninguna parte. Pelirroja, tenemos que hablar.

Pelirroja. Cuánto he echado de menos que me llamase así. Cierro los ojos y contengo las ganas de llorar.

—¿Por qué has venido?

—Sabes perfectamente por qué he venido.

Oh, sí, el bebé. Cree que tiene algún tipo de obligación o algo por el estilo. Abro la puerta con tanto ímpetu que lo pillo desprevenido.

—Lo entiendo. Has venido hasta aquí porque te has enterado de los del embarazo y piensas que tienes algún tipo de responsabilidad. No tienes por qué hacerlo. Sigue con tu vida y yo haré lo mismo con la mía —le digo con una frialdad que no sé de dónde me sale.

—¿Qué vida? ¿La que ya no tengo desde que te fuiste?

—Te va bien. Lo sé. ¿Cómo se llama tu nueva novia? ¿Samantha?

—No conozco a ninguna Samantha —me mira como si me hubiera vuelto loca—. ¿Quieres que te explique lo que he estado haciendo estos dos meses? Trabajar, perder peso, pensar en ti.

Lo observo con cautela y soy consciente de que lo del peso es verdad. Está más delgado.

—No te creo.

—La cagué, pero tú tampoco me lo pusiste fácil. Te escribí un mensaje que nunca respondiste. Me he tragado mi orgullo y he venido hasta aquí...

—Porque te has enterado de que vas a tener un hijo. Es lo que siempre has querido.

—¡No! —exclama fuera de sí—. Bueno, sí. Pero ni siquiera sabía que estabas embarazada hasta hace diez minutos.

—Puedo dejar que formes parte de su vida... pero estoy demasiado dolida para hablar contigo en este momento. Será mejor que te vayas.

—Pelirroja, no me cierres la puerta.

Doy un portazo y me dejo caer hasta el suelo. No quiero hablar con él. Es un mentiroso. Han pasado dos meses, ¿por qué ha tardado tanto?

Un ladrido me obliga a levantarme. No puede ser. Miro por la mirilla y los veo a los dos. Duncan y Bobby. El perro lleva un enorme lazo rojo alrededor de la cabeza. Duncan le da una galleta para que se esté quieto.

—Eso es jugar sucio —le digo.

—Haré lo que sea para que me des la oportunidad de explicarme.

Abro la puerta y me cruzo de brazos.

—Di lo que tengas que decir.

Bobby apoya sus patas delanteras en mis muslos.

—¡Te he echado de menos! Perrito bueno... —me ablando delante del perro.

—La idea de venir fue mía...

Fulmino a Duncan con la mirada. Mierda, ¿por qué sigue siendo tan atractivo? Pensé que el resentimiento que le tengo me obligaría a verlo con otros ojos.

—Te escucho.

—Te quiero.

Mi corazón da saltitos de emoción.

—Esas dos palabras no significan nada en tu idioma —le espeto, porque no voy a volver a caer en la trampa.

—Me di cuenta de que estaba enamorado de ti después de hacerte el amor y supe que no podía dejarte escapar. Cuando me enteré de que Claudia estaba allí, hice todo lo posible para que no os vieseis porque me comporté como un cretino con ella. Temía que ella te dijese cosas horribles sobre mí y se cumplieron mis peores temores. Pero te juro que dejé de hablar con ella mucho antes de que empezara a mirarte con otros ojos. Porque la verdad es que desde que te conozco no puedo pensar en otra mujer que no seas tú.

—Qué tontería...

—No, Malena, es la pura verdad. No sé qué crees que he estado haciendo durante estos dos meses... pero han sido lo más cercano a una tortura. No he tocado a otra mujer, te doy mi palabra.

—Aunque así hubiera sido, tú y yo no... —me muerdo el labio porque tengo muchas ganas de besarlo. Mi cuerpo lo ha echado tanto de menos que me duele tenerlo tan cerca y no poder tocarlo —. No me debes nada. Tú y yo no somos nada.

—Podríamos serlo.

—Porque vamos a tener un hijo. Querías ser padre, supongo que ahora piensas que debes estar conmigo.

—No —me coge las manos y no permite que se las suelte—. Pensaba que debías estar conmigo mucho antes de saber lo del bebé.

—¿Y por qué has tardado dos meses!?

—Porque firmé un maldito contrato para demostrarte que te quería. Y ahora estoy atado durante un año con un montón de compromisos laborales que me tienen de un lado para otro.

—Vaya...

Duncan me atrae hacia sí y me besa en la frente. Me derrito por completo y soy incapaz de apartarme de él. Tampoco me apetece. Hace tanto tiempo que mi corazón lo ha perdonado que lo único que queda dentro es amor.

—Vivimos en países diferentes.

—Me mudaré a España si es lo que quieres.

Lo miro tan asombrada que las palabras me salen a borbotones.

—¿Harías eso por mí?

—Sí —responde sin un ápice de duda—. Haría lo que fuera por ti.

—¿Y el contrato?

—Me va a costar una fortuna romperlo, pero quiero acompañarte durante el embarazo. No pienso perderme ni un minuto a tu lado. Si tú me dejas... claro.

Me mira con tanta ternura que es imposible que no me sienta la mujer más afortunada del mundo. Duncan agacha la cabeza y busca mis labios con un amor que es imposible que esté fingiendo.

—Te quiero tanto que no soy capaz de concebir la vida sin ti. Lamento haberte hecho daño. Permíteme que pase el resto de mi vida intentando compensártelo.

Me aparto de él cuando intenta besarme.

—¿El resto de tu vida? No hace falta que exageres, Duncan. Me conformo con que des la talla los próximos quince minutos.

—¿Significa eso que puedo entrar ya? —pregunta emocionado.

—Qué remedio, estoy enamorada de ti.

Lo atraigo hacia mí y él me besa con tanta pasión que sé que los quince minutos se nos quedarán cortos. Bobby se interpone entre nosotros con un ladrido de protesta. Los dos nos reímos. Soy tan feliz que la vida me parece demasiado bonita para ser verdad.

Epílogo

Diez meses después...

Duncan

Si alguien me hubiera explicado cuando la conocí que mi vida estaría completa si la tenía a mi lado, lo habría tildado de loco. A veces me pregunto qué es la felicidad. ¿Un momento? ¿Una imagen? ¿El resumen de todos ellos? No puedo describir la felicidad con palabras, pero estoy seguro de que tiene que ser lo mismo que siento cuando observo dormir a nuestra pequeña. Isla es una bendición. Una niña sana, pelirroja como su madre y, por lo fuerte que llora, con su mismo temperamento. A veces también me pregunto si merezco que la vida me haya premiado con semejante regalo.

Mi familia es mi regalo. Lo más preciado que tengo en la vida. Haría cualquier cosa por ellos.

—¿Sabes que no le va a pasar nada si dejas de mirarla?

Mi pelirroja. Me vuelvo hacia ella y siento que jamás me acostumbraré a lo que siento por ella. La intensidad del amor que siento por esta mujer crece cada día.

—Es tan pequeña...

—Tiene al mejor perro guardián. No te preocupes.

Bobby observa fijamente la cuna. Lo perdí definitivamente cuando Isla nació. Es un hecho que prefiere a las dos reinas de la casa. Yo solo soy el que lo saca a pasear.

—¿Vienes a la cama o tengo que obligarte? —me pregunta con voz melosa.

Mi pequeño amigo se remueve en la bragueta. Soy el tipo más afortunado del mundo.

—Depende, ¿cómo me vas a obligar?

Ella me sonrío con picardía.

—Se me ocurren un par de maneras.

—Soy todo oídos.

Su risa es el mejor sonido del mundo. La sigo embobado y siento que me va a explotar el corazón. De ganas y de deseo, sí. Pero también de un amor incandescente como las llamas de ese cabello que me vuelve loco.

—Pelirroja...

Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales (no tengo Twitter, Instagram, página de fb... en definitiva, ¡qué soy un bicho raro!), pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: beccadevereuxautora@gmail.com ¡te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

Y si te ha gustado este libro...

Tienes en Amazon la historia de Tessa: [Querido plan b](#)

La historia de Nati: [¿por qué no?](#)

La historia de Tana: [Sms: soltera muy selectiva](#)

La historia de Javi: [La pareja imperfecta](#)

La segunda parte de la historia de Tana: [Sms: sigo muy soltera](#)

¡Qué las disfrutes!